

VIDA



Santo Domingo de Guzmán

Apostolado

de la Prensa.





VIDA

DE

SANTO DOMINGO DE GUZMÁN

BIBLIOTECA DEL APOSTOLADO DE LA PRENSA

VIDA
DE
SANTO DOMINGO DE GUZMAN
POR
UN SOCIO DEL APOSTOLADO DE LA PRENSA



MADRID
ADMINISTRACIÓN DEL APOSTOLADO DE LA PRENSA
7, San Bernardo, 7
1912

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS



I

Breve noticia de la familia de Santo Domingo de Guzmán.

A mediados del siglo XII residía en Caleruega, pueblo situado entre El Burgo de Osma y Aranda, y en calidad de gobernador ó adelantado, por hallarse dicha población en frontera de moros, un noble caballero llamado don Félix de Guzmán, hijo del conde don Rodrigo y casado con doña Juana de Aza, la que tenía por autor de sus días á don García de Garcés, mayordomo mayor y ayo del rey don Alfonso IX de Castilla.

Tan noble matrimonio unía á los timbres de su preclara estirpe los dones de la gracia que Dios otorga liberalmente á los que ponen ante todo y sobre todo el deseo de amarle y servirle en el cumplimiento exacto y escrupuloso de su santa ley y la práctica de las virtudes cristianas. No es, pues, de extrañar que su casa pa-

reciera un templo dedicado á dar al Señor el culto más fervoroso, ni que la santidad de tan ilustres cónyuges se reflejara en su familia y en cuantas personas les rodeaban.

El primero de sus hijos, llamado Antonio, despreciando las pompas y vanidades del mundo y los goces con que le brindaba la pingüe herencia que le correspondía de sus padres, abrazó el estado eclesiástico, y así que se ordenó de presbítero consagróse á la asistencia de peregrinos y enfermos en un hospital, y lleno de merecimientos por sus preclaras virtudes murió en olor de santidad, siendo muchos y muy extraordinarios los favores que Dios dispensó á los que iban á postrarse á los pies del sepulcro de aquel siervo del Señor en Gumiel de Guzmán.

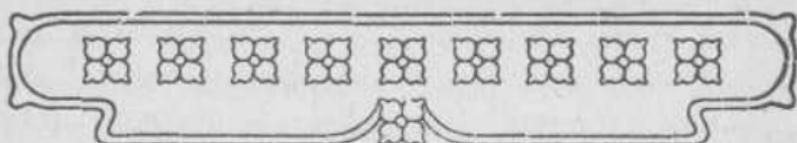
Fué el hijo segundo de don Félix de Guzmán y de doña Juana de Aza Manés, llamado *el Contemplativo* por su extraordinario recogimiento y continua y fervorosa oración. También como su hermano mayor abrazó el estado eclesiástico, y andando los tiempos fué una de las firmísimas columnas de la Orden de Predicadores, fundada por su glorioso hermano Domingo.

No dice la historia si éste tuvo más hermanos que los antecitados; pero parece colegirse que sí los tuvo y que dejaron descendencia del hecho de citarse por algunos biógrafos del Santo á dos sobrinos suyos que también tomaron el hábito dominicano y de que el apellido de Guzmán se conserva en muy nobles familias, entre ellas

la de los duques de Medinasidonia, á quien, por esta descendencia de colaterales de Santo Domingo de Guzmán, le fué otorgado el patronato de la provincia dominicana de Andalucía, derecho que ejerció dicha casa hasta la exclaustación de las Ordenes religiosas.

La madre de nuestro bienaventurado, doña Juana de Aza, murió tan santamente como había vivido, y mereció por sus esclarecidas virtudes recibir el culto de la piedad de los fieles, reconocido en 1828 por el Papa León XII, que mandó insertar su nombre en el martirologio dominicano, siendo el día de su fiesta de precepto en Caleruega por voto de dicha villa.

Los restos de la beata Juana de Aza se conservan en Peñafiel, y en 1896 fueron exhumados en presencia del entonces Obispo de Palencia y hoy Cardenal Arzobispo de Sevilla, don Enrique Almaraz, comprobándose la enorme merma que habían sufrido á causa del abuso de extraer reliquias de ellos, lo que obligó, tiempos atrás, al General de la Orden dominicana, Reverendísimo Padre Rocaberti, á prohibir bajo pena de excomuni6n á todos sus súbditos dar ni recibir partícula alguna de los huesos de la susodicha bienaventurada.



II

Señales de predestinación que precedieron al nacimiento de Santo Domingo.—Su bautismo é infancia.

Fué Santo Domingo de Guzmán el tercero de los hijos de don Félix y de doña Juana de Aza, y hallándose ésta encinta de este nuevo vástago, el año 1170, soñó que salía de sus entrañas un perrillo con una antorcha encendida en la boca, como si tratase de abrasar cuanto hallara á su paso.

Sobrecogida doña Juana ante tan extraordinaria visión, pidió al Señor la explicación del caso, yendo en peregrinación al sepulcro de Santo Domingo de Silos, distante cuatro leguas de Caleruega, para impetrar de la intercesión del santo Abad que se iluminase su espíritu y pudiera conocer lo que Dios la daba á entender con aquella figura del cachorro y de la antorcha, la que seguramente encerraba alguna misteriosa significación.

Seis días oró ante el sepulcro del santo benedictino de Silos, sin que lograra descifrar el enigma de su sueño; pero al séptimo se le apareció el bienaventurado Santo de Silos, dándola



á conocer que con aquel perro, símbolo de la fidelidad, y con aquella antorcha, símbolo del celo apostólico, se representaba la misión gloriosa para que había sido escogido el hijo que llevaba en sus entrañas.

Consuelo grande recibió doña Juana de Aza

con esta visión, y llena de alborozo volvióse á Caleruega, resuelta á poner á su nuevo vástago el nombre de Domingo en honor del santo Abad que le había revelado las futuras glorias del hijo, cuyo nacimiento ansiosamente esperaba.



Llegó al fin tan fausto acontecimiento, y las señales de predestinación anunciadas antes del nacimiento del santo niño se vieron confirmadas con un nuevo prodigio, pues al serle administrado el Sacramento del Bautismo brilló en la frente de nuestro bienaventurado un vivísimo resplandor que dejó en ella rastros indelebles, y no contribuyó poco al atractivo influjo

que ejerció Santo Domingo durante su vida sobre todas las personas que á él se acercaban.

Crió á sus pechos doña Juana de Aza á este hijo, cuya santidad anunciaba el cielo con tan señalados prodigios, y con el alimento corporal le transmitió el espiritual de las virtudes que á tan noble matrona adornaban, y de tal modo fructificaron en su tierno corazón, que apenas podía aún valerse de sus delicados miembros y ya abandonaba la cuna en que descansaba para acostarse en el duro suelo, donde más de una vez fué hallado á las altas horas de la noche por su santa madre.

De la santidad de la infancia de Santo Domingo de Guzmán dió testimonio nuestro Señor Jesucristo en una aparición que tuvo la venerable María de Escobar y consta en la vida de dicha piadosa virgen, escrita por el venerable P. Luis de la Puente, de la Compañía de Jesús, que la refiere de la siguiente manera:

«Estando un día — dice la venerable — con nuestro Señor, amándole con todas mis fuerzas, y, por otra parte, afligida y apretada con algunas cosas que movía el demonio, vi á Jesucristo nuestro Señor, que estaba allí y tenía en la mano un niño pequeño, como de dos años. Hízoseme esto cosa nueva, y dudaba qué podía ser. No quise mirar al niño, sino á Cristo nuestro Señor, el cual, viendo mi duda, disimuló un rato; y de ahí á poco volvíome á poner á aquel niño delante de los ojos del alma de modo que no pude dejar de mirar. Y vi que era un

niño santo y hermosísimo, vestido de unos hábitos muy blancos como la nieve y muy hermosos, hechos de una estameña ó tela muy suave y preciosa. Holguéme mucho de verle, sin poder quitar los ojos de él; mas no sabía quien fuese. De ahí á un rato me dijo nuestro Señor: «Sabe que este niño que me ves tener aquí de la mano es Domingo cuando era niño de esta edad, para que conozcas en este niño la grande santidad y pureza que en su alma tuvo, y conforme á esto, la mucha razón que yo tuve de amarle y quererle y guardarle.»

«Y luego, con luz particular que Su Majestad me dió, conocí en aquel niño la grande santidad y pureza de su alma; de suerte, que como vi aquel santo cuerpecito tan agraciado y su rostro tan hermoso, así veía su interior y alma purísima y santísima, con lo cual me pareció á mí, y ya lo conocí en él, que desde aquella su tiernecita edad, y por particular providencia de nuestro Señor, debió de hacer obras de muy grandes merecimientos. Y conociendo esta santidad del niño, fué mi alma llena de grande amor suyo, y no hacía sino mirarle y decirle palabras de ternura y cariño.»

«Una noche, estando con nuestro Señor, alcé los ojos del alma y vi á la Virgen Sacratísima, que estaba allí muy hermosa y ricamente vestida, con la grandeza y honestidad que suele mostrármeme; y vi que tenía á su lado el mismo niño que Cristo nuestro Señor me había mostrado la vez pasada, con los mismos habiticos,

y sobre ellos, al cuello tenía un collar de oro y piedras preciosas, muy ricas. Estando así, decíame nuestra Señora: «Mira, mira qué niño tan lindo, hermoso y santo.» Y componíale las joyas que traía al cuello y pasábale su santa mano por la cabeza, acariciándole aquel su rostro y jugando con tan hermoso cabello. A todo esto, estaba la Virgen Santísima sentada y el niño en pie, y volviendo los brazos á él, quiso tomarlo en su regazo; mas el santo niño, humillándose con mucha reverencia, no lo consintió. Yo estaba muy atenta y suspensa mirando lo que pasaba; unas veces miraba á la Virgen Soberana, y la grandeza de las gracias y dones que en su divino rostro y cuerpo se descubrían; y otras miraba al santo niño tan galán y gracioso en su cuerpo y rostro, y tan santo, puro y limpio en su alma, y no pudiendo sufrir la vehemencia del amor que se encendió en mi corazón, me fui á él abrazándole muchas veces y repitiendo las palabras que le dije cuando Cristo nuestro Señor me lo mostró.»

«El santo niño, con una grande mansedumbre y bondad, mostraba recibir contento de lo que yo hacía, para que mi alma se consolase en sus aflicciones, dándome á entender que para esto había venido allí. Y la Virgen me dijo que, porque ella quería mucho á este glorioso Santo en su niñez y le había amado con particular amor, y guardado con particular cuidado, me había querido hacer este regalo de traérmelo allí para mi consuelo.»

«Estuvo conmigo un rato, y después se fué, llevando consigo el santo niño, cuya memoria y amor quedó tan encendido en mi corazón, que me parecía traerle siempre abrazado con mi alma; y la devoción con este glorioso Santo me duró hasta ahora, y con la gracia de nuestro Señor durará lo que durare la vida.»

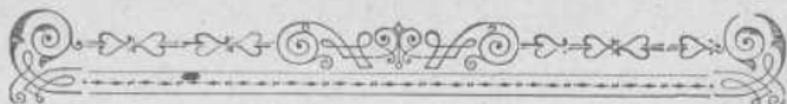
Tal era Santo Domingo de Guzmán á los dos años de edad, y á medida que en ésta crecía, aumentaba el caudal de sus virtudes. De cultivar su inteligencia se encargó el venerable arcepreste de Gumiel de Izán, hermano de doña Juana de Aza, y con él compartió el cargo de la instrucción de nuestro bienaventurado otro ejemplar religioso, también tío suyo, de la Orden de los Premostratenses, llamado fray Domingo García de Aza, y entre ambos formaron el entendimiento del Santo, cuyos talentos corrieron parejas con sus virtudes.

A la edad de catorce años pasó á ejercitarse en estudios mayores á la Universidad de Palencia, donde cursó por espacio de seis las artes liberales y cuatro la Teología, sin que en todo este tiempo dejase de practicar todas las virtudes cristianas, distinguiéndose especialmente en la mortificación de su carne y sentidos y en el ejercicio de la caridad.

De ésta dió claras muestras en un azote de hambre que por aquel tiempo assolaba á España, llevando su desprendimiento de las cosas terrenas por amor al prójimo, al extremo de vender todas sus ropas y aun los apuntes de sus

estudios, para socorrer con su producto á los indigentes, y en varias ocasiones se ofreció en rehenes para el rescate de cristianos cautivos en tierra de moros, ofertas que no permitió el Señor que fueran aceptadas, por tenerle destinado á la misión más sublime de redimir á innumerables almas que eran esclavas del demonio.





III

*Principio de la vocación de Santo Domingo.—
Forma parte del cabildo de la catedral de
Osma.—Empieza sus viajes por diversas re-
giones.*

HABÍA llegado Santo Domingo de Guzmán á la edad de veinticinco años y aún no se había revelado de una manera determinada su vocación, cuando en él se fijaron los ojos de un santo varón que le consideró digno de cooperar á una empresa erizada de dificultades y no exenta de peligros.

Gloriosos fueron para la causa del cristianismo los comienzos del siglo XII, pero no sus postrimerías, pues así como de las épocas de persecución y tribulaciones salen los mártires y los grandes santos, las prósperas y abundantes en bienes temporales suelen engendrar la relajación y la molicie en aquellos cuyo ejemplo sirve de edificación ó de piedra de escándalo, según sus obras.

Esto último es lo que acontecía á fines del

siglo XII y en los comienzos del XIII, en que la relajación de una gran parte del clero había llegado á proporciones alarmantes, de las que los herejes tomaban pretexto para hacer prevalecer sus errores. En los cabildos, señaladamente, la corrupción era mayor por el abuso que de los beneficios eclesiásticos hacía la nobleza convirtiéndolos en granjería para parientes y amigos, habiendo muchos casos en que se conferían á menores de edad y aun á personas indignas, con el sólo objeto de que cobrasen las rentas sin levantar las cargas, esto es, sin cumplir con ninguna de las obligaciones anejas á la dignidad eclesiástica que se les confería.

Semejante desorden llenaba de aflicción á los Prelados celosos, y en este número se contaba el Obispo de Osma, don Martín de Bazán, que deseando restablecer en su diócesis la disciplina eclesiástica, comenzando por su cabildo, determinó restablecer en él la vida en comunidad, que hacía poco más ó menos un siglo y medio que se practicaba en otros cabildos, siendo conocidos con el nombre de canónigos regulares los que á ella vivían sometidos.

Esta vida en realidad no era nueva, porque así habían vivido los Apóstoles y así vivió el clero en los primeros siglos de la Iglesia, y de su perfección no podía dudarse, porque la vida en comunidad es la vida de familia y la vida de amor llevada á su mayor grado de perfeccionamiento, y es imposible

practicarla fielmente sin que inspire á los que á ella se consagran los sentimientos de caridad, fraternidad, pobreza, paciencia y abnegación, sin cuyas virtudes nadie puede ser digno ministro del Señor.

Norma y patrón de esta vida fué la regla que dejó San Agustín á los suyos, y á ella acudió el Obispo don Martín de Bazán para convertir en canónigos regulares á los de su catedral, siendo su principal y eficacísimo cooperador don Diego de Acevedo, prior del cabildo reformado, y de él se valió también para que formara parte del mismo Santo Domingo de Guzmán, cuyos méritos conocía.

Las primeras conferencias de don Diego de Acevedo con el santo estudiante de Palencia establecieron entre ambos una corriente de simpatía que no había de interrumpirse ni aun con la muerte. Uno y otro habían nacido para entenderse y aun puede decirse que para completarse, y fácil les fué el ponerse de acuerdo en los puntos referentes á la obra que el Señor les había encomendado.

«Fácilmente — dice el P. Lacordaire en su biografía de nuestro Santo — me represento la conferencia de don Diego con el noble estudiante de Palencia. Don Diego le enseñó en pocas palabras lo que no se aprende en los libros ni en las Universidades: el estado de continua lucha del bien y del mal en el mundo, las profundas llagas abiertas á la Iglesia, la natural dirección de los negocios y, en fin, todo lo que for-

ma el nudo secreto de un siglo. Domingo, iniciado en el conocimiento de los males de su tiempo por un hombre que los comprendía, conoció, sin duda, la necesidad de ofrecer el tributo de su vida y de su alma á la cristiandad necesitada. Vió de una sola ojeada su puesto y su obligación; y viólos en el sacerdocio, según el orden de Melquisedech, siguiendo las pisadas de Jesucristo, único Salvador del mundo, fuente única de toda verdad, de todo bien, de toda gracia, de toda paz, de todo sacrificio, y cuyos enemigos, cualquiera que sea el nombre que tomen, son los eternos enemigos del linaje humano. Vió que este divino sacerdocio, envilecido por no pocas manos indignas de la consagración, tenía necesidad de ser restaurado á los ojos de Dios y de los pueblos, y que no podía serlo sino por medio de la resurrección de las virtudes apostólicas, en los hombres adornados con él y encargados de su precioso depósito. Y siendo el primer paso para toda renovación dar ejemplo de lo que se quiere ver hacer á los demás, el heredero de los Guzmanes consagró su vida á Dios en el cabildo reformado de Osma, bajo la dirección de don Diego, que era su prior.»

«Entonces—dice el bienaventurado Jordán de Sajonia—empezó á aparecer entre los canónigos, sus hermanos, como una antorecha que arde, el primero por la santidad, el último de todos por la humildad de su corazón, esparciendo al derredor de sí un olor que daba la vida, y

esparcía un perfume semejante al del incienso en los templos del Señor. Admiran sus hermanos una piedad tan sublime y lo eligen por su superior, para que, colocado en mayor altura, fueran sus ejemplos más visibles y más eficaces. Pero Domingo, como un olivo que retoña, como un ciprés que crece, pasaba el día y la noche en la iglesia, dedicado sin descanso á la oración y mostrándose fuera del claustro muy rara vez, á fin de no perder tiempo para la contemplación. Dios le había concedido la gracia de llorar por los pecadores, por los desgraciados y los afligidos; llevaba los males del prójimo en el santuario de la compasión; y aquel doloroso amor, apretándole el corazón, se desataba en lágrimas. Tenía la costumbre, rara vez interrumpida, de pasar la noche orando y de conversar con Dios cerrada la puerta: entonces solían oírse salir de sus entrañas voces doloridas y hondos suspiros que no podía contener. La súplica que dirigía á Dios con más frecuencia, y más especialmente, era que le diera una verdadera caridad, un amor capaz de arrostrarlo todo con júbilo por la salvación de los hombres, persuadido de que no sería verdaderamente un miembro de Jesucristo sino cuando se consagrara todo entero, según sus fuerzas, á ganar almas, á ejemplo del Salvador de todos, que se inmoló sin reserva por redimirnos. Leía un libro que lleva por título *Conferencias de los Padres*, que trataba juntamente de los vicios y de la perfección espiritual, y se afanaba, leyéndolo, por

conocer y seguir todos los senderos del bien. Este libro, con el auxilio de la gracia, elevóle á una difícil pureza de conciencia, á una abundante luz en la contemplación y á un altísimo grado de perfección.»

Nueve años estuvo consagrado Santo Domingo de Guzmán á esta vida de recogimiento y oración, que fué para él como el noviciado del ministerio apostólico á que Dios le había destinado.

Diego de Acevedo fué el ángel tutelar encargado por el Señor para guiar los pasos de nuestro bienaventurado, y acabando la obra comenzada en Caleruega y continuada en Gumiel y en Palencia, le amaestró en la vida espiritual y dirigió los primeros pasos de su glorioso apostolado.

Muerto el Obispo don Martín de Bazán, después de haber tenido el consuelo de reformar su cabildo, le sucedió en la sede de Osma don Diego de Acevedo, cuyo puesto de prior ocupó nuestro Domingo, y ambos siervos de Dios continuaron la obra por aquél emprendida, hasta que el Señor determinó que lo realizado tan felizmente en Osma lo continuaran en otras regiones.

Había determinado el rey de Castilla Alfonso IX casar á su hijo don Fernando con una princesa de Dinamarca, y para negociar la boda designó como embajador á don Diego de Acevedo, ya Obispo de Osma, como queda dicho. Escogió éste para que le acompañara á Santo Domingo de Guzmán, todo ello por espe-

cial disposición del Señor, como los hechos lo acreditaron más tarde.

Partieron ambos para aquel reino en el año 1203, y al trasponer los Pirineos experimentaron profundísima aflicción al ver los estragos que en el Languedoc hacía con sus perversas doctrinas la secta de los albigenses. Cuando llegaron á Tolosa de Francia, donde sólo debían pasar una noche, nuestro bienaventurado echó de ver que su patrón era hereje, y aunque con tan poco tiempo contaba no quiso que su paso por aquella ciudad fuera inútil para aquel hombre que les hospedaba.

Ya Jesucristo había dicho á los Apóstoles: «Cuando entréis en una casa, saludad diciendo: Paz sea en esta casa. Y si la casa lo merece, vuestra paz descenderá sobre ella; y si no lo merece, vuestra paz volverá sobre vosotros.» Y como los santos tienen siempre presente todas las palabras de Jesucristo y conocen la eficacia de una bendición dada aun á quien la ignora, y procuran no dejar á la criatura á quien se encuentran sin haber depositado en su seno algún germen de misericordia, no se contentó Domingo con pedir á Dios en secreto por su huésped infiel, sino que pasó la noche hablándole; y fué tanto lo que obró en el corazón del hereje la imprevista elocuencia de aquel extranjero, que volvió á la fe antes que despuntara el día. Entonces efectuóse otra maravilla. Conmovido Domingo por la conquista que acababa de hacer para la verdad, y por el triste espec-

táculo de los estragos del error, tuvo por primera vez la idea de crear una Orden consagrada á la defensa de la Iglesia por medio de la predicación de la divina palabra. Esta súbita inspiración se apoderó de él, y ya nunca le abandonó, de manera, que ya le estaba descu-



bierto el secreto de su futura misión cuando salió de Francia, como si esta nación, celosa de no haber producido aquel grande hombre, hubiese obtenido de Dios que no pisara en vano su suelo, y que ella fuese á lo menos la que le marcarse la dirección decisiva de su vida.

Llegaron el Obispo don Diego y nuestro bienaventurado, después de múltiples trabajos, al término de su viaje, y luego lo dejaron todo convenido en la corte de Dinamarca para con-

seguir la alianza propuesta por el rey de Castilla; mas cuando se preparaban á conducir á España á la prometida princesa, murió ésta inopinadamente, y dando de ello aviso al monarca castellano determinaron pasar á Roma, para visitar el sepulcro de los apóstoles San Pedro y San Pablo, peregrinación que no omitía por aquel tiempo ningún piadoso cristiano que tuviera ocasión para ello.

Ocupaba á la sazón el Papa Inocencio III el solio pontificio, y á él se dirigió el Obispo Acevedo con el fin de que le admitiera la renuncia de su prelación y consagrar el resto de su vida á predicar á los cumanos, tribu bárbara que vivía en los confines de la Hungría, y muy temible por la ferocidad de sus costumbres. Negóse el Papa á condescender con tan heroico deseo, y aunque insistió don Diego para que le fuese permitido á lo menos, conservando su obispado, ir á evangelizar á los infieles, persistió el Papa en su negativa y mandóle que regresase á su diócesis. Los dos peregrinos pasaron otra vez los Alpes en la primavera del año 1205, con la intención de restituirse inmediatamente á España; pero cedieron al piadoso deseo de visitar al paso uno de los más célebres monasterios de la cristiandad; y dando un largo rodeo, fueron á llamar á la puerta de la abadía del Cister, habitada todavía por la sombra de San Bernardo. Si en aquel monasterio no había ya la misma pobreza, aún quedaban en él restos de virtud bastante bellos para que cautiva-

ran el corazón del Obispo de Osma, quien manifestó á los religiosos el placer que tendría en vestir su ilustre hábito: fuéle otorgado, no sin alguna dificultad, y consolóse un poco bajo aquella librea monástica del dolor que había tenido en no poder ser un pobre misionero entre los bárbaros. Domingo se abstuvo de imitar en esto á su amigo, pero llevó del Cister mucho aprecio y afecto á los religiosos que lo poblaban. Después de una breve residencia en la abadía, se pusieron ambos nuevamente en camino, y costeando, como es probable, las orillas del Saona y del Ródano, llegaron á los arrabales de Montpellier.

Estaban á la sazón reunidos bajo las murallas de Montpellier tres hombres, que en aquella época tomaron gran parte en los negocios de la Iglesia: Arnaldo, abad del Cister; Raúl y Pedro de Castelnau, monjes de la misma Orden. El Papa Inocencio III los había nombrado legados apostólicos en las provincias de Aix, de Arlés y de Narbona, con plenos poderes para realizar cuanto estimasen conducente á la extinción de la herejía; pero sus esfuerzos en el año que llevaban de su legación no habían producido ningún resultado.

El conde de Tolosa, señor de aquellas provincias, se había declarado abiertamente por los herejes; los Obispos, unos por cobardía y otros por indiferencia, y alguno por ser hereje, negaban todo auxilio á los legados, y el clero había incurrido en el desprecio de los pueblos

«hasta tal punto—dice Guillermo de Puy Laurens—, que el nombre de eclesiástico era ya tan odioso como el de judío; y que en vez de decir: primero consentiría en ser judío que en hacer *tal cosa*, muchos cambiaban la palabra judío por la de eclesiástico. Cuando los clérigos se presentaban en público—añade—tenían cuidado de disimular su tonsura, que hacían lo más pequeña posible, y de echarse sobre la frente los cabellos de atrás. Rara vez los caballeros destinaban sus hijos á la clerecía, contentándose con presentar á los hijos de sus dependientes para las iglesias cuyos diezmos percibían, y los Obispos conferían las órdenes á quien podían».

El Papa Inocencio no había ocultado la gravedad del mal á sus legados, á los que escribía en 31 de Mayo de 1204:

«Aquellos á quien San Pedro ha llamado á participar de sus desvelos para custodiar al pueblo de Israel, no velan ya su rebaño por la noche; antes, por el contrario, duermen y tienen sus manos retiradas del combate, mientras que Israel pelea con Madián. El pastor ha degenerado en mercenario; ya no apacienta el rebaño, sino que se paga á sí mismo; busca la leche y la lana de las ovejas; deja en libertad á los lobos para que entren en el aprisco, y no se opone, como una muralla, á los enemigos de la casa del Señor. Como un mercenario que es, huye delante de la perversidad que podría destruir, y la protege con su traición. Casi todos

han abandonado la causa de Dios, y muchos entre los restantes le son inútiles.»

Los tres legados eran hombres de ardiente fe y de gran carácter; pero, abandonados de todos, no habían podido vencer ni por vía de autoridad, ni por vía de persuasión. Ningún Obispo de aquellas provincias había querido unirse á ellos para exhortar al conde Raimundo VI á acordarse de la gloria de sus mayores; no habían tenido mejor resultado sus conferencias con los herejes, oponiéndoles siempre éstos la lamentable vida del clero y recordándoles estas palabras del Señor: *Por sus frutos los conoceréis*. Y á pesar del vigoroso temple de sus almas, estaban abatidos, y conocían amargamente que hay cargas imposibles de sobrellevar por un hombre solo cuando, acumuladas las culpas, han dado á las pasiones demasiadas armas contra la verdad. Bajo el peso de esta impresión deliberaban en Montpellier. Su opinión unánime era dar una cuenta exacta del estado de las cosas al Soberano Pontífice y devolverle al mismo tiempo un cargo que no podían desempeñar con fruto ni con honra; pero lo que no ofrece esperanza para los hombres, la ofrece para Dios. Hacia treinta años que la Providencia estaba preparando una respuesta á las quejas de sus siervos y á las injurias de sus enemigos, y la hora en que debía darla era llegada; y en el momento en que los legados tomaban tan tristes resoluciones, supieron la llegada á Montpellier de don Diego de Acevedo,

Obispo de Osma. Inmediatamente le enviaron á buscar, y sin pérdida de tiempo pasó Acevedo á avistarse con ellos.

El bienaventurado Jordán de Sajonia da cuenta de esta entrevista en los siguientes términos:

«Los legados—dice—le reciben con singulares muestras de distinción y le piden consejo, sabiendo que era un hombre santo, de elevado espíritu y lleno de celo por la Religión. Dotado don Diego de rara circunspección y práctico en los caminos de Dios, empieza informándose de los usos y costumbres de los herejes. Observa que atraían á su secta á los incautos por vías persuasivas, por medio de la predicación y de las apariencias de la santidad; al paso que los legados se rodeaban de un grande y fastuoso aparato de criados, de caballos y carrozas. Entonces les dijo:—No es esa, hermanos míos, la senda que debéis seguir; no se atrae con palabras á esos hombres que se apoyan en ejemplos. Con el simulacro de la pobreza y la austeridad evangélica, seducen ellos á las almas sencillas; presentándoles un espectáculo contrario edificaréis poco, destruiréis mucho y jamás hablaréis á su corazón. Oponed el ejemplo al ejemplo; oponed la verdadera Religión á una fingida santidad; sólo con una magnífica humildad se triunfa del mentido fausto de los falsos apóstoles. De esa suerte se vió precisado Pablo á mostrar su virtud, sus austeridades y los continuos peligros de su vida á los que se en-

greían contra él con el mérito de sus trabajos. Los legados le dijeron: —Excelente padre, ¿qué nos aconsejas?—Haced lo que yo voy á hacer—les respondió—, y al punto, apoderándose de él el espíritu de Dios, llamó á toda su comitiva, y le dió orden de volver á Osma con sus acémilas y con todo el aparato de que iba acompañado: únicamente conservó á su lado un corto número de eclesiásticos, y declaró que era su intención detenerse en aquel país para consagrarse con actividad al servicio de la fe. Conservó también junto á su persona al subprior Domingo, á quien estimaba grandemente y á quien profesaba singular afecto; y aquí, renunciando al título de prior, el insigne fundador de la Orden de Predicadores empezó á llamarse *Fray Domingo*, hombre verdaderamente del Señor por la inocencia de su vida y por el celo con que guardaba sus mandamientos. Los legados, en vista del consejo y del ejemplo que acababa de darles el Obispo de Osma, lo siguieron al punto uno y otro: despidieron sus equipajes y sus criados, y no conservando más que los libros necesarios para la controversia, se marcharon á pie, en un estado de pobreza voluntaria, y bajo la dirección del virtuoso Prelado, á predicar la verdadera fe.»



IV

*Cómienza Santo Domingo su apostolado.—
Fundación del convento de Nuestra Señora
de la Prulla.*

PUESTOS de acuerdo los legados y el Obispo de Osma, éste con los dos hermanos Castelnau, Santo Domingo y algunos otros sacerdotes españoles, tomaron á pie el camino de Tolosa y Narbona, deteniéndose á predicar en las ciudades y aldeas del tránsito el tiempo que juzgaban necesario para el mejor fruto de su predicación.

A más de ésta empleaban en su apostolado el medio de las conferencias de controversia con los herejes en sitios determinados de antemano, sistema de evangelización ya empleado en los tiempos apostólicos por San Pablo con los judíos y luego por San Agustín con los donatistas y maniqueos, entendiendo muy acertadamente que si una de las causas del error es la obstinación de la voluntad, la ignorancia es tal vez su causa más general.

Una de las primeras aldeas en que se detuvieron fué Caramán, no lejos de Tolosa, y allí predicaron la divina palabra por espacio de ocho días, con tan felices resultados, que los vecinos querían expulsar á los herejes, y cuando nuestros misioneros prosiguieron su camino les acompañaron hasta gran distancia de la población.

En Béziers estuvieron quince días, y allí se separó de ellos Pedro de Castelnau, á quien rogaron sus amigos que se alejase á causa del odio especial con que le miraban los herejes. Detuviéronse también en Carcasona, Verfeuil y Fanjeaux, y en esta última ciudad se produjo un hecho milagroso de que da cuenta el beato Jordán de Sajonia en los siguientes términos:

«Sucedió—dice—que en Fanjeaux hubo una gran conferencia á la vista de una multitud de fieles é infieles convocados á ella. Los católicos habían preparado varias Memorias que contenían razones y autoridades en apoyo de su fe; pero después de comparadas unas con otras, prefirieron la que había escrito el hombre de Dios Domingo, y resolvieron oponerla á la Memoria que por su parte presentaban los herejes. Tres árbitros fueron elegidos de común acuerdo, para decidir cuál fuese el partido que alegaba mejores razones, y cuya fe era, por consiguiente, la más sólida. Después de mucho discutir, no pudiendo entenderse aquellos tres árbitros para tomar una decisión, ocurrióseles la idea de echar á la lumbre las dos Memorias,

á fin de que si las llamas perdonaban á alguna de ellas, resultase una certeza de que aquélla contenía la verdadera doctrina. Encendieron, pues, una hoguera, y echaron en ella los dos volúmenes: al punto es devorado el de los he-



rejes, y el otro, el que había escrito el bienaventurado hombre de Dios Domingo, no sólo queda intacto, sino que es repelido á gran distancia por las llamas en presencia de toda la asamblea. Echanle á la lumbre segunda y tercera vez, y otras tantas veces manifiesta la repetición del mismo milagro dónde está la verdadera fe y cuál era la santidad del escritor.»

El recuerdo de este prodigio, de que hacen mención los historiadores, se conservaba tradicionalmente en Fanjeaux; y en 1325 los vecinos de esta aldea obtuvieron licencia del rey Carlos *el Hermoso*, para comprar la casa en que había pasado el hecho y construir en ella una capilla, que los Soberanos Pontífices han enriquecido con muchas indulgencias. En Monreal ocurrió, más adelante, otro milagro semejante, pero tuvo lugar entre los herejes reunidos una noche para examinar una Memoria del siervo de Dios, y todos ellos se propusieron ocultar aquel prodigio, mas lo hizo público uno que se convirtió.

Entretanto observó Domingo que una de las causas del incremento que tomaba la herejía era la destreza con que los herejes se apoderaban de la educación de las doncellas nobles, cuando sus familias no estaban en condiciones para darles una educación proporcionada á su clase. En la presencia de Dios pensó en los medios de poner coto á aquella seducción, y creyó que lo lograría fundando un monasterio destinado á recoger á las jóvenes católicas, á quienes el nacimiento y la pobreza exponían á las redes del error. Había en Prulla, aldea situada en una llanura entre Fanjeaux y Monreal, en la falda de los Pirineos, una iglesia dedicada á la Santísima Virgen, célebre desde tiempos antiguos por lo venerada que era de los pueblos. Domingo era particularmente devoto de Nuestra Señora de la Prulla, en cuya iglesia había mu-

chas veces orado en sus peregrinaciones apostólicas, y á ella fué cierta tarde, casi al anoche-
cer, después de haber predicado para elevar
allí su alma al Señor.

Orando se hallaba cuando, según refiere el



beato Humberto, se le acercaron varias nobles
doncellas que, postrándose á sus pies, le dijeron:

—Siervo de Dios, si es verdad lo que acabas
de predicar, mucho tiempo ha que vivimos ex-
traviadas. Los que llamas herejes han sido
nuestros guías; los llamábamos *perfectos*, y de
todo corazón hemos seguido su doctrina. Ahora
nos hallamos en cruel incertidumbre; pide al

Señor que nos manifieste cuál es la verdadera fe en que debemos vivir para salvarnos.

—Animaos—les contestó Santo Domingo—; Dios, que no quiere la perdición de nadie, os mostrará á qué dueño habéis servido.

Y en aquel punto salió de entre el grupo de doncellas el demonio, en forma de un animal monstruoso y de aspecto feroz, que desapareció rápidamente, dejando en el templo un hedor insoportable.

Este suceso infundió en nuestro Santo mayores deseos aún de fundar un asilo de preservación contra las malas doctrinas para las doncellas expuestas á las asechanzas de la herejía, y hallándose el 22 de Julio del año citado, fiesta de Santa María Magdalena, retirado al borde de la meseta de Fanjeaux, mirando al inmenso valle en cuyo centro estaba el templo de Nuestra Señora de Prulla, encomendó con mayor fervor al Señor su proyecto, y al punto vió un globo luminoso que, bajando del cielo, fué á posarse encima del santuario de la Virgen.

Esta maravilla repitióse varios días consecutivos, y de ello dedujo Santo Domingo que aquel lugar era el designado por Dios para fundar el monasterio de doncellas que tanto le preocupaba. Habiendo obtenido de Julio, Obispo de Tolosa, la concesión del templo de Santa María de Prulla y con terreno alrededor para edificar el convento, el día 22 de Noviembre, construyendo para ello una modesta

casita, tomaron posesión de ella las primeras religiosas, en número de nueve, todas pertenecientes á la nobleza del país y salvadas por nuestro Santo de las garras de la herejía albigense.

Pronto aquella humilde fundación fué to-



mando vuelo á causa de las donaciones con que la favorecieron el conde Simón de Montfort y otros católicos ilustres, hasta convertirse en una floreciente casa de oración que siempre pareció gozar de una gracia especial.

«La guerra civil y religiosa—dice el Padre Lacordaire—que poco después estalló acercóse solamente á sus muros para respetarlos; y mientras que eran despojadas las iglesias, destruidos los monasterios y la herejía armada

se veía muchas veces victoriosa, unas pobres vírgenes indefensas oraban tranquilamente en Prulla á la sombra bendita de su claustro. Y es porque las primeras obras de los santos tienen una virginidad que conmueve el corazón de Dios, y el que protege á la humilde florecilla del rigor de la tempestad vela también para el crecimiento de las grandes obras, desde que éstas se inician.

No se sabe precisamente cuáles fueron el hábito y las reglas de las hermanas de Prulla en aquellos primeros tiempos. Tenían á su frente una Priora, pero bajo la autoridad de Domingo, que conservó la administración espiritual y temporal del monasterio, á fin de no separar á aquellas amadas hijas del futuro instituto que meditaba, y que fuesen el primer arbusto que pensaba plantar. Pero no permitiéndole residir en Prulla sus tareas apostólicas, encomendó la administración temporal á un vecino de Pamiers, que se le había agregado, y que se llamaba Guillermo Claret. También llamó á participar de la administración espiritual á uno ó dos eclesiásticos, franceses ó españoles, cuyos nombres la historia no ha conservado. Una parte del monasterio, fuera de la clausura, contenía el alojamiento de Domingo y de sus coadjutores, á fin de que aquella habitación, distinta y bajo un mismo techo, fuese una garantía de la unidad que algún día existiría entre los religiosos dominicos y las religiosas dominicas, dos vástagos que brotaron del mismo tronco. Termi-

nados todos los preparativos el 27 de Diciembre de 1206, día de San Juan Evangelista, Domingo tuvo la inmensa alegría de abrir las puertas de Nuestra Señora de Prulla á muchas matronas y doncellas que deseaban consagrarse en sus manos á Dios.

Tales fueron en un principio los primeros institutos dominicanos, que empezaron por un asilo á favor de la triple debilidad del sexo, de la cuna y de la pobreza, así como la redención del mundo empezó en el seno de una Virgen pobre é hija de David. La solitaria y modesta casa de Nuestra Señora de Prulla aguardó todavía mucho tiempo al pie de las montañas á los hermanos y á las hermanas que debían consagrarse allí á Dios y llevar su nombre hasta los confines de la tierra. Hija primogénita de un Padre, que lentamente se elevaba bajo la paciente dirección de Dios, ella también crecía en silencio, honrada con la amistad de muchos grandes hombres, y esperando la hora del Señor. Domingo, que después de la entrevista de Montpellier había dejado el título de Subprior de Osma por tomar el de Fray Domingo, añadió entonces á esta humilde y dulce calificación la de Prior de Prulla; de modo que desde entonces fué llamado *Fray Domingo, Prior de Prulla.*»



V

Ultimos trabajos del Obispo Acevedo. — Su muerte.—Queda abandonado Santo Domingo.—La sangre de un mártir.

LA erección del monasterio de Prulla había levantado el espíritu de los católicos de las provincias de Tolosa y Narbona, uniéndoles en un pensamiento común, á saber, el del apostolado encomendado á una Orden religiosa, cuyo especial oficio fuera el de la predicación. El Obispo de Osma, don Diego de Acevedo, era el alma de esta empresa, aunque en su calidad de mero Obispo era inferior á los legados, y como extranjero dependía de los Prelados franceses en todo lo relativo á su acción espiritual en aquella región. Pero con sus consejos había dado gran impulso á la obra en el momento en que todo se creía perdido, siendo el primero que puso mano en ella sin volver nunca la vista atrás, hasta conquistar el afecto de los mismos here-

jes, quienes decían de él «que era imposible que semejante hombre no hubiese sido predestinado á la vida, y que sin duda no lo había enviado Dios entre ellos sino para enseñarles la verdadera doctrina». En fin, aquella fuerza secreta que coloca á los hombres en su puesto lo había elevado sobre todos. Pensó, pues, en volver á España para arreglar las cosas de su diócesis, reunir recursos á favor del convento de Prulla, que los necesitaba, regresar á Francia con nuevos obreros, y sacar partido del estado á que habían llegado las cosas. Tomada esta resolución púsose en camino á pie para su patria.

Al entrar en Pamiers hallóse don Diego con el Obispo de Tolosa, con el de Couserans y con un gran número de abades de diferentes monasterios que habían acudido á saludarle, noticiosos de su partida. Su presencia dió ocasión á una célebre disputa con los Valdenses, que dominaban en Pamiers, bajo la protección del conde de Foix, quien convidó sucesivamente á los herejes y á los católicos á comer, y ofrecióles su palacio para celebrar la conferencia. Los católicos eligieron por árbitro á uno de sus más declarados adversarios, que pertenecía á la primera nobleza de la ciudad. El resultado superó con mucho á sus esperanzas: Armando de Campranham, el árbitro designado, falló á favor de los católicos y abjuró la herejía. Otro hereje de distinción, Durando de Huesca, no contento con convertirse á la verdadera fe, abrazó

la vida religiosa en Cataluña, á donde se había retirado, y fué el Padre de una nueva Congregación, bajo el nombre de *Pobres católicos*. Estas dos abjuraciones, que no fueron las únicas, produjeron una sensación vivísima en la ciudad de Pamiers y atrajeron á los católicos grandes muestras de júbilo y de aprecio de parte del pueblo. Después de este triunfo, que coronaba dignamente su apostolado, despidióse don Diego de todos los que se habían reunido para agasajarle á su salida de Francia. Se ignora si Santo Domingo le acompañó hasta aquel momento, ó si se separaron en Prulla para no verse más en este mundo, porque así estuviera decretado por la divina Providencia.

Cruzó el Obispo don Diego, siempre á pie, los Pirineos y Aragón, volviendo á su sede de Osmá, huérfana de su Pastor durante tres años, y ya se preparaba á dejar su patria de nuevo, cuando Dios le llamó á su seno, siendo su cuerpo sepultado en la iglesia de su ciudad episcopal, bajo esta sencilla inscripción:

Aquí yace Diego de Acevedo, Obispo de Osmá; murió en la era de 1245.

Apenas llegó la noticia de su muerte allende los Pirineos, dispóse la obra heroica cuyos elementos había reunido el venerable Obispo. Los abades y los religiosos del Cister se volvieron á sus monasterios; la mayor parte de los españoles que, bajo la dirección de Domingo, había dejado don Diego, regresaron á España; de los tres legados, Raúl acababa de morir; Arnaldo

no se había mostrado más que un momento, y Pedro de Castelnau se hallaba en Provenza en vísperas de perecer bajo los golpes de un asesino. Sólo quedaba un hombre con el antiguo pensamiento de Tolosa y de Montpellier, joven todavía, extranjero, sin jurisdicción, que no se había presentado más que en segunda línea, y que no podía ocupar de repente el puesto de un hombre como Acevedo, en quien el episcopado, la antigüedad y la fama sostenían el genio y la virtud. Cuanto pudo hacer Domingo fué no sucumbir al terrible peso de aquella pérdida y permanecer firme privado de semejante amigo. Ocho años de afanes necesitó para llenar el vacío que había dejado, y nunca hombre alguno marchó con más ardor hacia su término para alcanzarlo luego con más maravillosa rapidez.

Numerosos milagros honraron la sepultura de Acevedo. Más tarde, en la misma iglesia en que yacían sus despojos, se erigió una capilla á Santo Domingo, y la piedad los reunió trasladando el cuerpo del uno debajo de la imagen del otro; pero, como si Domingo no hubiera podido tolerar ver á sus pies al que había sido su mediador en la tierra, una mano respetuosa separó del tronco la venerable cabeza y la dió al convento de los Hermanos Predicadores de Málaga.

A pesar de estos homenajes tributados á su virtud, la memoria de Acevedo no ha igualado á su mérito; como la Francia no le vió sino de paso, y España también le vió harto poco, mu-

rió sin haber terminado cosa alguna. Dios le había destinado no más que á ser el precursor de un hombre más santo todavía y más extraordinario que él; difícil misión, que supone un corazón perfectamente desinteresado. Acevedo cumplió esta misión con la misma sencillez que atravesaba á pie los Pirineos; nunca se acordó de sí propio; pero la posteridad de Santo Domingo conserva su recuerdo tan vivo como profunda fué su humildad.

Todo quedó, pues, en dispersión con la muerte del Obispo de Osma; Domingo se vió casi solo; los dos ó tres cooperadores, que no le abandonaron, sólo estaban ligados á él por su buena voluntad y de un momento á otro podían dejarle. Y como si esto no bastara, pronto una guerra terrible vino á acrecentar su amargura y sus dificultades.

El legado Pedro de Castelnau había dicho muchas veces que la religión no volvería á florecer en el Languedoc sino después que la sangre de un mártir hubiese regado aquella tierra, y rogaba á Dios encarecidamente que le concediese la gracia de ser él la víctima; Dios accedió á sus votos. Acababa de ir á San Gil á instancias del conde de Tolosa, á quien había excomulgado años antes, y que deseaba, según decía, reconciliarse sinceramente con la Iglesia. El abad del Cister se había agregado á su colega para asistir á aquella entrevista, á la que á ambos les llevaba un vivo deseo de la paz; pero el conde no hizo más que burlarse de

ellos, y pareció que su designio no había sido otro que obtener por el miedo que le levantasen la excomunión, pues amenazó de muerte á los legados si se atrevían á salir de San Gil sin absolverle.

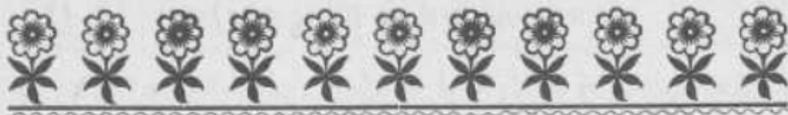
Despreciaron la amenaza Castelnau y el abad,



y se retiraron con una escolta que les dieron los magistrados de la ciudad, y á la mañana siguiente, habiendo despedido á sus guardianes para pasar á la otra orilla del Ródano, se les acercaron dos hombres, clavando uno de ellos su lanza en el cuerpo de Pedro de Castelnau que, herido de muerte, dijo á su asesino: «Dios os perdone como yo os perdono de todo cora-

zón.» Repitió la frase varias veces y aún tuvo tiempo, antes de exhalar el último suspiro, para exhortar á sus compañeros á servir á la Iglesia. Su cuerpo fué llevado á la abadía de San Gil inmediatamente después de su muerte, que ocurrió el día 15 de Enero de 1208.





VI

La cruzada contra los albigenses.

EL asesinato del legado Pedro de Castelnau levantó una protesta unánime de indignación en todo el orbe cristiano. Después de tan horrendo crimen, toda composición con los que lo habían preparado armando fríamente el brazo de un asesino era imposible, y á la guerra que con tamaño atentado habían declarado los albigenses á los católicos tenía que contestarse con la guerra. Así lo comprendió el Papa Inocencio III, y en 10 de Marzo de 1208 dirigió Letras apostólicas á todos los príncipes y señores de las provincias de Narbona, Arlés, Embrum, Aix y Viena, de Francia, anatematizando el execrable crimen, excomulgando al conde de Tolosa y encargando al abad del Cister y á los Obispos de Rier y de Cominges la predicación de una cruzada contra los albigenses.

A la voz del Papa reunióse pronto un ejérci-

to imponente de cruzados, que guiado por el abad del Cister obtuvieron algunas ventajas sobre sus enemigos, entre ellas la toma de Carcasona y de Béziers; pero los desmanes, fruto de la indisciplina, cometidos en esta última ciudad, hicieron pensar en la necesidad de nombrar un jefe militar; y el abad del Cister, dos Prelados y cuatro caballeros principales constituidos en Junta eligieron al conde Simón de Montfort, cuyas excelentes prendas de valor y de energía pone de manifiesto el P. Lacordaire, en su *Vida de Santo Domingo*, en los siguientes términos:

«Era imposible—dice—hallar un capitán más audaz ni más religioso caballero, y si á las relevantes prendas que brillaban en su persona hubiera añadido mejor fondo de desinterés y humanidad, no cediera en gloria á ninguno de los cruzados de Oriente. Apenas le fué otorgado el mando general, se vió abandonado de todos; el conde de Nevers y el duque de Borgoña se retiraron, dejándole unos treinta caballeros y un corto número de soldados. Cambio de fortuna harto común en aquella clase de expediciones, á las que cada cual asistía libremente y á las que renunciaba del mismo modo.

No por eso se desanimó el esforzado campeón de la causa católica; antes al contrario, sacando de las escasas fuerzas con que contaba todo el partido posible, prosiguió la guerra con sin igual ardimiento mientras el conde de Tolosa trataba de ganar tiempo apelando á

toda clase de subterfugios para ver de engañar al Papa y detener los efectos de la excomunión que contra él había sido fulminada.

Así las cosas, reunióse en Aviñon un Concilio, del que formaban parte los metropolitanos de Viena, Arlés, Embrum y Aix, bajo la presidencia de los dos nuevos legados del Papa, Hugo y Milon, y en dicha asamblea, que se abrió el 16 de Septiembre de 1209, se concedió al conde de Tolosa un plazo de seis meses para que cumpliera las promesas que había hecho en San Gil, sin cuyo cumplimiento no se libraría de la excomunión.

El conde de Tolosa entonces partió para Roma, y admitido en audiencia por el Papa, quejóse del rigor que con él usaban los legados; presentó testimonios de las iglesias á las que había indemnizado, y se declaró pronto á cumplir lo restante de sus juramentos, solicitando también justificarse del asesinato de Pedro de Castelnau y de las relaciones que se le acusaba de tener con los herejes. Estimulóle el Papa á perseverar en tan buenos sentimientos, y mandó que se reuniese en Francia un nuevo Concilio de Obispos para oír su justificación, con la cláusula expresa de que, si resultaba culpado, se reservase la sentencia á la Santa Sede. Raimundo, después de su salida de Roma, visitó la corte del emperador y la del rey de Francia, con la esperanza de obtener de ellos algún apoyo; pero fué en vano; tuvo, pues, que presentarse al Concilio á que se había re-

mitido su causa, y que debía celebrarse en San Gil, hacia mediados de Septiembre de 1210. Quiso en él justificarse de las dos acusaciones, de inteligencia con los herejes y complicidad en la muerte de Pedro de Castelnau; mas el Concilio rehusó oírlo sobre ambos puntos, limitándose á pedirle que cumpliera su palabra, limpiando sus estados de herejes y gente perdida, de la que estaban infestados. Fuese que Raimundo no pudiese satisfacer esta exigencia, fuese que no tuviera voluntad de hacerlo, ello es que volvió á Tolosa, persuadido de que era excusado todo artificio, y de que nada tenía que esperar más que de la suerte de las armas. Sin embargo, se abstuvo de excomulgarlo el Concilio, porque el Soberano Pontífice se había reservado la sentencia, é Inocencio III se contentó con escribirle una carta vehemente y afectuosa, en la que le exhortaba, sin amenaza alguna, á cumplir lo que él mismo, espontáneamente, había prometido.

El rey de Aragón intervino por su parte para impedir un rompimiento definitivo, y con este motivo celebráronse dos conferencias durante el invierno de 1211, una en Narbona y otra en Montpellier. En la primera, el conde de Tolosa desechó abiertamente las condiciones que ya le habían sido propuestas en San Gil; en la segunda empezó por aparentar que consentía en ellas, y luego se retiró de repente sin despedirse. Irritado el rey de Aragón en vista de esta conducta, desposó á su hijo, de edad de tres

años, con una hija del conde de Montfort, que tenía la misma edad, y puso al niño en manos del conde para que se criase bajo su dirección; mas no tardó en arrepentirse, y casó á su hermana con el hijo único de Raimundo, estrechando con esta alianza los vínculos ya harto estrechos que le unían á la causa de la herejía.

En fin, el abad del Cister fulmina la excomunión y envía un diputado al Papa para obtener que la confirme, lo cual efectivamente consigue. Prepárase Raimundo á la guerra, asegurándose de la fidelidad de sus vasallos y del auxilio de varios señores, particularmente de los condes de Foix y de Cominges; rechaza á Montfort, que se había presentado bajo las murallas de Tolosa, y el ejército albigense va á acamparse delante de Castelnaudary, cuyo sitio se ven obligados á levantar después de una sangrienta batalla. La victoria acompaña á los cruzados: toman ciudades sobre ciudades. Invaden el territorio de Foix y de Cominges, y Raimundo tiene que pasar á España á implorar el auxilio del rey de Aragón.»

No entra en nuestro ánimo hacer un extenso relato de todos los sucesos ocurridos en la guerra sostenida por los católicos contra los albigenses, pues fueron tantos y tan variados sus accidentes, que necesitaríamos para reseñarles un espacio de que no disponemos. Baste decir que el rey de Aragón, Pedro II, católico sincero por otra parte, se dejó alucinar por los artificios del conde y se unió á él contra los cruzados, y

que vencido y muerto en la batalla de Muret, sus huestes se dispersaron; el conde de Tolosa debió su salvación á la fuga y se refugió en Inglaterra, y triunfante el conde de Montfort, dió muestras de su gran piedad yendo á pie y descalzo á la iglesia para dar gracias á Dios por la victoria obtenida.





VII

El apostolado de Santo Domingo durante la guerra contra los albigenses.

 **L**A veneración que siempre sintió el conde Simón de Montfort hacia nuestro Domingo y la amistad que les unió, fueron causa de que se atribuyera á Santo Domingo de Guzmán una parte activa en la guerra contra los albigenses. Nada menos cierto, sin embargo, pues el santo misionero, no sólo no intervino en ella, sino que comprendió, según afirman sus biógrafos, que entonces menos que nunca debía ésta empañar la pacífica y magnánima misión del ministerio apostólico; pues por justo que sea desenvainar la espada contra los que tiranizan la verdad, difícil es que la misma verdad no salga malparada de esta protección, y que no se la haga cómplice de los excesos inseparables de todo choque sangriento.

Pero ¿quiere esto decir que Santo Domingo

de Guzmán permaneció inactivo durante la cruzada? Nada menos que eso. El conde Simón de Montfort intervino en ella como caudillo y caballero, y Santo Domingo de Guzmán intervino asimismo como apóstol y sacerdote.

El varias veces citado Humberto de Sajonia describe en éstos términos la obra de Santo Domingo desde que comenzó la cruzada contra los albigenses:

«Después del regreso á su diócesis del Obispo don Diego—dice—, Santo Domingo, que había quedado solo con algunos compañeros que no le estaban unidos por ningún voto, sostuvo, durante diez años, la fe católica en varios lugares de la provincia de Narbona, particularmente en Carcasona y en Fanjeaux, consagrado exclusivamente al bien de las almas por el ministerio de la predicación; y sufrió con rara magnanimidad muchas afrentas, ignominias y angustias por el nombre de nuestro Señor Jesucristo.»

Domingo había elegido á Fanjeaux por lugar de su residencia, porque desde este pueblo, situado en una altura, se descubría en el llano el monasterio de Nuestra Señora de Prulla: en cuanto á Carcasona, que no estaba tampoco distante de aquel amado retiro, él mismo dió otra razón de su preferencia. Preguntado un día por qué no tenía gusto en residir en Tolosa y en su diócesis, respondió: «Porque en la diócesis de Tolosa encuentro muchas personas que me honran, al paso que en Carcasona todos me son contrarios.» En efecto, los enemigos de la fe

insultaban de todos los modos posibles al siervo de Dios: le escupían en el rostro, le tiraban lodo, por mofa le cosían andrajos en el manto; pero él, superior á todo como el Apóstol, tenía á gran ventura que le juzgaran digno de sufrir oprobios por el nombre de Jesús. Los herejes



llevaron el encono contra él hasta el punto de pensar en quitarle la vida; pero en una ocasión en que le hicieron esta amenaza, les respondió: «No soy digno de la gloria del martirio; todavía no he merecido esa muerte.» Y así fué, pues teniendo que pasar por un sitio por donde sabía que le tenían preparada una emboscada, no sólo se aventuró á pasarlo con intrepidez, sino alegremente y cantando.

En otra ocasión los herejes, admirados de su

constancia, preguntáronle, para tentarle, qué hubiera hecho si hubiese caído en sus manos:

—Os hubiera suplicado—les respondió—que no me mataseis de un solo golpe, sino que me cortaseis los miembros uno á uno, y después de haber puesto los trozos delante de mí, acabarais por sacarme los ojos, dejándome medio muerto bañado en mi sangre ó quitándome enteramente la vida.

«Sucedió otra vez, que debiendo celebrarse una solemne conferencia con los herejes, un Obispo se disponía á acudir á ella con gran pompa; mas entonces le dijo el humilde siervo de Jesucristo: «No es así, padre y señor, como se debe proceder con los hijos del orgullo. Es preciso convencer á los adversarios de la verdad con ejemplos de humildad, de paciencia, de religiosidad y de todas las virtudes, y no con el fausto de la grandeza y ostentación de la gloria del siglo. Armémonos de la oración, y haciendo brillar en nuestra persona señales de humildad, salgamos descalzos al encuentro de los Goliat.» Cedió el Obispo á este piadoso consejo y todos se descalzaron. Ocurrió, pues, que como no estaban seguros de su camino, hallaron á un hereje, á quien creían católico: éste prometió llevarlos por la vía más corta; pero por malicia, los metió en un bosque lleno de espinas y de malezas, donde se hirieron los pies, y pronto les corrió la sangre con abundancia. Entonces el atleta de Dios, paciente y gozoso, exhortó á sus compañeros á dar gracias á Dios

porque sufrían algo por su Dios, diciéndoles: «Confíad en el Señor, amados míos; segura tenemos la victoria, pues con nuestra sangre estamos expiando muchos pecados.» El hereje, «conmovido á la vista de aquella admirable pacien-



cia y de las palabras del Santo, confesó su malicia y abjuró la herejía.»

En las cercanías de Tolosa vivían algunas señoras nobles, á quienes había separado de la fe la austeridad de los herejes. Domingo, al principio de una Cuaresma, fué á pedirles la hospitalidad con intención de volverlas al regazo de la Iglesia, y para ello no entró con ellas en controversia alguna. Pero durante

toda la Cuaresma, él y su compañero no comieron más que pan y no bebieron más que agua. Cuando la primera noche quisieron disponerles camas, pidieron dos tablas para acostarse, y hasta la Pascua no tuvieron otro lecho en que reposar, contentándose todas las noches con un breve sueño que interrumpían para rezar. Esta muda elocuencia fué omnipotente sobre el espíritu de aquellas mujeres, que reconocieron el amor en el sacrificio y la verdad en el amor.

El lector recordará que en Palencia Domingo quiso venderse para rescatar de la esclavitud al hermano de una pobre mujer. En el Languedoc tuvo el mismo impulso de su corazón á favor de un hereje, que le confesó que sólo la miseria le apegaba al error; resolvió venderse para darle con que vivir, y lo hubiera hecho á no haber la divina Providencia provisto de otro modo á la subsistencia de aquel desgraciado.

Thierry refiere lo siguiente, que demuestra las industrias á que recurría la bondad ingeniosa de nuestro Santo.

«Varios herejes—dice—, presos y convictos en el país de Tolosa, fueron entregados á la justicia secular y condenados al suplicio del fuego porque se negaban á volver á la fe. Miró Domingo á uno de ellos con un corazón iniciado en los secretos de Dios, y dijo á los ministros del tribunal:

—Poned á éste aparte y guardaos de quemarle,

Luego, volviéndose hacia el hereje con mucha mansedumbre:

—Sé, hijo mío—le dijo—, que necesitarás tiempo, pero que al fin llegarás á ser bueno y un santo.

¡Cosa llena de misterio no menos que maravillosa! Aquel hombre siguió otros veinte años en las tinieblas de la herejía, después de los cuales, con la gracia de Dios, pidió el hábito de Hermano Predicador, bajo el cual vivió bien y murió en la fe.»

«Acaso—dice á este propósito el P. Lacordaire—parecerá extraño que Domingo tuviese bastante autoridad para arrancar con una mera predicación á un hereje del suplicio; pero además de la fama de su santidad, que debía granjear á sus palabras una confianza absoluta, los legados de la Santa Sede le habían investido del poder de reconciliar á los herejes con la Iglesia. Esto lo prueban dos diplomas, ambos sin fecha, pero que no pueden pertenecer más que á aquella época de su vida.

El uno está concebido en estos términos: «A todos los fieles de Jesucristo que las presentes vieren y entendieren: Fray Domingo, canónigo de Osma, humilde ministro de la predicación, salud y sincera caridad en el Señor. Hacemos saber á vuestra discreción que hemos permitido á Raimundo Guillermo de Hauterive que reciba en su casa de Tolosa, para vivir en ella la vida ordinaria, á Guillermo Huguecian, quien nos ha dicho que llevó en otro tiem-

po el hábito de los herejes. Se lo permitimos hasta que el señor Cardenal nos mande otra cosa á él ó á mí, y esta cohabitación no deberá redundar, de modo alguno, en su perjuicio y deshonra.»

El otro diploma dice así:

«A todos los fieles de Jesucristo que las presentes vieren y entendieren: Fray Domingo, canónigo de Osma, salud en Jesucristo. Por la autoridad del señor abad del Cister, que nos ha transmitido este oficio, hemos reconciliado con la Iglesia al portador de las presentes, Poncio Reyer, convertido por la gracia de Dios de la herejía á la fe, y en virtud del juramento que nos ha prestado, mandamos que durante tres domingos ó días festivos vaya desde la entrada del pueblo hasta la iglesia desnudo hasta la cintura y azotado por el cura. Le mandamos también que en todo tiempo se abstenga de carne, de huevos, de queso y de todo lo que proviene de la carne, excepto los días de Pascua, de Pentecostés y de Navidad, en que comerá de estos manjares, para protestar de sus antiguos errores. Guardará tres cuaresmas por año, ayunando y absteniéndose de pescado, á menos de que las dolencias del cuerpo ó los calores del verano exijan una dispensa; se vestirá con hábitos religiosos, tanto en la forma como en el color, y se prenderá dos crucecitas en las extremidades inferiores de ellos. Todos los días, si puede, oirá misa é irá á vísperas los días de fiesta; siete veces por día rezará diez *Padre-*

nuestros, y por la noche dirá otros veinte. Observará castidad, y una vez al mes, por la mañana, presentará este diploma al capellán de la aldea de Ceré. Mandamos á este capellán que cuide mucho de que su penitente guarde una vida regular, y éste observará todo lo que queda dicho hasta que disponga otra cosa el señor legado. Y si desatiende con desprecio á observarlo, queremos que se le tenga por excomulgado, como perjuro y hereje, y sea separado de la comunidad de los fieles.»

«A los que juzguen excesivas y extrañas estas prescripciones les remitimos á las penitencias canónicas de la Iglesia primitiva, á los usos penitenciales de los claustros y á las prácticas que muchos cristianos de la Edad Media se imponían voluntaria y públicamente para expiar sus culpas. Nadie ignora, por no citar más que un solo ejemplo, que Enrique II, rey de Inglaterra, se hizo azotar por unos frailes sobre la sepultura de Tomás Becket, Arzobispo de Cantorbery, á cuyo asesinato había dado ocasión. Aun en el día, en las grandes basílicas de Roma, el sacerdote, después de haber absuelto al penitente, le da en las espaldas un golpe con una vara. Santo Domingo se conformaba naturalmente con las costumbres de su siglo, y para cualquiera que las conozca, hay un notable espíritu de bondad en las disposiciones copiadas.»



VIII

*Virtudes en que descolló y dones con que
le favoreció el Señor.*



ERA Santo Domingo de Guzmán, según refieren la beata Cecilia Cesanni y varios de sus discípulos, de una estatura mediana, escaso de carnes, rostro hermoso, cabellos y barba casi rubios, y ojos vivos y hermosos, y su mirada era tan expresiva y penetrante, que conmovía dulcemente á las almas buenas y llenaba de terror á los herejes y pecadores.

Pero estas buenas prendas corporales eran nada en comparación de sus perfecciones espirituales. De ellas trazó el siguiente bosquejo Guillermo de Pierre, uno de los que le conocieron y trataron durante los doce años de su apostolado en el Languedoc, y que en Tolosa fué oído como testigo en el proceso de su canonización:

«Al bienaventurado Domingo—dice—le abra-

saba una sed ardiente de la salvación de las almas y un celo sin límites para con ellas. Era tan fervoroso predicador que, de día, de noche, en las iglesias, en las casas, en los campos, en los caminos, no cesaba de anunciar la palabra de Dios, recomendando á sus hermanos que hiciesen lo mismo y que nunca hablasen más que de Dios. Fué el adversario de los herejes, á quienes se oponía con la predicación y la controversia y de todas las maneras que podía. Amó la pobreza hasta el punto de renunciar á las haciendas, granjas, castillos y rentas con que en muchos lugares fué enriquecida su Orden. Era de una tan austera frugalidad, que su única comida consistía en pan y potaje, sólo dispensándose en muy raras ocasiones, para obsequiar á los hermanos y á las personas que comían en su mesa, pues quería que los demás lo tuvieran todo en abundancia, según era posible. He oído decir á muchos que nunca empañó su virginidad. Rehusó el obispado de Conserans, y no quiso gobernar esta iglesia á pesar de haber sido electo canónicamente. Nunca he visto hombre tan humilde ni que despreciase más la gloria del mundo y cuanto tiene relación con ella. Recibía las injurias, las maldiciones, los oprobios con paciencia y contento, como dones de gran valía. Las persecuciones no le turbaban; muchas veces iba con intrepidez, y ni una sola vez le apartó el miedo de su camino; más diré: cuando le cogía el sueño se tendía á lo largo ó á la orilla del camino y

dormía. En religiosidad sobrepujaba á cuantos he conocido; se despreciaba grandemente y se tenía por nada. A los hermanos enfermos les consolaba con tierna bondad, soportando sus flaquezas de un modo admirable. Si sabía que alguno de ellos sucumbía bajo el peso de las tribulaciones, le exhortaba á tener paciencia, y le animaba lo mejor que podía. Era muy exacto en la regla, y reprendía paternalmente á los que cometían alguna falta; en todas las cosas era ejemplo de los hermanos, en las palabras, los ademanes, el sustento, los vestidos y en las buenas costumbres.

No he visto hombre alguno en quien la oración fuese tan habitual ni que tuviese tanta abundancia de lágrimas. En la oración exhalaba gritos que se oían á gran distancia, y en ellos decía á Dios: Señor, tened piedad del pueblo; ¿qué será de los pecadores? Así pasaba las noches sin dormir, llorando y gimiendo por los pecados del prójimo. Era generoso, hospitalario; daba con gusto á los pobres cuanto tenía; amaba y honraba á los religiosos y á todos los amigos de la Religión. No he oído decir ni sabido que tuviese más cama que la iglesia, cuando hallaba una á su alcance; si la iglesia faltaba, se tendía sobre un banco ó en el suelo, ó bien se echaba sobre las cuerdas del catre que le habían dispuesto, después de haber quitado las sábanas y los colchones. Nunca le he visto más que con una túnica, y esa toda remendada. Sus hábitos siempre fueron más miserables que los de

los demás hermanos. Fué muy dado á los intereses de la fe y de la paz, y en cuanto estuvo en su mano, un fidelísimo promotor de la una y de la otra.»

Estas virtudes, llevadas hasta el heroísmo, fueron recompensadas por Dios con los muchos y muy preciados dones espirituales que le otorgó aún en esta vida.

El don de milagros brillaba en nuestro Santo con el mismo resplandor que sus virtudes. Citaremos algunos.

Cierto día, después de pasar el río en una lancha, el barquero le pidió una ínfima moneda de cobre como precio de su trabajo.

—Soy—respondió Domingo—un discípulo y un siervo de Cristo, y no llevo conmigo ni oro ni plata; Dios, con el tiempo, os pagará el precio de mi pasaje.

No conformándose el barquero le asió de la capa, pretendiendo quedarse con ella en pago del servicio que le había prestado, y entonces el santo misionero se recogió un momento en sí mismo y, mirando luego al suelo, enseñó al barquero una moneda de plata que allí había depositado la divina Providencia, diciéndole al mismo tiempo:

—Hermano, ahí tenéis lo que me habéis pedido; tomadlo y dejadme ir en paz.

Cuando los cruzados sitiaban á Tolosa en 1211, unos peregrinos ingleses que iban á Santiago de Compostela, y que no querían entrar en la ciudad por la excomunión que pesaba so-

bre ella, tomaron una barca para cruzar el río Garona; pero el bajel, demasiado cargado, pues los peregrinos que en él iban eran unos cua-

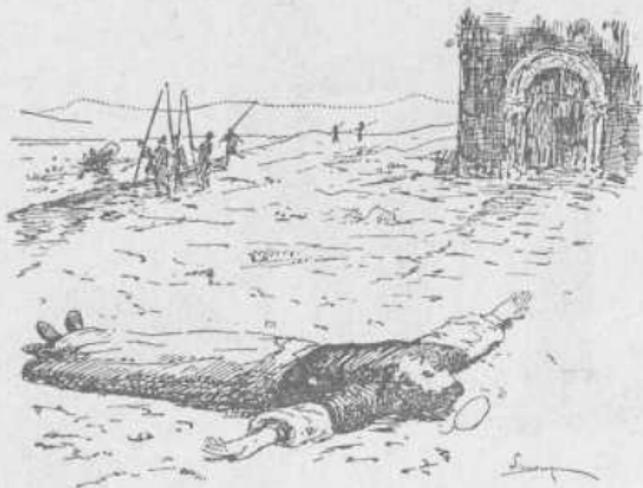


renta, no pudiendo resistir tanto peso zozobró. A los gritos que dieron los náufragoz salió nuestro bienaventurado de una iglesia inmediata, y se echó en el suelo cuan largo era, tendidas las manos en cruz, implorando á Dios á favor de los peregrinos ya sumergidos. Terminada su oración, se levantó, y vuelto del lado del río, dijo en alta voz:

—Os mando á todos, en nombre de Jesucristo, que vengáis á la orilla.

Al punto aparecieron los náufragos sobre las aguas, y agarrándose á unas largas picas que les tendían los soldados, alcanzaron la playa.

El primer Prior del convento de Santiago de París, llamado por los historiadores Mateo de



Francia, á consecuencia de otro milagro de que fué testigo llegó á ser el cooperador de Domingo. Era Prior de una colegiata de canónigos en la ciudad de Castres; Domingo iba con frecuencia á visitar su iglesia, porque contenía las reliquias del mártir San Vicente, y estaba en ella haciendo oración, regularmente, hasta las doce de la mañana. Un día dejó pasar esta hora, que era la de comer, y el Prior envió á uno de sus clérigos á buscarle, quien vió á Domingo enfrente del altar levantado medio codo del suelo; habiendo corrido á avisar al Prior, halló éste á Domingo en aquel estado de éxtasis. Causóle una impresión tan viva aquel espectáculo, que

poco tiempo después se agregó al siervo de Dios, el cual, según su costumbre con todos aquellos á quienes admitía á participar de su apostolado, le prometió *el pan de la vida y el agua del cielo*.

Refieren también sus historiadores que ahuyentó al demonio del cuerpo de un hombre; que deseando orar en una iglesia cuyas puertas estaban cerradas, se halló de repente transportado á ella; que viajando con un religioso cuya lengua no entendía, ni era tampoco entendido de él, conversaron por espacio de tres días cual si hubieran hablado en el mismo idioma; que habiendo dejado caer casualmente en el río Ariege los libros que llevaba consigo, algún tiempo después los sacó un pescador sin que el contacto del agua los hubiera deteriorado.

Dios le concedió también el don de profecía, y de ello da testimonio el B. Humberto en los siguientes términos:

«Durante la Cuaresma de 1213, que pasó en Carcasona predicando y ejerciendo el cargo de Vicario general, que le había confiado el Obispo ausente, un religioso del Cister le consultó sobre el resultado de la guerra.—Maestro Domingo—le dijo este religioso—, ¿creéis que acabarán esos males?—Y como Domingo callaba, instóle de nuevo el religioso, sabiendo que Dios le revelaba muchas cosas. Domingo le dijo al cabo:—Sí, acabarán esos males, pero no tan pronto; todavía se derramará mucha sangre, y un rey morirá en una batalla.— Los que oían

esta predicción temieron que aludiese en ella al hijo mayor de Felipe Augusto, que había hecho voto de cruzarse contra los albigenses; pero Domingo los tranquilizó diciéndoles:—No temáis por el rey de Francia; otro rey, y muy pronto, será el que sucumba en las vicisitudes de esta guerra.»

Poco después moría el rey de Aragón, como queda dicho, en la batalla de Muret.





IX

Institución del Santo Rosario.

LA duración de la guerra contra los albigenses y la protección que éstos gozaban de muchos señores del Languedoc, dificultaban hasta hacerla casi imposible la predicación de Santo Domingo de Guzmán, cuyo celo espiritual se afligía al ver el escaso fruto de su apostolado.

En tal tribulación recurrió á la Reina de los Angeles, pidiendo á la excelsa Señora santas inspiraciones para llevar á feliz término la misión que Dios le había confiado, y según tradición universalmente admitida, se le apareció la Santísima Virgen, recomendándole que sustituyese las controversias por sermones puramente evangélicos, alternándolos con la oración pública, que había de consistir en la enunciación y meditación de los misterios de la vida, pasión, muerte, resurrección y glorificación del Hijo de Dios hecho hombre y de su Santísima

Madre, combinados con el rezo de la oración dominical y el Avemaría, á imitación del divino Salterio de ciento cincuenta salmos y distribuidos en decenas, precedida cada una de ellas por un *Padre nuestro*.

Los efectos de esta devoción no tardaron en sentirse para bien de las almas y de la causa del catolicismo contra la herejía, pues al Santo Rosario se debió la victoria de Muret obtenida por los cruzados contra los herejes, según lo demostró la capilla que en acción de gracias por tan señalado triunfo hicieron construir los habitantes de la mencionada población en la iglesia de Santiago y en la que fué colocado un cuadro representando á la Santísima Virgen, y colocados á su izquierda, de rodillas, el conde de Montfort y el Obispo Julio, y á su derecha Santo Domingo de Guzmán, teniendo en una mano un crucifijo atravesado por tres flechas y recibiendo con la otra el rosario de manos de la Reina de los cielos.

Otro cuadro parecido figuraba en la segunda mitad del siglo xvii, representando á la Santísima Virgen con el rosario y á Santo Domingo con un crucifijo, y de uno y otro cuadro dice el P. Fr. Tomás Esser, de la Orden de Predicadores, en su obra *El Santo Rosario de la Santísima Virgen*, las siguientes palabras:

«Verdad es que ambos monumentos han caído al golpe demoledor de la revolución francesa, mas no por eso han perdido su valor histórico y su fuerza demostrativa, por cuanto la

historia ha conservado el dictamen de los arqueólogos, según el cual, el primero de estos cuadros, el de la iglesia de Santiago de Muret, pertenecía indudablemente al siglo XIII, á juzgar por su estilo y por los caracteres de la inscripción grabada sobre la puerta de la capilla, inscripción que hacía remontarse la erección de la capilla al año 1213. Por tanto, es el documento histórico más antiguo sobre el origen y eficacia del Rosario, y á la vez nos indica la época de su institución, que debió ser en 1213 ó poco antes.»

Para asegurar y perpetuar esta manera de orar fundó Santo Domingo una cofradía, y su piadoso pensamiento fué bendecido por el más grande de los triunfos: un triunfo popular. «El pueblo cristiano de todos los países se ha adherido á él de siglo en siglo, con increíble fidelidad. Las cofradías del Rosario se han multiplicado hasta el infinito; seguramente no habrá en el mundo un solo cristiano fervoroso que no tenga su rosario. En las iglesias de los pueblos, ¿quién no ha oído por la tarde la voz grave de los aldeanos recitar á dos coros la salutación angélica? ¿Quién no ha encontrado procesiones de peregrinos repasando con los dedos las cuentas de sus rosarios y abreviando el largo afán del camino con la repetición alternativa del nombre de María? Cuando una cosa llega á perpetuarse y á hacerse universal, necesariamente encierra una misteriosa armonía con las necesidades y el destino del hombre. El racio-

nalista sonríe viendo pasar largas hileras de hombres que van diciendo y volviendo á decir una misma palabra; el que está iluminado por una luz superior comprende que el amor no tiene más que una palabra, y que diciéndola siempre nunca la repite.

La devoción del Rosario, interrumpida por



la terrible peste que asoló la Europa en el siglo xiv, fué renovada en el xv por Alan de la Roche, dominico bretón. En 1573, el Soberano Pontífice Gregorio XIII, en conmemoración de la famosa batalla de Lepanto, ganada contra los turcos bajo el pontificado de un dominico, San Pío V, en el día mismo en que las cofradías del Rosario hacían en Roma y en el mundo cristiano procesiones públicas, instituyó la fiesta que toda la Iglesia celebra cada año, el primer domingo de Octubre, con el nombre de fiesta de la Virgen del Rosario.

Tales eran las armas de Domingo contra la herejía y los males de la guerra: la predicación, la controversia, la paciencia en las injurias, la pobreza voluntaria; vida dura para sí mismo, caridad sin límites para los demás, don de los milagros y, en fin, la promoción del culto de la Santísima Virgen por medio de la institución del Rosario. Sobre su cabeza pasaron diez años de esta manera, desde la entrevista de Montpellier hasta el Concilio de Letrán, con tal uniformidad, que los historiadores contemporáneos sólo han tomado nota de un corto número de hechos de aquella humilde y heroica perseverancia en todas las virtudes. El temor de la monotonía detuvo sus plumas, y referir algunos días de Domingo era haber escrito su vida entera. Esta ausencia de acontecimientos en la vida de un hombre tan grande, en una época tan turbulenta, es el rasgo que dibuja la figura de Domingo al lado de la del conde de Montfort. Unidos por una amistad sincera y por una misma causa, su carrera fué tan semejante cuanto difiere la armadura de un caballero del sayal de un religioso. El sol de la historia resplandece sobre el peto del conde de Montfort é ilumina en él hermosas acciones obscuras con sombras; apenas destella un rayo sobre el hábito de Domingo, pero tan puro y tan santo, que la misma escasez de su esplendor es un brillante testimonio. Falta luz, porque el hombre de Dios se ha retirado del estruendo y de la sangre; porque fiel á su misión

sólo abrió la boca para bendecir, su corazón para orar, su mano para hacer obras de caridad; y porque la virtud, cuando está sola, no tiene otro sol que la ilumine sino la mirada de Dios. »





X

Principios de la Orden de Hermanos Predicadores.—La milicia de Jesucristo.

EL deseo de convertir en permanente la cruzada circunstancial formada para combatir á los albigenses, sugirió al Obispo Julio la idea de crear una milicia que tuviera á raya á los herejes é impidiera sus atropellos.

De formarla se encargó Santo Domingo de Guzmán, que estableció el primer centro de ella en Tolosa de Francia, y acerca de esta institución, que á la vez participaba de un carácter militar y religioso, escribe el beato Raimundo de Capua lo que sigue:

«Cuanto voy á decir está fundado en investigaciones que he hecho, en testimonios que he recogido en diferentes partes de Italia y en la historia misma de nuestro bienaventurado fundador Santo Domingo... La ponzoña del error había corrompido de tal modo las almas, que

todos los beneficios de la Iglesia eran usurpados por leyes que los transmitían por herencia. Los Obispos, precisados á mendigar, no hallaban medio de reformar tales abusos, ni podían fácilmente atender á las necesidades de los clérigos y de los pobres. Santo Domingo, que había escogido la pobreza para sí y los suyos, no quería verla hasta ese punto en la Iglesia, y resolvió trabajar porque á ésta le devolvieran sus bienes. Reunió á varios seglares, que sabía estaban llenos de temor de Dios, y con ellos organizó una santa milicia destinada á recobrar los bienes de la Iglesia, defenderlos y oponerse á las agresiones de los herejes. Así se hizo. Los que en ella entraban, juraban hacer cuanto era posible por lograr ese objeto y sacrificar, si era preciso, sus fortunas y personas. Los asociados tomaron el nombre de *Hermanos de la Milicia de Jesucristo*. El santo fundador quiso distinguirlos con una señal exterior, y les impuso algunas particulares obligaciones. Les prescribió los colores del hábito de su Orden. Los vestidos de los hombres y de las mujeres, cualquiera que fuese la forma, habían de ser negros y blancos, como símbolo de inocencia y humildad; y les impuso cierto número de Padrenuestros y Avemarías, que rezarían en lugar de las Horas canónicas cuando no asistiesen á los divinos oficios.»

«De tal manera correspondía esta fundación á las exigencias de la época, que en 1220 tenía al frente un Maestro General, Fr. Savarico, y

de las provincias meridionales de Francia pasó á Italia, refugio y centro activo de la herejía. Allí tuvieron que luchar los soldados de Cristo como en el Languedoc. Las mismas causas habían producido los mismos efectos. El beato Bartolomé de Braganza la fundó en Parma, año de 1233, y fué tal el entusiasmo, que acudió toda la población á llenar de piedra y tierra un foso profundo que se extendía á lo largo de la iglesia é impedía celebrar en derredor de ella ninguna asamblea. Al año siguiente, Gregorio IX, á petición de parte, expidió su bula *Egrediens haereticarum*, en la cual ponía bajo su protección á los Hermanos y Hermanas de la Milicia de Jesucristo, que quedó oficialmente aprobada. Dicho documento va dirigido á los Hermanos establecidos en Italia, y claramente determina el fin de su institución» (1).

«Nótese de paso que la mencionada bula habla de Hermanos y *Hermanas*, lo cual prueba que la Milicia de Jesucristo no se componía tan sólo de guerreros, no siendo admisible que las mujeres tomaran las armas, sino que vivían incorporadas á ella por otro vínculo común.

Como distintivo usaban en el vestido los colores del hábito dominicano, blanco y negro, símbolos de pureza y mortificación.»

«Bajo la dirección de la Santa Sede—escribe el P. Mortier—y de los Obispos, á quien los Hermanos prometen obediencia, han de defen-

(1) Castaño: *Vida de Santo Domingo*.

der la libertad de la Iglesia y perseguir á los herejes. Y así, el Papa los toma bajo su protección para que nadie pueda molestarlos ni forzarlos á guerras injustas. En manos del Sumo Pontífice, esta Milicia, fuertemente organizada, podía ser poderoso auxilio contra los opresores de la Iglesia. Diseminados por las principales ciudades de Italia, veteranos todos del ejército, como condición indispensable, formaban el núcleo más seguro de defensores de los derechos de la Santa Sede. Para el caso de lucha contra las pretensiones del Imperio germánico habían preparado en todas aquellas ciudades un partido güelfo, cuya acción vigorosa era capaz de arrastrar las turbas y coaligarlas á favor de la Iglesia. Indudablemente, Gregorio IX, que sin tregua ni cuartel combatía á Federico II, comprendió lo que la Sede Apostólica podía esperar de aquellas Hermandades militares á ella sometidas.»

Además de la bula de aprobación de que hemos hablado, el mismo Pontífice despachó otra en 1235, que empieza *Experimentis*, dirigida al beato Jordán de Sajonia, II General de la Orden de Predicadores, en que le dice: «Rogamos á tu discreción, te exhortamos encarecidamente y te mandamos que instruyas en la santa disciplina á nuestros amados hijos los Hermanos de la Milicia de Jesucristo, establecidos en Parma, cuyo piadoso propósito tiende á facilitar á muchas almas el camino de la bienaventuranza. Tú ó tus religiosos, á quienes el

Dador de todo bien ha concedido el procurar la salvación de los fieles, los animaréis á la eficaz observancia de la caridad, á fin de que por tus amables exhortaciones ó las de tus frailes, aumente cada día más esta Milicia para gloria del Redentor.»

«De todo lo dicho se sigue--termina Fray Raimundo Castaño—que Domingo, por sugestión de Fulco, fundó en el Languedoc la Milicia de Jesucristo, año 1209, y que en 1233 Bartolomé de Braganza la estableció en Parma, de donde se propagó á diversos lugares. En 1234, los Hermanos de esta Milicia impetraron y obtuvieron de Gregorio IX la bula de aprobación; y al año siguiente el mismo Papa encomendó oficialmente su gobierno á la Orden de Predicadores, viniendo á ser la Milicia de Jesucristo una rama del árbol dominicano, de cuyo espíritu y observancia participaba.»

«Finalmente—dice el P. Mortier—, en época incierta, pero que debe colocarse en los últimos años del siglo XIII, careciendo todas las Milicias de fin práctico para la defensa de la fe, por sí mismas se fundieron sin esfuerzo y como naturalmente con los Hermanos de Penitencia. Es decir, que la Orden Tercera ó de Penitencia de Santo Domingo existía ya, con vida propia é independiente de la Milicia de Jesucristo, cuando ésta se disolvió, y que aquélla le debió su incremento, mas no su fundación.»



XI

Fundación de la Orden de Hermanos Predicadores.

DESPUÉS que Santo Domingo de Guzmán fundó el monasterio de religiosas de Nuestra Señora de Prulla, hizo construir en su inmediación una casa que sirvió de vivienda para él y para varios virtuosos varones que se habían asociado á su obra de predicación, y esto lo comprueba la primera bula que recibió del Papa Inocencio III, rotulada así: *A nuestros amados hijos el Prior, Hermanos y Religiosas de la casa de Santa María de Prulla.*

Para el monasterio, según se refiere en las *Vidas de los Hermanos*, de donde tomamos estos datos, concedió Fulco, como queda dicho, la iglesia y terreno, hizo donaciones y autorizó las de Montfort y otros cruzados. Para sostenimiento de los Hermanos, nombró á Domingo regente de la iglesia de Fanjeaux, que le era

acreedora por tantos títulos, y sobre todo por haberla purificado de la herejía, y cuyos rendimientos eran considerables, añadiéndose á esto, nuevos recursos con las sucesivas conquistas de Montfort, el entrañable amigo de Domingo y bienhechor incansable de sus obras.

Un paso más: Fulco, en Julio de 1215, reconoce por decreto la erección canónica de la nueva Orden en su diócesis, encomendándole la propagación y defensa de la fe y de las buenas costumbres, y señalándole por congrua, previo acuerdo con el cabildo y clero, la sexta parte de los diezmos parroquiales, cláusula que más tarde se anuló con anuencia de Domingo. El mismo año, Pedro Seila, joven de opulenta familia de Tolosa, amigo y dirigido de nuestro Santo, ingresó en la Orden, cediendo á la misma cuanto le pertenecía. Entre otros inmuebles poseía una casa que Domingo designó para residencia, y se fundó el primer convento el día 25 de Abril de 1215. Pero al año siguiente, Fulco estableció á los Religiosos en la iglesia de San Román, mártir, ofreciéndoles otras dos iglesias: una en Pamiers, que no ocuparon hasta 1269, y otra que no llegaron á tomar. Adyacente á la iglesia de San Román se edificó de seguida un modesto claustro y dependencias conventuales. Mas en 1232 se trasladó la comunidad á una casa é iglesia más vasta, de donde les echó la revolución francesa, dedicando á usos profanos el hermoso monumento.

«Vistió Domingo á sus compañeros—dice el

P. Lacordaire—de hábitos iguales á los que él llevaba, es decir, de una túnica de lana blanca y de una sobrepelliz de lino, de una capa y de una capucha de lana negra, hábito de los canónigos regulares, cuyo uso había observado desde su entrada en el cabildo de Osma.»

Empezaron también á observar, bajo cierta regla, una vida uniforme, y este establecimiento fundábase con la cooperación y por la autoridad de Fulco, Obispo de Tolosa, el generoso monje del Cister, á quien hemos visto desde el principio unido á los proyectos de Acevedo y de Domingo.

No contento con favorecer su realización espiritualmente, dió de su liberalidad para con los Hermanos Predicadores la demostración insigne que hemos visto y que la gratitud de éstos debe eternizar en cuanto esté en su mano.

He aquí el documento en que todo esto se consigna:

«En nombre de Nuestro Señor Jesucristo hacemos saber á todos los presentes y venideros que Nós, Fulco, por la gracia de Dios, humilde ministro de la silla de Tolosa, queriendo extirpar la herejía, desterrar los vicios, enseñar á los hombres la regla de la fe y formarlos en las buenas costumbres, instituimos por predicadores de nuestra diócesis á Fr. Domingo y sus compañeros, quienes se han propuesto caminar en la pobreza evangélica, á pie y como religiosos, anunciando la verdadera palabra. Y porque el jornalero es digno de su sustento,

y porque al buey que trilla el grano no debe cerrársele la boca, sino que, al contrario, el que predica el Evangelio debe vivir del Evangelio, queremos que Fr. Domingo y sus compañeros, sembrando la verdad en nuestra diócesis, recojan también en ella con qué sostener su vida. Por esta razón, con acuerdo del cabildo de la iglesia de San Esteban y de todo el clero de nuestra diócesis, á dicho Fr. Domingo igualmente que á todos aquellos á quienes por el celo del Señor y la salvación de las almas se asocian del mismo modo al ministerio de la predicación, les asignamos á perpetuidad la sexta parte de los diezmos de que disfrutaban las fábricas de nuestras iglesias parroquiales, á fin de que puedan proveer á sus necesidades, y para que de cuando en cuando puedan descansar de sus fatigas.

Si al fin del año sobra algo, queremos y mandamos que se emplee en el ornato de nuestras iglesias parroquiales ó en socorro de los pobres, según al Obispo le parezca conveniente. Porque, pues, está arreglado por el derecho que debe consagrarse á los pobres una cierta porción de los diezmos, sin duda estamos obligados á admitir á su participación á los que abrazan la pobreza por Jesucristo, con el objeto de enriquecer al mundo con su ejemplo y con el don celestial de la doctrina; de tal suerte, que aquellos de quienes recibimos las cosas temporales, reciben de nosotros directa ó indirectamente las cosas espirituales. Fecha el año 1215

del Verbo encarnado, reinando sobre los franceses el rey Felipe y ocupando el principado de Tolosa el conde de Montfort.»

La primitiva comunidad, según las *Vidas de los Hermanos*, compuesta de siete individuos, incluso Domingo, inició un ensayo de vida religiosa, bajo estatutos provisionales dados por el santo fundador; y desde entonces aparecen enteramente separadas ambas fundaciones: el monasterio de religiosas de Prulla y la casa misión de Tolosa; el primero con aprobación pontificia, y el segundo con la diocesana de que queda hecho mérito.

«Pero ¿qué es todo esto—prosигuen las *Vidas de los Hermanos*—para el corazón de Domingo, volcán inextinguible de divina caridad y celo por la salvación del mundo? Dios, que todo lo dispone con suavidad y fortaleza, iba preparando los caminos de su obra en el espíritu de su siervo y en los acontecimientos que le rodeaban. Los hombres, sin percatarse, cooperaban admirablemente al pensamiento de Dios. No hay vida humana en que más clara se vea la acción de la Providencia que la vida de Santo Domingo.»

Hemos visto de qué trazas se valió para sacarle de Osma y llevarle al campo de su misión; veamos ahora cómo guió sus pasos hacia la capital del orbe católico para realizar el sueño dorado que embargaba su alma y que era el fin principal de su existencia en los planes del Eterno: la fundación de una Orden esencial-

mente apostólica, cuyo objeto fuese la predicación universal del Evangelio. Desde los Apóstoles no existía cosa semejante: el Papa residía en Roma, los Obispos predicaban en sus diócesis, los Monjes en el contorno de sus abadías y monasterios. La restauración del apostolado cristiano se reservaba para Domingo de Guzmán, cuya Orden se asemejaría, en frase del P. Lacordaire, á una espada cuyo puño estuviese en manos del Sumo Pontífice, y cuyo doble filo se dejase sentir en los últimos confines de la tierra.

Favorable ocasión se presentaba: Inocencio III había convocado á un Concilio general, que había de celebrarse en Letrán desde 1.º de Noviembre de 1215, para deliberar «sobre la reforma de la Iglesia universal, corrección de las costumbres, extinción de la herejía y consolidación de la fe». El Obispo Fulco, tomó por compañero á Domingo, el cual, antes de partir, nombró Superior de la casa de San Román á Beltrán de Garriga, y Prior de Prulla á Natal. Además, mirando hacia adelante, y entendiendo que la ciencia sagrada es base de la predicación, ordenó que sus religiosos asistiesen á las lecciones de Teología del Maestro Alejandro Stavensby, inglés, que enseñaba en Tolosa, y era «de gran ciencia y nombradía», según el beato Humberto. Estudiando dicho Maestro muy de madrugada, se durmió profundamente, y vió delante de sí siete estrellas pequeñas al principio, pero que crecieron en extensión y

en brillo hasta iluminar á Francia y al mundo entero. Entrando luego en la escuela, se le presentó Domingo con sus compañeros, diciéndole que eran religiosos que predicaban en el país



de Tolosa á los fieles y á los herejes, y que deseaban seguir el curso de las lecciones. Entonces comprendió Alejandro la significación de su sueño, y llegando á ser Obispo de Conventry, propagada la Orden, fué muy devoto suyo, y tuvo á gloria el que los primeros religiosos hubiesen sido sus discípulos.



XII

Llega Santo Domingo á Roma.—Es aprobada en principio la Orden de Predicadores.—Encuentro de Santo Domingo con San Francisco de Asís.

EL Obispo de Tolosa, Fulco, y Santo Domingo de Guzmán llegaron á Roma á principios del mes de Octubre de 1215, ó sea á los once años de haber visitado nuestro Santo por primera vez la Ciudad Eterna, acompañado del Obispo don Diego de Acevedo. Ocupaba la Sede Apostólica el Papa Inocencio III, quien en un principio no se mostró favorable á la fundación de la Orden de Predicadores. Había tomado sin dificultad alguna bajo la protección de la Iglesia el monasterio de Santa María de Prulla; mas vacilaba en aprobar una Orden nueva destinada exclusivamente á la predicación, fundándose en dos razones que exponen los biógrafos de nuestro bienaventurado. Era la primera

que siendo la predicación un cargo transmitido por los Apóstolos á los Obispos, hacer de ella la función de otra Orden distinta de la episcopal, parecía contrario á lo establecido desde la antigüedad. Verdad es que desde mucho tiempo los Obispos se abstenían voluntariamente del cargo de anunciar la palabra de Dios, y que el cuarto Concilio de Letrán, celebrado recientemente, les había mandado que colocasen en la cátedra cristiana sacerdotes capaces de representarlos dignamente. Pero una cosa era que cada Obispo, eligiendo Vicarios suyos, proveyese á la predicación en su diócesis, y otra confiar á una Orden especial el cargo perpetuo y universal de enseñar el Evangelio. ¿No era esto fundar en la Iglesia una Orden apostólica? ¿Y en la Iglesia podía haber más Orden apostólica que el episcopado? Tal era la cuestión promovida por el celo de Domingo, cuestión capaz de poner en grave perplejidad el grande ingenio de Inocencio III; porque al lado de las razones tomadas del punto de vista tradicional, había otras sacadas de la experiencia y de la necesidad. Que el apostolado de la palabra sufría grandes quebrantos en la Iglesia, era cosa visible; y que los progresos cada día mayores del error se debían á la falta de una hábil y constante predicación, era cosa indudable.

Los Concilios que, durante la guerra de los albigenses, se reunieron en el Languedoc, habían estado unánimes en recordar á los Obispos esta parte de sus deberes; pero no los decretos

de los Concilios, sino la gracia de Dios es la que hace los apóstoles. Los Obispos, al salir de aquellas asambleas y de vuelta á sus palacios ponían por disculpa de su inercia y poco celo la carga de la administración diocesana, los asuntos de Estado en que tomaban parte y la fuerza de la mala costumbre que aun los caracteres más enérgicos no vencen sin gran dificultad.

No les era tampoco más fácil instituir lugartenientes para el ministerio apostólico, porque no basta decir á un sacerdote que sea apóstol, por ser fruto la vida y costumbres apostólicas de un género de vida especial usado en la Iglesia primitiva donde todos los esfuerzos se encaminaban al mismo fin. Pero desde que la Iglesia extendió su benéfica influencia por todo el mundo, el ministerio pastoral había prevalecido sobre el apostólico y era mayor la necesidad de conservar el reino de Jesucristo que de extenderlo.

Mas el régimen de la conservación de la fe, que basta al mayor número de los entendimientos, no es suficiente para retener en ella á ciertas almas ardientes que se cansan de estar atrincheradas en un campamento, del que desean salir para dar la batalla al enemigo. Esta ley de la humanidad revelaba el estado de la Europa á Inocencio III. ¿Debía repeler el socorro que tan á tiempo le llegaba? ¿Debía resistir á la inspiración de Dios porque, sin dejar de suscitar más de un digno Obispo á su Iglesia,

les daba por cooperadores un ejército de religiosos?

Sin embargo, un decreto promulgado en el seno del Concilio de Letrán ponía en esta cuestión un obstáculo á la libertad de su pensamiento. Había, en efecto, decidido el Concilio que, para evitar el desorden y todos los inconvenientes que nacen de la multiplicación de las Ordenes monásticas, no se permitiría que se estableciese ninguna nueva. ¿Era posible violar tan pronto una resolución tan solemne?

Dios, que presta á la Iglesia romana una asistencia, cuya perpetuidad es una de las maravillas visibles de su sabiduría, y que sólo había querido probar con una última tribulación á su siervo Domingo, puso un término á las vacilaciones de Inocencio III. Una noche, en que este Pontífice dormía en el palacio de San Juan de Letrán, vió en sueños la basílica amenazando ruina, y vió á Domingo que con sus hombres sostenía sus muros vacilantes. Advertido por esta inspiración de la voluntad de Dios, envió á llamar al hombre apostólico, y le mandó que volviese al Languedoc para que, dé acuerdo con sus compañeros, eligiera aquella de entre las reglas antiguas que más propia le pareciese para formar la nueva Milicia con que deseaba enriquecer á la Iglesia. Esto era un medio de salvar el decreto del Concilio de Letrán, y de dar á un pensamiento enteramente nuevo el sello y protección de la antigüedad.

Otra satisfacción mucho más viva tuvo Do-

mingo en Roma. «No era él el único á quien la Providencia había elegido en aquellos críticos tiempos para contener la decadencia de la Iglesia. Mientras él avivaba el raudal de la pa-



labra apostólica en los santos y profundos manantiales de su corazón, otro hombre había recibido la vocación de resucitar el deseo y la práctica de la pobreza evangélica, en medio de una opulencia corruptora de las almas. Este sublime amador de Jesucristo había nacido en la falda de las montañas de Umbría, en la ciu-

dad de Asís, siendo su padre un rico y avaro mercader.»

Entre aquellos dos hombres habíase establecido, sin saberlo ellos mismos, una maravillosa correspondencia, y la fraternidad de su carrera siguió hasta en sucesos posteriores á la muerte de ambos. Domingo llevaba doce años á Francisco; pero preparado de un modo más sabio á su misión, reuniósele á tiempo su joven hermano, que no había tenido necesidad de ir á las Universidades para aprender en ellas la ciencia de la pobreza y del amor. Casi en la misma época en que Domingo echaba los cimientos de su Orden en Nuestra Señora de Prulla, al pie de los Pirineos, Francisco echaba los cimientos de la suya en Nuestra Señora de los Angeles, al pie de los Apeninos. La humilde y dulce piedra angular del edificio que ambos levantaron respectivamente, fué un antiguo santuario de la bienaventurada Virgen, Madre de Dios. Nuestra Señora de Prulla era el lugar predilecto de Domingo: Nuestra Señora de los Angeles era un rincón de la tierra á que Francisco había reservado un lugar preferente en la inmensidad de su corazón, desprendido de toda cosa visible. Uno y otro habían empezado su vida pública con una peregrinación á Roma: uno y otro volvieron á ella para solicitar del Soberano Pontífice la aprobación de sus Ordenes. En un principio los repelió á entrambos Inocencio III, y la misma visión le obligó á darles á uno y otro la aprobación ver-

bal y provisional. Domingo, como Francisco, encerró los hombres, las mujeres y personas del siglo bajo la austera flexibilidad de su regla, haciendo de tres Ordenes una sola potencia, para pelear con todas las armas de la naturaleza y de la gracia á favor de Jesucristo: sólo que Domingo empezó por las mujeres, y Francisco por los hombres. Un mismo Soberano Pontífice, Honorio III, por bulas apostólicas, confirmó sus institutos, y Gregorio IX los canonizó. En fin, florecieron juntos sobre sus sepulturas los dos más grandes doctores de todos los siglos: Santo Tomás, sobre la de Santo Domingo; San Buenaventura, sobre la de San Francisco.

«Sin embargo, estos dos hombres, cuyos destinos ofrecían al cielo y á la tierra tan admirables armonías, no se conocían. En tiempo del cuarto Concilio de Letrán ambos se hallaban en Roma, y no parece que el nombre de uno llegara jamás á oídos del otro. Una noche, estando Domingo en oración, según su costumbre, vió á Jesucristo irritado contra el mundo, y á su Madre que le presentaba dos hombres para aplacarle. Reconocióse Domingo en uno de ellos, pero no sabía quién era el otro; y mirándole atentamente, su imagen se le quedó muy impresa en la memoria. Al día siguiente, en una iglesia, no se sabe en cuál, vió bajo un sayal de mendigo la figura que la noche anterior se le había aparecido, y llegándose á aquel pobre, lo estrechó en sus brazos con una santa efusión, diciéndole con balbuciente voz:

—Sois mi compañero; caminad conmigo; no nos separaremos, y nadie podrá prevalecer contra nosotros.

Réfríole en seguida la visión que había tenido, y sus corazones se confundieron en aquel



abrazo y en aquellas protestas de caridad divina.

De generación en generación el ósculo de Domingo y de Francisco se ha transmitido á los labios de su posteridad: una amistad juvenil une hoy todavía á los Hermanos Predicadores con los Hermanos Menores. Se han hallado en todos los puntos del globo desempeñando cargos semejantes: han edificado sus conventos en

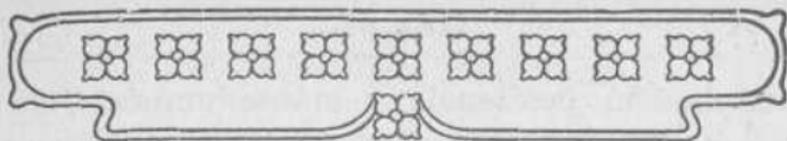
los mismos sitios: han mendigado á las mismas puertas: mil veces se ha mezclado en el mismo sacrificio y la misma gloria su sangre derramada por Jesucristo: han cubierto con sus divisas los hombros de los príncipes y de las princesas: han poblado á porfía el cielo con sus santos, sus virtudes, su poderío, su fama, sus necesidades, siempre y donde quiera han estado en contacto, y jamás el menor aliento de envidia ha empañado el limpio cristal de su amistad, seis veces secular. Juntos se han extendido por el mundo, como se extienden y se enlazan entre sí los alegres ramos de dos troncos semejantes en edad y en fuerza: se han granjeado y dividido el afecto de los pueblos, como dos hermanos gemelos reposan sobre el seno de su única madre: han ido á Dios por los mismos caminos, como dos preciosos perfumes suben del mismo punto hasta el cielo. En Roma, todos los años, cuando llega la fiesta de Santo Domingo, varios coches salen del convento de Santa María de la Minerva, donde reside el General de los Dominicos, y van á buscar al General de Franciscanos al convento de *Ara Cæli*, que llega acompañado de un gran número de sus hermanos. Los Dominicos y los Franciscanos, reunidos en dos líneas paralelas, se llegan al altar mayor de la Minerva, y después de haberse recíprocamente saludado, los primeros van al coro, y los segundos se quedan en el altar para celebrar el oficio del amigo de su padre. Sentados después á la misma mesa, par-

ten juntos el pan, que desde hace seis siglos nunca les ha faltado; y terminada la comida, el cantor de los Hermanos Menores y el de los Hermanos Predicadores cantan juntos en medio del refectorio esta antifona: «El seráfico Francisco y el apostólico Domingo nos han enseña-



do vuestra ley, ¡oh Señor!» El día de San Francisco se repiten estas mismas ceremonias en el convento de *Ara Cæli*, y algo semejante sucede en toda la tierra donde quiera que un convento de Dominicos y un convento de Franciscanos se levantan, bastante cerca uno de otro, para permitir á sus habitantes darse una señal visible del piadoso y hereditario amor que los une» (1).

(1) Lacordaire: *Vida de Santo Domingo*.



XIII

Asamblea en Prulla.—Las constituciones de los Hermanos Predicadores.—El primer convento en Tolosa.



Al regresar Santo Domingo á Tolosa, en Abril de 1216, vió con indecible júbilo que su familia espiritual se había aumentado durante su ausencia, pues habiendo dejado seis Hermanos, se encontró á su regreso con diez y seis: ocho franceses, siete españoles y un inglés.

Llamábanse los franceses Guillermo Claret, Mateo de Francia, Beltrán de Garrigue, Tomás y Pedro Cellani, Esteban de Metz, Natal de Prulla y Oderico de Normandía.

Los nombres de los españoles eran: Manés de Guzmán, hermano de nuestro bienaventurado; Domingo de Segovia, Suero Gómez, Miguel de Fabra, Juan de Navarra, Pedro de Madrid y Miguel de Usero.

Manés se distinguió por su espíritu de con-

templación, penitencia y mansedumbre. Fué uno de los que acompañaron á Mateo de Francia en la fundación de París; y regresando luego á España, le encargó su santo hermano la dirección del monasterio de Religiosos de Madrid, llamado después Santo Domingo el Real. Se dedicó también á la predicación, y en uno de sus viajes apostólicos, año de 1230, murió en Caleruega, donde había nacido, y le sepultaron en Gumiel de Izán.

Domingo de Segovia, llamado vulgarmente Fr. Domingo *Chico*, aunque no de gran ciencia, era de virtud tan sólida y segura que, solicitado por una impúdica mujer, se acostó en lecho de brasas, invitándola á hacer lo propio. En 1217 fué enviado con otros tres á fundar en España, comenzando por Segovia, según parece más probable.

Suero Gómez, de noble estirpe, cortesano del rey Sancho V de Portugal, se cruzó y peleó contra los albigenses, mas trocó las armas por el apostolado, atraído por los encantos de Domingo. Fundó el convento de Santarén, cerca de Lisboa. Fué Provincial de España y murió, año de 1235, en gran opinión de prudencia y santidad.

Miguel de Fabra, también distinguido por su linaje, fué el primer Lector de la Orden, enseñando Teología en París. Vuelto á España, fué confesor y predicador del rey don Jaime, á quien acompañó en la conquista de las Baleares, bajo la protección visible de la Santísima

Virgen. Decían los moros: *No el rey, sino la Virgen y Fr Miguel han conquistado la isla* (refiriéndose á Mallorca). Fundó los conventos de Mallorca y de Valencia.

De los demás españoles no han llegado noticias hasta nosotros. Sólo se sabe que Juan de Navarra fué uno de los testigos que depusieron en la causa de canonización de Santo Domingo.

Así que llegó nuestro Santo á Prulla reunió á sus Hermanos para deliberar acerca de la regla á que debían vivir sometidos.

Dos hombres nacidos con un siglo de intervalo habían sido en Occidente los patriarcas de la vida religiosa: San Agustín y San Benito, pero ninguno, como hace observar el P. Lacordaire, se propuso el mismo fin que Santo Domingo. San Agustín, recién convertido, se encerró en una casa de Tagaste, su ciudad natal, para dedicarse allí con algunos amigos al estudio y á la contemplación de las cosas divinas. Más adelante, elevado al sacerdocio, fundó en Hipona otro monasterio que no era, como el primero, más que una reminiscencia de aquellos famosos institutos cenobíticos del Oriente, cuyos arquitectos habían sido San Antonio y San Basilio. Cuando sucedió al anciano Valerio en la silla de Hipona, su punto de vista mudó, sin mudar el ardiente amor que le impulsaba á encadenar su vida con los vínculos de la fraternidad. Abrió su casa al clero de Hipona, y á ejemplo de San Atanasio y de San Eusebio de Vercelli, imitadores de los Apóstoles, formó de

sus cooperadores una sola comunidad. Este monasterio episcopal fué el que sirvió especialmente de modelo y punto de partida á los canónigos regulares, como el de Tagaste, á los religiosos conocidos bajo el nombre de Ermitaños de San Agustín. La obra de San Benito era aún más patentemente ajena del objeto de Domingo, puesto que aquél no había hecho más que resucitar la vida claustral, dividida entre el canto del coro y el trabajo manual.

Esta consideración movió á Santo Domingo á preferir como modelo á San Agustín, que había empleado su vida en anunciar la palabra de Dios y en defender la integridad de la fe contra todos los herejes de su tiempo. ¿Bajo qué patronato más natural se podía poner la Orden naciente de los Hermanos Predicadores? Además, este patronato no era nuevo para Domingo: por espacio de largos años habíase acostumbrado á él en el cabildo regular de Osma, y las tradiciones de su carrera pasada se avenían sobremanera con las conveniencias presentes de su vocación. Es preciso también observar que la regla de San Agustín tenía, sobre cualquiera otra, la inapreciable ventaja de no ser más que una mera exposición de los deberes fundamentales de la vida religiosa. Ninguna forma de gobierno estaba trazada en ella; ninguna observancia prescribía, salvo la comunidad de bienes, la oración, la frugalidad, la vigilancia de los Hermanos sobre sus sentidos, la mutua corrección de sus faltas, la obediencia al Superior

del monasterio y, sobre todo, la caridad, cuyo nombre y unción llenan aquellas admirables y breves páginas de la regla agustiniana.

Domingo, sometiéndose á sus prescripciones, no aceptaba, pues, propiamente hablando, más que el yugo de los consejos evangélicos; su pensamiento estaba muy ajustado á aquel cuadro hospitalario delineado por una mano que parecía haber querido crear una ciudad de perfectos cristianos más bien que un claustro. Sólo faltaba en aquella ciudad común construir, bajo la protección de sus antiguos baluartes, el edificio particular de los Hermanos Predicadores.

Pero se ofrecía una duda: una Orden destinada al apostolado, ¿debía adoptar la tradición de las costumbres monásticas, ó bien abandonando la mayor parte de los usos claustrales acercarse á la existencia más libre del sacerdocio secular? No podían entrar en esta duda los tres votos de pobreza, castidad y obediencia, sin los cuales no se concibe ninguna sociedad espiritual, así como no se concibe un pueblo sin la pobreza del trabajo, la castidad del matrimonio y la obediencia á las leyes bajo unos mismos jefes. Pero ¿convenía al objeto del apostolado conservar costumbres tales como el rezar públicamente el oficio divino la perpetua abstinencia de carne, mortificarse con largos ayunos, el silencio, el capítulo llamado de las culpas, las penitencias por las infracciones de la regla y el trabajo físico? Todo el rigor de

esta disciplina, muy propia para formar el corazón solitario del monje y para santificar el solaz de sus días, ¿era compatible con la heroica libertad de un apóstol que camina sin dirección fija, sembrando á derecha é izquierda la semilla de la verdad?

Así lo creyó Santo Domingo; pensó que reemplazando el trabajo de las manos con el estudio de la ciencia divina, mitigando ciertas prácticas, usando de dispensas á favor de los religiosos más asiduamente ocupados en la enseñanza y en la predicación, sería posible conciliar la acción apostólica con la observancia monástica. Acaso no se le ocurrió siquiera la idea de su separación, porque el apóstol no es sólo un hombre que sabe y enseña por medio de la palabra, sino un hombre que predica el Cristianismo en todas sus obras, y cuya presencia sola es ya una especie de aparición de Jesucristo. Y para imprimirle las sagradas señales de esta semejanza, ¿qué cosa hay más oportuna que las austeridades del claustro? El mismo Domingo, ¿por ventura era otra cosa más que una mezcla íntima del monje y del apóstol? Estudiar, orar, predicar, ayunar, dormir en el suelo, andar descalzo, pasar del acto del penitente y la actividad del apóstol, ¿no eran éstas sus obras de cada día? ¿Y quién mejor que él podía conocer todas las afinidades que tienen el desierto y el apostolado?

Las tradiciones monásticas fueron, pues, recibidas en Prulla con modificaciones, de las

cuales la primera y la más general era ésta: «Que cada Prelado tenga en su convento la facultad de dispensar á los Hermanos, cuando lo juzgue útil, de las obligaciones comunes, sobre todo en las cosas que puedan coartar el ejercicio del estudio, ó de la predicación, ó el bien de las almas, habiendo sido instituída nuestra Orden especialmente y desde el origen para la predicación y la salvación de las almas, y debiendo dirigirse todos nuestros esfuerzos sin cesar al bien espiritual del prójimo.» Por eso se decidió que, para no disminuir la devoción de los Hermanos ni impedir el estudio, el oficio divino se diría en la iglesia breve y sucintamente; que los Hermanos en viaje estarían eximidos de los ayunos regulares, excepto en Adviento, durante ciertas vigiliass, y todos los viernes; que fuera de los conventos de la Orden podrían comer carne; que el silencio no sería absoluto; que la comunicación con los seglares sería lícita, hasta en el interior de los conventos, exceptuadas las mujeres; que se enviaría cierto número de estudiantes á las más famosas Universidades; que se recibirían grados científicos; que la Orden abriría escuelas; constituciones todas que, sin destruir en el Hermano predicador el hombre monástico, le elevaban á la categoría del hombre apostólico.

La parte administrativa de cada convento debía estar á cargo de un prior conventual; cada provincia, compuesta de cierto número de conventos, al de un prior provincial, y la Or-

den, toda entera, al de un Superior único, que luego recibió el título de Maestro general. La autoridad emanaba de arriba y, enlazándose al mismo trono del Soberano Pontífice, debía consolidar todos los grados de esa jerarquía; al paso que la elección, subiendo de abajo arriba, mantendría el espíritu de fraternidad que debe existir entre la obediencia y el mando.

Había que resolver también la cuestión, no de escasa importancia, de saber cómo proveería la Orden á su subsistencia. Desde el primer día de su apostolado, Domingo había abandonado este cuidado á la bondad de Dios; había vivido de limosnas cotidianas, y cedido al monasterio de Prulla todos los donativos que excedían los límites de sus necesidades del momento. Sólo al fin, después de haber visto crecer su familia espiritual, cuando se añadieron á las suyas otras necesidades, aceptó de Fulco la sexta parte de los diezmos de la diócesis de Tolosa, y del conde de Monfort la hacienda de Cassanel. Pero todos sus recuerdos y todo su corazón estaban por la pobreza. Demasiado presentes tenía las llagas que la opulencia había abierto en la Iglesia, para desear otra riqueza para su Orden más que la de la virtud; sin embargo, la asamblea de Prulla remitió al porvenir el establecimiento de la obligación de la mendicidad. Domingo, sin duda, temía alguna oposición por parte de Roma á un pensamiento tan atrevido, y prefirió reservar su ejecución para tiempos menos críticos.

Tales fueron las leyes fundamentales consagradas por los patriarcas del instituto dominico. Cotejándolas con las de los canónigos regulares Premonstratenses, se descubren entre ellas, á pesar de la diversidad del objeto, semejanzas que prueban que nuestro bienaventurado había hecho un maduro estudio de la obra de San Norberto; probablemente en el cabildo de Osma, que tomó la regla de este Santo como modelo para su reforma.

El Obispo Fulco, incansable protector y decidido cooperador de la obra de Santo Domingo, le hizo donación de tres iglesias: una en Tolosa, bajo la advocación de San Román; otra en Pamiers, y la tercera entre Sorese y Puy Lacerens, conocida con el nombre de Nuestra Señora de Lescure.

Grande era la necesidad de que en Tolosa, centro de la herejía, se estableciera una Orden destinada á la predicación de la verdad revelada, y atendiendo á ella, construyóse con premura en el costado de la iglesia de San Román un modesto claustro, y alrededor de él se levantaron la sacristía, el refectorio y las salas comunes.

La obra quedó terminada en el mes de Agosto de 1216, y era de humilde estructura: las celdas tenían seis pies de ancho y un poco menos de largo; los tabiques que las separaban no llegaban á la altura de un hombre, á fin de que los Hermanos, sin dejar de hacer sus cosas con libertad, estuviesen siempre en una semi-

presencia unos de otros. Todos los muebles eran de lo más tosco, y allí vivieron los religiosos de Santo Domingo hasta el año 1232, en que se trasladaron á una casa y á una iglesia más espaciosa de las que les arrojó la revolución francesa, destinándolas á cuartel y almacenes.





XIV

Vuelve á Roma Santo Domingo y es confirmada su Orden por Honorio III.

LA muerte del Papa Inocencio III, ocurrida mientras se levantaba el convento de San Román de Tolosa, llenó de aficción el alma de nuestro bienaventurado, pues aparte del filial amor que profesaba á aquel Pontífice, su pérdida arrebataba un protector seguro á la Orden dominicana. En esta situación, y como padre que corre á defender á sus hijos, volvió Santo Domingo por tercera vez á Roma, donde tuvo el consuelo de que el nuevo Papa, Honorio III, confirmase la Orden de los Hermanos Predicadores en las dos bulas, cuyo texto es el siguiente:

«Honorio, Obispo, siervo de los siervos de Dios, á su amado hijo Domingo, prior de San Román de Tolosa, y á los Hermanos presentes y venideros que hagan profesión de la vida regular, salud y bendición apostólica.

Conviene poner bajo la salvaguardia apostólica á los que abrazan la vida religiosa, para que ataques temerarios no los desvíen de su designio ó quebranten, lo que Dios no permita, la fuerza sagrada de la religión. Por este motivo, amados hijos en el Señor, accedemos gustosos á vuestras justas solicitudes, y por el presente privilegio, recibimos bajo la protección del bienaventurado apóstol Pedro, y bajo la nuestra, la iglesia de Tolosa, en la cual os habéis consagrado al servicio divino. Mandamos, en primer lugar, que se observe perpetuo é inviolable el orden canónico establecido en esa iglesia, según Dios y la regla de San Agustín, y, además, que los bienes que esa iglesia ha adquirido justamente, ó que pudieran pertenecerle por concesión de los Pontífices, liberalidad de los reyes y príncipes, oblaciones de los fieles, ó de cualquier otro modo legítimo, queden firmes é intactos en vuestras manos y en las de vuestros sucesores. Hemos juzgado útil designar nominalmente las posesiones siguientes, á saber: El solar de la iglesia de San Román, con todas sus dependencias; la iglesia de Prulla, con todas sus dependencias; la hacienda de Cassanel; la iglesia de Nuestra Señora de Les cure, con todas sus dependencias; el hospital de Tolosa, llamado *Arnaldo Berard*, con todas sus dependencias; la iglesia de la Santísima Trinidad de Lobens, con todas sus dependencias, y los diezmos que nuestro venerable hermano Fulco, Obispo de Tolosa, en su piadosa y pre-

visora liberalidad os ha cedido con el asentimiento de su cabildo, como resulta de actas capitulares. Que nadie pretenda exigir de vosotros diezmos, ya por las tierras que cultiváis con vuestras propias manos, ó á vuestras expensas; ya sobre el producto de vuestros ganados. Nós os permitimos que recibáis y retengáis entre vosotros, sin temor de contradicciones, los clérigos y los legos deseosos de dejar el siglo, con tal que no los liguen otros votos. Prohibimos á vuestros Hermanos, después de su profesión, el contraer otros votos sin licencia de su prior, como no sea para abrazar otra Orden más austera; y á quien quiera que sea, que admita á esos tráfugas sin vuestro consentimiento. Proveeréis al servicio de las iglesias parroquiales que os pertenecen, eligiendo y presentando al Obispo diocesano sacerdotes dignos de obtener el gobierno de las almas, y que serán responsables delante de él de las cosas espirituales, y ante vosotros de las cosas temporales. Prohibimos también que se impongan á vuestra iglesia cargas nuevas y desusadas, ni que, á menos de mediar causa manifiesta y razonable, se fulminen contra ella sentencias de excomuni6n y entredicho. Si se fulminase un entredicho general, podréis, después de haber hecho salir á los excomulgados y entredichos, celebrar el oficio divino en voz baja, sin tañer campanas y con las puertas cerradas. Recibiréis del Obispo el crisma, el sagrado óleo, la consagración de los altares ó de las basílicas,

la ordenación de vuestros sacerdotes, mientras él sea católico, esté en la gracia y comunión de la Santa Sede, y consienta en dároslo sin condiciones injustas; mas, si no estuviere en dicha comunión, os dirigiréis á cualquier Obispo católico, y satisfará á vuestras solicitudes en virtud de nuestra autoridad.

Otorgamos el derecho de sepultura en vuestra iglesia, mandando que nadie se oponga á la devoción y última voluntad de los que quieran ser sepultados en ella, á menos de que estén entredichos ó excomulgados, y salvo el derecho de las iglesias á que pertenece el depósito del cuerpo de los difuntos. A vuestra muerte y á la de alguno de vuestros sucesores en el cargo de prior del mismo lugar, que nadie aspire al gobierno con la astucia ó la violencia, sino sólo por la libre elección de sus Hermanos, según Dios y la regla de San Agustín. Ratificamos también, queriendo que sean perpetuamente inviolables, las libertades, inmunidades y costumbres racionales de antiguo introducidas en vuestra iglesia y conservadas hasta nuestros días. Que nadie, pues, entre los hombres sea osado á turbar esta iglesia, á arrebatár ó retener sus bienes, á disminuirlos, á hacer de ellos un tema de vejaciones, sino que antes bien queden intactos para uso y sostén de aquellos á quienes han sido concedidos, salvo las disposiciones de la autoridad apostólica y los derechos canónicos del Obispo diocesano. Si alguna persona, eclesiástica ó seglar, conociendo esta

constitución que acabamos de establecer, se atreve á infringirla, y avisado por segunda y tercera vez, rehusase dar satisfacción, quede privada de todo poder y honor, y sepa que ante el juicio divino se ha hecho culpable de una grave iniquidad; quede separada de la comunión del cuerpo y sangre de nuestro Dios, Señor y Redentor Jesucristo, y en el juicio final sufra un castigo severo. Aquellos, por el contrario, que conserven á ese lugar sus derechos, que la paz de nuestro Señor Jesucristo sea con ellos, que reciban aquí en la tierra el fruto de una buena acción, y del Juez soberano una recompensa eterna. Así sea.»

La segunda bula está redactada en los siguientes términos:

«Honorio, Obispo, siervo de los siervos de Dios, al amado hijo Domingo, prior de San Román de Tolosa, y á todos los Hermanos que han hecho ó harán profesión de la vida regular, salud y bendición apostólica. Nós, considerando que los hermanos de vuestra Orden *serán los campeones de la fe y unas verdaderas lumbreras del mundo*, confirmamos vuestra Orden con todas sus tierras y posesiones que posee actualmente, ó poseyere en lo futuro; y tomamos bajo nuestro gobierno y protección á la Orden misma con todos sus bienes y todos sus derechos.»

Estas dos bulas se expidieron en Santa Sabina en un mismo día, el 22 de Diciembre de 1216. La primera, además de la firma de Honorio,

está suscrita por diez y ocho Cardenales. Por muy favorable que fuese el estilo de ambas, todavía no estaban colmados todos los deseos de Domingo, porque deseaba que el nombre mismo de su Orden fuese un testimonio perpetuo del fin que se había propuesto instituyéndola. Desde el origen de su apostolado se había complacido con el nombre de *Predicador*. Se ve, por un acto de homenaje á que asistió el 21 de Junio de 1211, que se servía de un sello en que estaban grabadas estas palabras: *Sello de Fray Domingo, predicador*. Cuando fué á Roma en tiempo del Concilio de Letrán, se proponía, dice el bienaventurado Jordán de Sajonia, obtener del Papa el permiso para formar un instituto de hombres que tuviesen *el oficio y el nombre de predicadores*. También ocurrió en aquella época un hecho notable: Inocencio III, que acababa de animar á Domingo con una aprobación verbal, tuvo necesidad de escribirle, y llamando á un secretario, le dijo:—Escribid á Fray Domingo y á sus compañeros—pero recapacitando luego un poco, añadió:—No escribáis así, sino de este modo: «A Fray Domingo y á los que predicán con él en el país de Tolosa»—y corrigiéndose de nuevo todavía dijo:—Escribid como voy á dictaros: «Al maestro Domingo y á los frailes predicadores.»—Esto no obstante, el Papa Honorio se había abstenido en sus bulas de dar ninguna denominación á la nueva Orden.

Un mes después, ó sea el 26 de Enero de 1217,

sin duda con el objeto de reparar este silencio, dictó las Letras apostólicas siguientes:

«Honorio, Obispo, siervo de los siervos de Dios, á sus amados hijos el Prior y los Hermanos de San Román, predicadores en el país de Tolosa, salud y bendición apostólica. Demos dignas acciones de gracias al Dispensador de todos los dones, por el que os ha hecho, y en el que esperamos perseveraréis hasta el fin. Devorados interiormente por el fuego de la caridad, difundís por fuera un perfume que regocija los corazones sanos, y restablece á los que están enfermos: como hábiles médicos, les presentáis medicinas espirituales, que les preservan de la esterilidad, es decir, la semilla de la palabra de Dios, abonada por una saludable elocuencia. Siervos fieles, el talento que os ha sido confiado fructifica en vuestras manos, y lo restituís al Señor con superabundancia. Invencibles atletas de Cristo, lleváis el escudo de la fe y el yelmo de la salvación, sin temer á los que pueden matar el cuerpo, empleando con magnanimidad contra los enemigos de la fe la palabra de Dios, que penetra más que el acero más agudo, y aborreciendo vuestras almas en este mundo para hallarlas en la vida eterna.

Pero, como no el combate, sino el fin es lo que corona, y como sólo la perseverancia recoge el fruto de todas las virtudes, rogamos y exhortamos seriamente á vuestra caridad por estas Letras apostólicas, y para la remisión de vuestros

pecados, que os fortifiquéis más y más en el Señor, que difundáis el Evangelio oportuna é importunamente, y que llenéis, en fin, plenamente el deber de *evangelistas*. Si por esta causa sufrís algunas tribulaciones, no sólo debéis soportarlas con igualdad de alma, sino regocijaros y triunfar con el Apóstol, de haber sido juzgados dignos de sufrir oprobios por el nombre de Jesús; porque esas leves y pasajeras aflicciones han de engendrar algún día un peso inmenso de gloria, con la que no pueden ser comparados los males de este tiempo. Nós, que os llevamos sobre nuestro corazón como á hijos muy particularmente amados, os rogamos que en el sacrificio intercedáis por Nós cerca de Dios, á fin de que conceda á vuestras oraciones lo que acaso no obtendríamos por nuestros propios méritos. >





XV

Predica en Roma.—Sucesos extraordinarios que allí le ocurrieron.

GRANDE era la impaciencia de nuestro Santo por regresar al lado de sus Hermanos; mas como la Cuaresma del año 1217 estaba próxima á empezar, juzgó conveniente detenerse en Roma para ejercer allí el ministerio apostólico que acababa de serle tan solemnemente conferido. Ante el mismo Papa, y en presencia de un numeroso y selecto auditorio, explicó las Epístolas de San Pablo y las Sagradas Escrituras, no por frases sueltas tomadas al azar, sino con un orden y método en que la historia, el dogma y la moral se sostuviesen recíprocamente, de modo que la enseñanza fuese el fondo de la elocuencia; y deseoso el Papa de que esta enseñanza no fuese un beneficio pasajero para el pueblo romano, y sobre todo para las personas de su corte, á quienes principalmente se había destinado, la

erigió en un oficio perpetuo con el título de «Maestro del sacro palacio», que había de llevar el que lo ejerciese.

Santo Domingo fué el primero á quien se dió este cargo, que sus descendientes han desempeñado con gloria hasta el día, y sus derechos y deberes han aumentado con el tiempo de un modo considerable; pues de predicador y de doctor, regentando en el Vaticano una escuela espiritual, el Maestro del sacro palacio ha venido á ser el teólogo del Papa, el censor universal de los libros que se imprimen ó se introducen en Roma, el único en la Universidad romana que tiene facultad para conferir el doctorado, el que elige á los que en las solemnidades han de predicar en presencia del Papa; funciones que realzan todavía otros muchos honrosos privilegios, cuya herencia se ha transmitido de uno en otro á los hijos de Santo Domingo.

En la misma época en que éste se daba á conocer en Roma por sus sermones, frecuentaba la casa del Cardenal Ugolino, Obispo de Ostia. Ugolino, de la noble familia de los Conti, era un anciano venerable enaltecido con veinte años de púrpura cardenalicia y setenta y tres de santa vida. Era el amigo de San Francisco de Asís, quien varias veces le había vaticinado la tiara, escribiéndole en estos términos: «Al reverendísimo Padre y señor Ugolino, futuro Obispo de todo el mundo y Padre de las naciones.»

Este venerable anciano se sintió atraído ha-

cia nuestro bienaventurado, como antes lo estuviera hacia San Francisco, y su corazón, joven todavía, se halló capaz de amar á entrambos con igual amistad; privilegio exclusivamente de ciertas almas es el ser fecundas en vehementes afectos hasta su último día, así como el de Domingo era el no perder unos amigos sino para ganar otros. El anciano Cardenal Ugolino, destinado á morir casi centenario en el trono pontificio, había sido por Dios deparado á Domingo, para ser su introductor en la tumba y el protector de su memoria: para celebrar sus exequias con la piedad del amigo y grabar su nombre en el libros de los santos con la infalibilidad del Pontífice. De tan ilustres relaciones no fué éste el único fruto.

En la casa del Cardenal se hospedaba un joven italiano, llamado Guillermo de Monferrato, que había ido á Roma á celebrar las Pascuas. El trato y la conversación de Domingo, que conmovían singularmente á aquel mancebo, acabaron por inspirarle resoluciones que él mismo nos refiere en estos términos: «Habré sobre unos diez y seis años que vine á Roma á pasar el tiempo de Cuaresma, y me recibió en su casa el que actualmente es Papa, y que á la sazón era Obispo de Ostia. Por entonces Fray Domingo, fundador y primer maestro de la Orden de Predicadores, se hallaba en la corte romana y visitaba con frecuencia al Sr. Obispo de Ostia, lo cual me dió ocasión de conocerle: su conversación me agradó y empecé á cobrar-

le cariño. Muchas veces hablábamos de las cosas que interesaban á nuestra salvación y á la del prójimo, y me parecía que nunca había visto hombre más religioso que él, aunque durante el curso de mi vida había hablado á muchos que lo eran; pero ninguno me había pare-



cido animado de tanto celo por el bien del género humano. El mismo año fui á estudiar teología á París, porque había convenido con él en que después de dos años de estudio, y cuando él por su parte hubiera terminado el establecimiento de su Orden, iríamos juntos á trabajar por la conversión de los paganos de la Persia y de las tierras del Septentrión.»

Así cautivaba nuestro bienaventurado el co

razón del anciano y el del joven, y de este modo, apenas confirmada su Orden, ya pensaba abrirla en persona las puertas del Norte y del Oriente.

Una visión vino á dar mayores alientos á sus apostólicos proyectos. Cierta día en que estaba rogando á San Pedro por la conservación y propagación de su Orden, cayó en un profundo arrobamiento, y en él vió á los santos Apóstoles Pedro y Pablo, presentándole el primero un báculo y el segundo una espada, y al mismo tiempo oyó una voz que le decía:

—Anda y predica, porque á esta misión has sido llamado.

Vió al mismo tiempo á sus discípulos dispersarse de dos en dos por el mundo para predicar el Evangelio, y desde aquel día siempre llevó consigo las Epístolas de San Pablo y el Evangelio de San Mateo, y en todas sus expediciones caminaba con un báculo en la mano cualquiera que fuese la distancia que tuviera que recorrer.





XVI

Reúne de nuevo en Prulla á los Hermanos Predicadores y éstos se esparcen por toda Europa.

TERMINADA su predicación en Roma volvió Santo Domingo á Francia, y su primer cuidado fué llamar á capítulo á sus Hermanos en su casa matriz de Prulla, donde les notificó su resolución de dispersarlos para que sembrasen por toda Europa la santa semilla del Evangelio, y si grande fué la alegría de los hijos al volver á ver á su padre, no fué menor la sorpresa que causó su determinación.

El Arzobispo de Narbona, el Obispo de Tolosa, el conde de Montfort y demás protectores de la naciente Orden, al tener noticia de su propósito comenzaron á conjurarle para que no arriesgase su triunfo por una prematura aspiración al bien; mas él, con modesta firmeza, reveladora de lo inmutable de su designio, les respondió:

—Señores y Padres míos, no me contradigan porque yo sé muy bien lo que hago.

Y al contestarles de esta suerte se acordaba de la visión de la^a basílica de San Pedro, y en



sus oídos resonaban de nuevo las palabras: «Anda y predica», de los dos Apóstoles. Y recordaba también otro aviso que había recibido del cielo acerca de la próxima ruina del conde de Montfort. Vió Santo Domingo en sueños un árbol inmenso que cubría la tierra con sus ra-

mas y abrigaba del viento á las aves, cuando derribándole un imprevisto huracán, disipó todo lo que se había confiado al abrigo de su sombra. Domingo, guiado por celestial inspiración, comprendió que el árbol cuya caída iba á echar por tierra las esperanzas de los católicos era el conde de Montfort, y que no era prudente edificar sobre una tumba. Y como á esta revelación se unía un superior conocimiento del hombre para desviarle del consejo de sus amigos, se confirmó más y más en la persuasión de que el apóstol se forma más bien que en la contemplación en la acción, y que el medio más seguro de acrecentar su Orden era plantarla valerosamente en el centro de las agitaciones del espíritu humano. Él mismo dió esta razón á sus discípulos bajo esta figura tan ingeniosa como sólida.

—La semilla—les dijo—fructifica cuando se siembra y se corrompe cuando se tiene hacinada.

Tres ciudades regían entonces la Europa, á saber: Roma por el Papa, y París y Bolonia por sus Universidades, que eran el punto de reunión de la juventud de todas las naciones. Nuestro Santo eligió estas tres ciudades para capitales de su Orden, y para enviar á ella inmediatamente hombres que la representaran; pero tampoco podía olvidar á su patria ni abandonar al Languedoc, cuna de sus trabajos apostólicos, y no satisfecho todavía con esto su celo aspiraba también á evangelizar á los infieles

del Oriente, y á este fin se dejaba ya crecer la barba, según el uso de los habitantes de aquellas apartadas regiones.

Por un efecto de la misma previsión, deseaba que se eligiese canónicamente á uno de sus



Hermanos, para ocupar su puesto cuando él se ausentase. Arreglado todo de esta suerte en su pensamiento, y después de haber disfrutado la dicha de vivir en comunidad con todos los suyos por algún tiempo, los convocó en el monasterio de Prulla para el próximo día de la Asunción.

Muchísima gente se agolpaba aquel día á las

puertas de la iglesia de Prulla, unos atraídos por la antigua devoción del sitio, y otros por la curiosidad: el interés y el afecto habían conducido allí á varios Obispos y caballeros, y al conde de Montfort. En aquel altar, tantas veces testigo de sus secretas lágrimas, ofreció Domingo el Santo Sacrificio; recibió los votos solemnes de sus hijos, que hasta entonces sólo le estaban sujetos por la constancia de su corazón, ó que á lo más sólo le habían prometido votos simples; y al fin del discurso que les dirigió, volviéndose hacia el pueblo, le habló en estos términos:

—Muchos años—dijo—hace que inútilmente os exhorto con blandura, predicándoos, suplicando y llorando; pero, como dice el refrán de mi país, donde no alcanza la bendición, algo puede hacer el palo. Tendremos que excitar contra vosotros á los príncipes y á los Prelados, que armarán, ¡ay!, contra esta tierra á las naciones y á los reinos, y muchos perecerán al filo de la espada; los campos serán talados, los muros derribados, y vosotros todos, ¡oh dolor!, reducidos á dura servidumbre. Así conseguirá algo el palo donde nada han conseguido la bendición y la blandura.

Esta despedida que dió Domingo al ingrato suelo, que doce años consecutivos había regado con sus sudores, parece, según dice el P. Laccordaire, un testamento expreso contra los que debían algún día profanar su memoria, y fija perpetuamente el carácter de su apostolado,

cuyo poder había estribado en la blandura, la predicación, las súplicas y las lágrimas.

Terminada la ceremonia pública, declaró nuestro bienaventurado á sus hijos la distribución que había decidido hacer de cada uno de ellos. Guillermo Claret y Natal de Prulla debían permanecer en el monasterio de nuestra Señora de Prulla, Tomás y Pedro Cellani en San Román de Tolosa. A España destinó á Domingo de Segovia, Suero Gómez, Miguel de Usero y Pedro de Madrid. París reunía tres franceses; Mateo de Francia, Beltrán de Garrigue y Oderico de Normandía; tres españoles, el bienaventurado Manés, Miguel de Fabra y Juan de Navarra, y el inglés Lorenzo. Domingo se reservó únicamente á Esteban de Metz para la fundación de los conventos de Roma y de Bolonia. Los Hermanos antes de separarse eligieron á Mateo de Francia por abad, es decir, por Superior general de la Orden, bajo la autoridad suprema de Domingo. Este título, que á causa del estado á que se habían elevado los jefes de Orden de las antiguas religiones llevaba en sí algo de magnífico, sólo fué en aquella ocasión, y se extinguió para siempre en la persona de Mateo de Francia. Convínose en dar al que fuera llamado al gobierno general de los Hermanos predicadores el nombre más humilde de *Maestro*.

Esta repartición del mundo entre unos cuantos hombres era ya en sí misma un espectáculo extraordinario, pero todavía lo fué más por sus

circunstancias. Pusiéronse en camino los nuevos apóstoles á pie, sin dinero, privados de todo recurso humano, con la misión, no sólo de predicar, sino también de fundar conventos. Uno solo entre ellos, Juan de Navarra, rehusó ponerse en camino con aquellas condiciones, y pidió dinero. Domingo, viendo á un Hermano



predicador que para vivir no confiaba en la Providencia, prorrumpió en llanto y se echó á los pies de aquel hijo de poca fe; pero no pudiendo vencer su obstinación, mandó que le entregasen doce dineros.

Dispuesto así todo, el día 13 de Septiembre de 1217 esparciéronse los Hermanos predicadores por los puntos que les había sido designado, quedando de este modo consumada la obra de Dios.



XVII

Funda en Roma los conventos de San Sixto y Santa Sabina, con acompañamiento de muchos milagros.

DESPUÉS de dejar arreglados en el Languedoc varios asuntos relativos á las fundaciones de Nuestra Señora de Prulla y de San Román de Tolosa, encaminóse Santo Domingo de Guzmán por cuarta vez á Roma, acompañado de Esteban de Metz, con el fin de realizar la parte que se había reservado en la misión apostólica á su Orden encomendada.

Al llegar á dicha ciudad su primer cuidado fué buscar un lugar á propósito para la fundación de un convento. Al pie meridional del monte Celio, á lo largo de la Vía Apia y enfrente de las gigantescas ruinas de las termas de Caracalla, se alzaba una antigua iglesia dedicada á San Sixto II, Papa y mártir. Otros cinco Papas, mártires también, reposaban á sus

dos lados en aquella sepultura. A uno de los costados de la iglesia, reedificada nuevamente, estaba pegado un claustro casi concluído. La profunda soledad de la iglesia y del claustro contrastaba singularmente con los recientes trabajos, de que por todas partes se veían vestigios. Conociase que un súbito acontecimiento había interrumpido en aquel punto la realización de un gran plan; y, con efecto, la muerte de Inocencio III era lo que había suspendido aquella renovación, de un lugar antiguo y célebre. Este Papa había destinado el claustro para reunir bajo unas mismas reglas diferentes religiosos que vivían en Roma con harta libertad. Domingo, que ignoraba esta circunstancia, se apresuró á pedir al Soberano Pontífice la iglesia y el monasterio, y Honorio III se lo concedió verbalmente.

Tres ó cuatro meses le bastaron á Domingo para reunir en San Sixto hasta cien religiosos; una rápida y prodigiosa actividad sucedía en él á la lentitud, que había sido siempre el carácter del insigne fundador. Este hombre, que verdaderamente no había empezado su carrera hasta los treinta y cinco años, y que había empleado doce en formarse diez y seis discípulos, los veía ahora caer á sus pies, como caen las mieses en verano bajo la hoz del segador. No hay que admirarse de ello; es una ley de la gracia y de la naturaleza que una fuerza por largo tiempo comprimida obre con mayor ímpetu cuando llega á romper las ataduras que la sujetan.

Urgía, ante todo, acabar el monasterio; y entretanto que esto se realizaba emprendió nuevamente Santo Domingo su predicación en las iglesias y su enseñanza en el palacio del Papa. Diariamente aumentaba su comunidad con un



nuevo discípulo, atraído por la elocuencia de su palabra, pero el demonio, envidioso de sus progresos, quiso turbar la alegría que éstos causaban á los Hermanos. Un día en que éstos habían llevado á un arquitecto á inspeccionar una bóveda que se trataba de demoler, hundióse de

repente el techo, sepultando al arquitecto bajo los escombros.

Grande fué el desconsuelo de la comunidad ante este desgraciado accidente, y reunidos todos los Hermanos junto al cuerpo inanimado de aquel desgraciado, lloraban sobre el estado incierto en que su alma había sido sorprendida, sobre los rumores desfavorables que iban á circular por el pueblo, y la consternación los deja por largo rato en la imposibilidad de resolver cosa alguna. En esto llega Domingo, hace sacar el cuerpo de entre el montón de piedras que le tenían oprimido y quebrantado, y llevado delante de él, implora al que prometió no rehusar nada á la fe; y la vida, obedeciendo á su oración, reanima los ensangrentados restos tendidos en su presencia.

En otra ocasión, el procurador del convento, Santiago de Mella, cayó tan gravemente enfermo, que se le administraron los últimos sacramentos. Estaban los Hermanos alrededor de su lecho, protegiendo con sus oraciones la salida de su alma, y contristados con la pérdida de un hombre que les era entonces de todo punto necesario, porque ninguno de ellos en Roma era tan conocido como él. Domingo, que veía el dolor de sus hijos, manda que todos salgan de la habitación; cierra la puerta, y á solas con el enfermo, exhala su corazón en una plegaria tan fervorosa, que detuvo la vida en los labios del moribundo. Llama en seguida á los Hermanos, y se lo devuelve sano y salvo.

El oficio de procurador que ejercía Santiago de Mella consistía en proveer, con ayuda de la Providencia, á las necesidades extremas de San Sixto; pues el convento no tenía renta propia alguna, y sólo se vivía en él de las limosnas cotidianas que los Hermanos recogían por las calles. Una mañana Santiago de Mella fué á avisar á Domingo que en la casa no había nada para la comida, excepto dos ó tres panes, noticia que pareció llenar de alegría al Santo, quien mandó al procurador que repartiase en cuarenta porciones lo poco que existía, número igual al de los religiosos, y que á la hora acostumbrada hiciese tocar la campana para comer.

Al entrar en el refectorio, cada Hermano halló en su puesto un bocado de pan; recitáronse las oraciones de la bendición con más alegría que de costumbre y todos se sentaron. Nuestro bienaventurado en la mesa primera, alzados á Dios los ojos del corazón, oraba fervorosamente, y al cabo de un momento de espera entraron en el refectorio dos mancebos vestidos de blanco, quienes, llegándose á la mesa, pusieron en ella gran cantidad de panes, que llevaban cubiertos con manteles.

Este mismo milagro se renovó más tarde en circunstancias que refiérense en la *Relación de Sor Cecilia* del modo siguiente:

«Cuando los Hermanos habitaban todavía en número de ciento junto á la iglesia de San Sixto—dice—, cierto día mandó el bienaventurado Domingo á Fray Juan de Calabria y Fray

Alberto el romano que fueran por el pueblo á pedir limosna; pero se emplearon en ello inútilmente desde por la mañana hasta las tres de la tarde. Retirábanse ya, é iban á llegar á la igle-



sia de Santa Atanasia cuando les encontró una mujer muy devota de la Orden, y viendo que nada llevaban les dió un pan.—No quiero—les dijo—que volváis con las manos enteramente vacías.—Un poco más adelante acercóseles un hombre que, con muchas instancias, les pidió limosna; ellos se excusaron de dársela porque

no tenían para sí, pero como el hombre insistiese cada vez con más empeño, dijéronse uno á otro:—¿Qué haremos con un solo pan? Vale más darlo por amor de Dios.—Y con efecto diéronle el pan y al instante le perdieron de vista. Aconteció, pues, que cuando llegaron al convento salióles á recibir el piadoso Padre, á quien el Espíritu Santo había revelado lo que acababa de ocurrir, y con tono jovial les dijo:—¿Nada traéis, hijos?—No, Padre—le respondieron, y le contaron lo que había pasado con el pobre. Domingo les dijo:—El mendigo era un ángel del Señor; el Señor sabrá sustentar á los suyos; vamos á orar.—Dicho esto entró en la iglesia, de la que saliendo al cabo de un breve rato dijo á los Hermanos que llamasen á la comunidad al refectorio. Estos le respondieron:—Pero, amado padre, ¿cómo queréis que llamemos si no hay nada que darles?—Y de intento tardaban en cumplir la orden que habían recibido, por lo cual el bienaventurado padre llamó á Fray Roger, el despensero, y le mandó que reuniese á los Hermanos para la comida, porque el Señor proveería á sus necesidades. Cubriéronse, pues, las mesas, se pusieron las copas y todo el convento entró en el refectorio á una señal dada. Pronunció el bienaventurado Padre la bendición, y Fray Enrique el romano empezó la lectura después de sentados todos. Entretanto el bienaventurado Domingo, con las manos cruzadas sobre la mesa, estaba orando, cuando he aquí que de repente, según lo había

prometido, por inspiración del Espíritu Santo, dos hermosos mancebos, enviados de la divina Providencia, aparecieron en medio del refectorio, llevando panes en unas alforjas blancas que les pendían de los hombros. Empezaron la distribución por las hileras inferiores, el uno por la derecha, el otro por la izquierda, y pusieron delante de cada Hermano un pan entero de admirable blancura.

Luego, cuando llegaron al bienaventurado Domingo, pusieron igualmente delante de él un pan entero, inclinaron la cabeza y desaparecieron, sin que jamás, hasta ahora, se haya sabido de dónde venían ni á dónde iban.

El bienaventurado Domingo dijo á los Hermanos:—Hijos míos, comed el pan que os ha enviado el Señor.—Dijo en seguida á los Hermanos legos que echasen vino, pero éstos respondieron:—Padre santo, no lo hay.—Entonces el bienaventurado Domingo, lleno del espíritu de profecía, les dijo:—Tomad el barril y echad á los Hermanos el vino que el Señor les ha enviado.—Fueron, en efecto, y hallaron lleno el barril hasta los bordes de un vino excelente, que llevaron inmediatamente al refectorio, y el bienaventurado Domingo dijo:—Bebed, Hermanos míos, del vino que os ha enviado el Señor.—Todo aquel día, el siguiente y el otro comieron y bebieron cuanto quisieron.

Pero después de la comida del tercer día hizo dar á los pobres todo lo que quedaba del pan y del vino, y no quiso que se conservase más en

la casa. Nadie había ido á pedir limosna durante aquellos tres días, porque el Señor había enviado en abundancia pan y vino. El bienaventurado Padre dirigió en seguida á los Hermanos un sermón bellissimo para advertirles que nunca desconfiasen de la divina Providencia, aun en la mayor penuria. Fray Tancredo, Prior del convento; Fray Odón el romano, Fray Enrique, del mismo país; Fray Lorenzo de Inglaterra, Fray Gaudion y Fray Juan el romano y otros muchos presenciaron este milagro, que contaron á Sor Cecilia y á las otras Hermanas que residían aún en el monasterio de Santa María, á la otra parte del Tíber, y hasta les llevaron de aquel pan y de aquel vino, que ellas conservaron mucho tiempo como reliquias.

Fray Alberto, á quien el bienaventurado Domingo había enviado á pedir limosna con un compañero, fué uno de los dos Hermanos cuya muerte vaticinó en Roma Santo Domingo. El otro era el Hermano Gregorio, hombre de gran belleza y de una gracia perfecta. Fray Gregorio fué el primero que volvió al seno del Señor, después de haber recibido piadosamente los sacramentos. Tres días después Fray Alberto, habiendo también recibido piadosamente los sacramentos, pasó de esta cárcel tenebrosa al alcázar del cielo.>

Esta ingenua relación nos hace penetrar en el interior de la familia de San Sixto y, mejor que todas las descripciones, nos transporta á los tiempos primitivos de la Orden. Por ella

vemos cómo sin oro ni plata se levantaban populosos monasterios, cómo la fe suplía al caudal y de cuán delicada sencillez estaban dotados aquellos hombres, algunos de los cuales habían habitado suntuosos palacios. El Prior de San Sixto, Fray Tancredo, era un caballero de alta cuna, de la corte del emperador Federico II. Hallábase en Bolonia, á principios del año 1218, cuando Domingo envió algunos Hermanos á aquella ciudad, como veremos á su tiempo; y un día, sin saber por qué, se puso á considerar el peligro que corría su salvación eterna. Agitado por este pensamiento repentino, dirigió una oración á la Santísima Virgen, que á la noche siguiente se le apareció en sueños, y le dijo: «Entra en mi Orden.» Despertóse y se durmió otra vez. En este segundo sueño vió dos hombres en hábito de fraile Predicador; y uno de ellos, que era anciano, le decía: «Pides á la Santísima Virgen que te encamine en la senda de la salvación: ven, pues, á nosotros, y te salvarás.»

Tancredo creyó que aquello era una ilusión, pues no conocía todavía el hábito de la Orden. Levantóse por la mañana y pidió á su huésped que le llevase á una iglesia á oír misa: el patrón le llevó á una iglesia llamada Santa María de Mascarella, que acababa de ser entregada á los Dominicos. No bien hubo entrado en ella cuando se encontró con dos religiosos, en uno de los cuales inmediatamente reconoció al anciano á quien había visto en sueños. Luego,

pues, que hubo arreglado sus asuntos, tomó el hábito y fué á reunirse con Santo Domingo en Roma.

Por aquel entonces el Papa Honorio III, siguiendo el pensamiento de su predecesor, quiso reunir en un solo monasterio y bajo una misma regla á todas las religiosas desparramadas en varios conventos de Roma, y se lo comunicó á Domingo, como el hombre más á propósito para llevar á cabo aquella ardua empresa. Domingo aceptó con tanto más gusto la proposición del Papa, cuanto le ofrecía el medio de restituir el edificio de San Sixto á su primitivo destino, fundando en él, sobre el modelo de Nuestra Señora de Prulla, una comunidad de religiosas Dominicanas. Sólo pidió que, para cubrir su debilidad con el prestigio de su autoridad, se le agregasen algunos Cardenales. Tres le designó el Papa: Ugolino, Obispo de Ostia; Esteban de Fosanueva, del título de los santos Apóstoles, y Nicolás, Obispo de Túsculo. Y en cambio de la habitación de San Sixto, le dió la iglesia y el monasterio de Santa Sabina en el monte Aventino, junto á su propio palacio. A un mismo tiempo se estaban haciendo, pues, preparativos en Santa Sabina y en San Sixto; en el primero, para recibir á las religiosas; y en el segundo, para trasladar á él los religiosos.

Domingo, ocupado con este doble cargo, no dejaba de continuar sus predicaciones. Un día en que debía predicar en San Marcos, una

mujer, que tenía á su hijo enfermo, lo dejó todo por ir á oírle: al salir del sermón se halló á su hijo sin vida. Su esperanza fué tan pronta como su dolor; sin tomarse tiempo para derramar ni una lágrima, toma consigo una criada para llevar el niño y vuela desalada á San Sixto. Al entrar en el patio de San Sixto por la Vía Apia, vió enfrente, á la izquierda de la iglesia del monasterio, la puerta de un aposento bajo y aislado que se llamaba el capítulo. Cuando llegó al patio la desventurada madre, Domingo, según refiere la *Relación de Sor Cecilia*, de quien tomamos la noticia de este milagro, estaba de pie en esta puerta. Vase la infeliz madre derecha á él, coge al niño, le pone á los pies del Santo, y con los ojos y la voz le pide que le devuelva á su hijo. Domingo se retira un momento en el interior del capítulo, vuelve al dintel, hace sobre el niño la señal de la cruz, se inclina para cogerle la mano, le levanta vivo y se lo devuelve á su madre, mandando á ésta que lo que acaba de pasar lo ocultase á todo el mundo; pero al punto se extendió por Roma la fama de este suceso.

El Papa quería que desde el púlpito se publicase en todas las iglesias el milagro; pero Domingo se opuso á ello, amenazando con pasar á los países infieles y dejar á Roma para siempre. Por eso, sin embargo, no fué menor la fama de aquel milagro, con lo que llegó á su colmo la veneración que profesaba el pueblo al santo predicador; doquiera que se mostraba seguíanle

los grandes y la plebe como á un ángel del Señor; todos querían tocarle; cortaban pedazos de su capa para reliquias, de modo que apenas le llegaba la capa á las rodillas. A veces los Hermanos se oponían á que le cortasen los vesti-



dos de aquella suerte, pero él les decía: «Dejadlos, puesto que lo hacen por devoción.» Fray Tancredo, Fray Odón, Fray Enrique, Fray Gregorio, Fray Alberto y otros muchos presenciaron el susodicho milagro.

Varias fueron las dificultades que se opusieron á la reunión de las religiosas romanas en San Sixto. Muchas de ellas se negaban á sacri-

ficar la libertad que hasta entonces habían disfrutado de salir del claustro y visitar á sus familias; pero Dios acudió en ayuda de su siervo. Había en Roma un monasterio de religiosas, titulado, por su situación, Santa María allende el Tíber; en él se conservaba una de las imágenes de la Santísima Virgen, que la tradición atribuye al pincel de San Lucas. Esta imagen era célebre y venerada del pueblo, porque el Papa San Gregorio el Grande, paseándola en procesión por la ciudad, había ahuyentado una peste. Se creía también que colocada por el Papa Sergio III en la basílica de San Juan de Letrán, ella se había restituído por sí misma á su antigua morada. La abadesa de este monasterio y todas las religiosas, menos una, se ofrecieron voluntariamente á Domingo é hicieron en sus manos profesión de obediencia, con la condición de que se llevarían consigo la imagen de la Santísima Virgen, y que si ésta dejaba por sí misma á San Sixto, para volver á su primitiva iglesia, quedarían anulados sus votos de obediencia.

Aceptó con sumo agrado Domingo la condición, y les prohibió, en virtud de la autoridad que acababan de reconocerle, volver á pisar los umbrales de su convento. Como estas religiosas pertenecían á la primera nobleza de Roma, cuando sus padres supieron los compromisos que nuevamente habían contraído y los nuevos planes de reforma, fueron á Santa María á disuadirlas de cumplir sus promesas. Ce-

gados por la pasión, trataron á Domingo de desconocido y de aventurero. Estas palabras hicieron vacilar el valor de las religiosas, muchas de las cuales llegaron á arrepentirse del voto que habían hecho. Advertido Domingo de ello interiormente, fué una mañana á verlas, y después de haber celebrado la misa y pronunciado un sermón, les dijo: «Hijas mías, sé que os arrepentís de la resolución que tomasteis y que queréis poner el pie fuera de la senda del Señor; por lo tanto, hagan de nuevo profesión en mis manos las que continuaren fieles.»

Todas juntas, entonces, con la abadesa al frente, renovaron los votos que las despojaban de su libertad, y nuestro bienaventurado llevóse las llaves del convento, dejando á sus puertas á varios religiosos para guardarlas día y noche, prohibiendo á las religiosas que en lo sucesivo hablasen en el locutorio sin estar acompañadas de otra compañera.

Llegado el primer domingo de Cuaresma, las religiosas de Santa María de allende el Tiber, otras de varios conventos y varias mujeres del siglo, entraron en San Sixto, donde Santo Domingo les dió el hábito de la Orden, y entre ellas figuraba una joven llamada Cecilia, y á esta religiosa se debe la narración de los principales hechos de aquel período de la vida del santo Fundador de la Orden de Predicadores.

Aquella misma noche fué trasladada á San Sixto la imagen de Santa María del Tíber, pues de día habría dado ocasión á desórdenes, por-

que los romanos se oponían al traslado. Santo Domingo y los Cardenales Esteban y Nicolás, seguidos de gran número de seglares, á pie y descalzos, llevaron la imagen sobre sus hombros, y las religiosas, orando y descalzas también, la recibieron, quedando expuesta al culto en la ya citada iglesia de San Sixto.

No obstante las muchas atenciones de su ministerio apostólico, iba nuestro bienaventurado á visitar á las *reclusas* que voluntariamente se habían encerrado en los huecos de algunos muros para no salir nunca de allí; de esta especie de nichos había bastantes en distintos puntos de la ciudad, en las desiertas faldas del monte Palatino, en el fondo de los antiguos torreones, en los machones rotos de los acueductos, centinelas de la eternidad colocadas sobre ruinas. Al ponerse el sol, Domingo las visitaba, y las llevaba en su corazón el resto de fuerzas que había para ellas reservado; iba á hablar á la soledad después de haber hablado á la multitud. Una de estas reclusas, llamada Lucía, que habitaba detrás de la iglesia de San Atanasio, en el camino de San Sixto, tenía un brazo roído hasta el hueso por un cáncer cruel y devorador, y Domingo la curó con una simple bendición. A otra, que tenía su celda, ó mejor su nicho, en una torre inmediata á San Juan de Letrán, y cuyo pecho era comido de gusanos, Domingo la confesaba y le llevaba de cuando en cuando la Santa Eucaristía. Una vez pidióle Domingo que le mostrase uno de los gusanos que la

atormentaban y que ella guardaba con amor en su seno, como huéspedes enviados por la Providencia. Bona, este era su nombre, accedió al deseo de Domingo; pero el gusano se transformó en una piedra preciosa en la mano del taumaturgo, y el pecho de Bona fué hallado puro y limpio como el de un niño.





XVIII

San Jacinto y el bienaventurado Ceslas ingresan en la Orden de Predicadores.— El beato Reginaldo es ungido por la Santísima Virgen.



DURANTE la estancia de Santo Domingo de Guzmán en el convento de Santa Sabina tuvo ocasión de aumentar el número de sus hijos espirituales con muy valiosas adquisiciones.

Dos jóvenes polacos, Jacinto y Ceslas Odrowar, habían acompañado á Roma á su tío Ivo Odrowar, electo Obispo de Cracovia, y presentados á nuestro bienaventurado, quizá por el Cardenal Ugolino, antiguo condiscípulo de Ivo en la Universidad de París, éste le rogó que le diese algunos religiosos Predicadores para llevárselos consigo á Polonia.

Contestóle el Santo que no tenía ninguno que conociera la lengua y costumbres polacas; pero que si alguno de su comitiva quería tomar el hábito, esto sería el medio mejor de conseguir

su deseo. Jacinto y Ceslas entonces se ofrecieron á ello y tomaron el hábito de Santa Sabina, juntamente con otros dos compañeros de viaje llamados, respectivamente, Enrique de Moravia y Hermán el Teutónico, y de este modo los dos únicos países de Europa, Polonia y Alemania, que no habían dado aún representación á la Orden dominicana, llevaron á ésta el contingente de sus respectivas naciones.

Jacinto y sus compañeros permanecieron muy poco tiempo en Santa Sabina; apenas estuvieron suficientemente instruidos de las reglas de la Orden, se pusieron en camino con el Obispo de Cracovia. Al pasar por Friesach, ciudad de la antigua Norica, entre el Drave y el Murch, el Espíritu Santo los impulsó á anunciar allí la palabra de Dios; su predicación dió maravillosos resultados. Animados por el éxito de sus primeros pasos, ocurrióseles la idea de erigir en aquel país un convento, como lo consiguieron en seis meses, al cabo de los cuales lo dejaron poblado ya de un número considerable de moradores, bajo la dirección de Hermán el Teutónico. De vuelta á Cracovia, el Obispo les dió una casa de madera que dependía del obispado, para que la convirtieran en convento. Tales fueron las primicias de la Orden en los países septentrionales. Ceslas fundó los conventos de Praga y Breslau, y Jacinto, antes de morir, llevó hasta Kiov las huestes dominicanas, á la vista de los cismáticos y entre el fragor de las invasiones tártaras.

Otra valiosa adquisición para la Orden de Predicadores fué la de un célebre doctor de París, llamado Reginaldo, deán del cabildo de Orleáns. En 1218 fué á Roma, y he aquí, según la narración del B. Humberto, por qué caminos le llevó Dios á tomar el hábito dominicano:

«Dios—dice el B. Humberto—le había inspirado el deseo de abandonarlo todo por la predicación del Evangelio, y con este objeto se estaba preparando, sin saber todavía de qué modo desempeñarlo, puesto que ignoraba que se hubiese instituído una Orden de Predicadores. Como en una confidencia particular con un Cardenal le abriese su corazón, díjole que, por predicar la doctrina de Jesucristo por todas partes, pensaba dejar todas las cosas, y vivir en estado de pobreza voluntaria. Entonces le dijo el Cardenal:—Ahora cabalmente acaba de instituirse una Orden que tiene por objeto unir la práctica de la pobreza al ministerio de la predicación, y en la ciudad tenemos al maestro de ella que está anunciando por sí mismo la palabra de Dios.

Habiendo oído con verdadero afán esto el maestro Reginaldo, se apresuró á buscar al bienaventurado Domingo, y á revelarle el secreto de su alma. Cautivado por la vista del Santo y la gracia de sus palabras, al punto mismo resolvió entrar en la Orden; pero la adversidad, que es la piedra de toque de todos los santos proyectos, no tardó en poner el suyo á prueba. Cayó tan peligrosamente enfermo, que la natu-

raleza parecía sucumbir á los ataques de la muerte, y los médicos desesperaban de salvarle. Afigido el bienaventurado Domingo de perder un hijo, de quien ni aún había gozado, se dirigió con importunidad hacia la divina misericordia, suplicándola, como él mismo se lo dijo á los religiosos, que no le arrebatase un hijo, que si bien concebido, no era nacido aún, y que le concediese su vida, á lo menos por un poco de tiempo. Mientras de esta suerte oraba, la bienaventurada Virgen María, madre de Dios y Señora del mundo, se apareció al maestro Reginaldo, acompañada de dos doncellas de incomparable hermosura: estaba él despierto y consumido por el ardor de la fiebre; pero oyó á aquella Reina del cielo que le decía:—Pídeme cuanto quieras y te lo concederé.—Mientras estaba deliberando consigo mismo, una de las doncellas, que acompañaban á la bienaventurada Virgen, le sugirió el pensamiento de que nada pidiese, sino que se remitiese á la voluntad de la Reina de las misericordias, cosa á que accedió Reginaldo con gusto. Entonces la Santísima Virgen, extendiendo su mano virginal, le hizo una unción sobre los ojos, los oídos, las narices, la boca, las manos, los riñones y los pies, y al mismo tiempo pronunció ciertas palabras adecuadas á cada unción; palabras de las cuales sólo he podido saber las relativas á la unción de los riñones y de los pies. Decía, tocando los riñones:—Ciñe tus riñones con el cíngulo de la castidad—y tocando los pies: —Unjo

tus pies para la predicación del Evangelio de paz.—En seguida le señaló el hábito de los Hermanos Predicadores, diciéndole:—Este es el hábito de tu Orden—y desapareció de su presencia.

Al instante, como que había sido ungido por la Madre del que tiene el secreto de toda la salud, se halló sano Reginaldo. Cuando á la mañana siguiente Domingo fué á verle y le preguntó familiarmente cómo se hallaba, respondió que estaba del todo bueno, y le contó la visión que había tenido. Ambos, á lo que creo, tributaron por ello juntos y devotamente acciones de gracias al Dios que hiere y sana; y los médicos, no sabiendo la mano que había dado el remedio, admiraron un restablecimiento tan súbito é inesperado.»

A los tres días de este señalado milagro, hallándose Reginaldo en compañía de Santo Domingo y un religioso Hospitalario, renovóse en él la prodigiosa unción en presencia de todos, como si la augusta Madre de Dios hubiese dado á este acto una importancia tan grande que creyera debía obrarlo nuevamente delante de testigos.

En efecto—dice el P. Lacordaire—, Reginaldo no era en esto más que el representante de la Orden de Hermanos Predicadores, y la Reina de cielos y tierra contraía alianza en su persona con la Orden entera. El Rosario fué la primera señal de esta alianza, como la joya de la Orden en su bautismo: la unción de Reginal-

do, indicio de virilidad y de confirmación, debía también tener un signo duradero y confirmatorio. Esta es la razón por qué la bienaventurada Virgen, al presentar el hábito de la Orden al nuevo Hermano, no se lo hizo tal como lo vestían entonces, sino con una mudanza notable que es preciso explicar.

Hemos dicho—prosigue el P. Lacordaire—que Domingo, mucho tiempo canónigo de Osma, habiendo continuado en Francia usando aquel hábito, lo había adoptado por vestido de su Orden. Consistía aquel traje en una túnica de lana blanca cubierta de una sobrepelliz de lino, y sobre la una y el otro una capa y capucha de lana negra. Ahora bien; en el vestido que mostró á Reginaldo la bienaventurada Virgen, estaba reemplazada con un escapulario de lana blanca la sobrepelliz de lino, es decir, con una simple tira de paño, destinada á cubrir los hombros y el pecho, bajando por los dos lados hasta las rodillas. No era nuevo este vestido, pues de él se habla en la «Vida de los religiosos de Oriente», que lo habían adoptado sin duda para complemento de la túnica, cuando el trabajo y el calor les obligaban á quitarse la capa. Nacido en el desierto de un sentimiento de pudor, cayendo como un velo sobre el corazón del hombre, el escapulario había llegado á ser en la tradición cristiana el símbolo de la pureza, y, por consiguiente, el vestido de María, la Reina de las vírgenes. Al mismo tiempo, pues, que María ceñía en la persona de Reginaldo los ri-

ñones de la Orden con el *cingulo de la castidad*, y preparaba sus pies á la *predicación del Evangelio de paz*, le daba en el escapulario la prenda exterior de aquella virtud de los ángeles, sin la cual no es posible sentir ni anunciar las cosas celestiales.

Pocos días después partió Reginaldo para Palestina, y la Orden trocó la sobrepelliz de lino por el escapulario de lana, parte principal y característica de su traje, y sin el cual ningún religioso puede salir de su celda ni aun para ir á la sepultura.





XIX

Otras fundaciones.

Los religiosos que nuestro Santo envió á París después de la Asamblea de Prulla, se dividieron en dos secciones: la primera, compuesta de Manes, Miguel de Fabra y Oderico, llegó á su destino el 12 de Septiembre; la segunda llegó tres semanas después, compuesta de Mateo de Francia, Beltrán de Garrigue, Juan de Navarra y Lorenzo de Inglaterra. Hospedáronse en el centro de la ciudad en una casa que habían alquilado junto al hospital de Nuestra Señora y á las puertas de la morada episcopal. Ninguno de ellos era conocido en París, excepto Mateo de Francia, que había pasado una parte de su juventud en las aulas de la Universidad, por lo cual pasaron diez meses en la mayor miseria; pero les sostuvo el recuerdo de Domingo, y una revelación que tuvo Lorenzo de Inglaterra sobre el lugar futuro de su establecimiento.

Juan de Barastro, deán de San Quintín, capellán del rey y profesor en la Universidad de París, había fundado por este mismo tiempo, en una de las puertas de la ciudad, llamada la puerta de Narbona ó de Orleáns, un hospicio para hospedar á los pobres extranjeros. La capilla del hospicio estaba dedicada al Apóstol Santiago, tan célebre en España, cuyo sepulcro es uno de las grandes peregrinaciones del mundo cristiano. Fuese que los religiosos españoles se presentasen en aquella capilla por devoción, ó de cualquier otro modo, lo cierto es que Juan de Barastro llegó á saber que había en París unos religiosos nuevos que predicaban el Evangelio á la manera de los Apóstoles. Los conoció, los admiró, los amó y sin duda comprendió la importancia de su instituto, pues que el 6 de Agosto de 1218 los puso en posesión de aquella casa hospitalaria de Santiago, que había consagrado á Jesucristo en la persona de los extranjeros. Agradecido Jesucristo, le envió huéspedes más ilustres que los que él esperaba tener, y el modesto asilo de la puerta de Orleáns llegó á ser una mansión de apóstoles, una escuela de sabios y el mausoleo de los reyes.

El 3 de Mayo de 1221, Juan de Barastro confirmó por una escritura auténtica la donación que había hecho á los religiosos, y la Universidad de París, á petición de Honorio III, abandonó los derechos que tenía sobre aquel lugar, estipulando, no obstante, que cuando mu-

riesen sus doctores serían honrados en él, á título de confraternidad, con los mismos sufragios espirituales que los miembros de la Orden.

Provistos ya de una habitación estable y pública, los religiosos empezaron á ser más conocidos; los fieles iban á oírlos, y su saber y su virtud hacían conquistas entre los innumerables estudiantes que de todos los puntos de Europa llevaban á París el ardor común de su juventud y el genio diverso de sus naciones. En el verano de 1219 contenía ya treinta religiosos el convento de Santiago: entre los que en esta época tomaron el hábito, el único de quien se conserva memoria es Enrique de Marbourg, que muchos años antes había sido enviado á París por un tío suyo, piadoso caballero que habitaba la ciudad de Marbourg. En el mes de Enero de 1218 mandó Santo Domingo á Juan de Navarra que pasase á Bolonia acompañado de otro Hermano, llamado Bertrand, y que no tenía el apellidado Garrigues, sino otro, y á ellos se reunieron más tarde Miguel de Uzero y Domingo de Segovia, que ya habían regresado de España.

Estos cuatro religiosos y otros tres Hermanos, uno de ellos lego, habitaron primeramente una casa y una iglesia, llamada Santa María de Mascarella; pero vivían con tal estrechez, que todo hacía pensar que no podrían sostenerse allí mucho tiempo.

La llegada de Reginaldo de vuelta de Tierra Santa mudó la faz de las cosas, pues con su

arreatadora elocuencia cautivó los corazones de los habitantes de Bolonia, y eclesiásticos, jurisconsultos, profesores y estudiantes de la Universidad se apresuraban á ingresar en una Orden hasta entonces desconocida ó menospreciada.

«Cuando el antiguo deán de Orleáns—dice uno de sus biógrafos—predicaba en Bolonia, y atraía á la Orden eclesiásticos y doctores de fama, el maestro Moneta, que enseñaba entonces las artes, y era célebre en toda la Lombardía, viendo la conversión de un número tan considerable de hombres empezó á temer por sí mismo; y por esta razón evitaba con cuidado ver á Fray Reginaldo, y desviaba de él á sus discípulos. Pero el día de San Esteban sus estudiantes le llevaron al sermón; y como no podía excusarse, ya fuese por consideración á sus instancias, ya por otros motivos, les dijo: «Vamos primero á San Próculo á oír misa.» Fueron, en efecto, y oyeron, no una misa, sino tres. Moneta ponía de intento estas dilaciones para no asistir á la predicación; pero como sus discípulos le estrechaban, acabó por decirles: «Vamos, pues.»

Todavía no se había acabado del todo el sermón cuando llegaron á la iglesia, y era tal el gentío, que Moneta tuvo que quedarse á la puerta. Apenas hubo prestado atención quedó vencido. El orador exclamaba en aquel momento: «*¡Veo los cielos abiertos!* Sí, los cielos están abiertos para quien quiera ver y para quien

desea entrar; las puertas están abiertas para quien quiera franquearlas. No cerréis vuestro corazón y vuestra boca y vuestras manos, ó temed que los cielos no se cierren también. ¡Qué! ¿Tardáis todavía? Abiertos están los cielos.» Apenas Reginaldo bajó del púlpito, Mone-
ta, impulsado por la gracia de Dios, fué á buscarle, le expuso su estado y sus ocupaciones, y en sus manos hizo voto de obediencia; pero como muchos compromisos le quitaban la libertad, conservó todavía el hábito del mundo durante un año, con el consentimiento de Fray Reginaldo, y al mismo tiempo trabajaba con todas sus fuerzas por llevarle oyentes y discípulos. Ya llevaba uno, ya otro, y cada vez que hacía una conquista parecía tomar el hábito con el que entraba en la Orden.»

El convento de Santa María de Mascarella no les bastaba ya á los religiosos. Reginaldo obtuvo del Obispo de Bolonia, por mediación del cardenal Ugolino, á la sazón legado apostólico en aquel país, la iglesia de San Nicolás de las Viñas, situada junto á las murallas y en medio del campo. El capellán de la iglesia, llamado Rodolfo, hombre bueno y que vivía en temor de Dios, lejos de oponerse á la generosidad que el Obispo usaba con los religiosos, tomó el hábito de la Orden. Refería algunas veces que antes de la llegada de los religiosos á Bolonia una pobre mujer, despreciada de los hombres, pero amada de Dios, muchas veces se ponía de rodillas y en oración cerca de cierta

viña, donde más adelante se estableció el convento de Santa María, y cuando se mofaban de ella viéndola así orar, vuelta de cara hacia aquella viña, respondía: «¡Oh desdichados é insensatos! Si supierais qué hombres habitarán este lugar y qué cosas pasarán aquí, os posturaríais en adoración delante de Dios, porque el mundo entero será iluminado por los que ocuparán este sitio.»





XX

Trasládase Santo Domingo á España.— Su vida en Segovia.—Fundaciones en nuestra patria.



DESPUÉS de haber fundado los conventos de San Sixto y Santa Sabina, en Roma, y tras una corta estancia en Lombardía y una piadosa peregrinación á Nuestra Señora de Prulla, pasó Santo Domingo á España después de una ausencia de quince años. Quien le hubiera visto cruzar los Pirineos le hubiera tomado por un pobre mendigo; tal era el aspecto de pobreza y de fatiga con que volvía á pisar el suelo de su amada patria.

No dice la historia dónde encaminó sus pasos primeramente, pero es de suponer que visitaría las tumbas de sus virtuosos padres en Gu miel de Izán y la del Obispo Acevedo en Osma. Sólo se sabe que llegó á Segovia y que allí se hospedó en la casa de una pobre mujer, que no

tardó en conocer el tesoro que poseía. Tenía la costumbre nuestro bienaventurado, desde su residencia en el Languedoc, de usar á raíz de carne un áspero cilicio, ya de lana, ya de cer-



da; estando, pues, en Segovia en casa de aquella pobre mujer quitóse la camisa de lana que llevaba interiormente para ponerse otra de un tejido más áspero. Advirtiéndolo su huésped, y movida por un sentimiento de veneración guardó en una arca la túnica que se había qui-

tado el Santo; poco tiempo después, estando ella ausente, se prendió fuego al aposento, y todos los muebles se abrasaron, menos al arca que contenía, juntamente con la reliquia, sus efectos más preciosos.

Otro milagro excitó la gratitud pública de los vecinos de Segovia. Acercábanse las fiestas de la Navidad del año 1218, y una continua sequía había hasta entonces impedido sembrar las tierras. Estaba reunido todo el pueblo fuera de la ciudad para pedir en una común plegaria á Dios el término del azote. Levantóse Domingo en medio de la muchedumbre, y después de algunas palabras que no disipaban la inquietud general, exclamó: «Cesad de temblar, hermanos míos, y confiad en la misericordia de Dios, porque hoy mismo os enviará una abundante lluvia y trocará vuestra tristeza en alegría.»

Aunque ninguna señal de mudanza había precedido, al instante empezó el cielo á nublar-se, y fué interrumpido el discurso del Santo por una abundante lluvia, que disolvió la asamblea. Los vecinos de Segovia consagraron el recuerdo de este milagro con una capilla erigida en el sitio mismo en que aconteció.

Otro día se presentó Santo Domingo á un Concejo en que se hallaban reunidos los principales vecinos del pueblo, y después de haberse leído en él ciertas cartas del rey, tomó la palabra nuestro bienaventurado y habló á los concurrentes de esta manera:

—Hermanos míos, acabáis de oír la voluntad del rey terrestre; oid ahora los mandatos del Rey celeste é inmortal.

Un caballero que le oyó dijo con cólera en alta voz:

—¿Piensa ese charlatán tenernos aquí todo el día, impidiéndonos ir á comer?

Y uniendo el desprecio á la descortesía, volvió riendas á su caballo para volverse á su casa.

—Ahora os retiráis—le replicó el Santo—, pero no acabará el año sin que en el mismo sitio en que estáis, vuestro caballo esté sin jinete, y para escapar de vuestros enemigos en vano huiréis hacia la torre que habéis construído en vuestra casa.

Y así sucedió, pues antes de que el año terminara fué muerto el descomedido caballero con su hijo y uno de sus deudos en el mismo lugar en que se hallaba cuando Santo Domingo le dirigía la palabra.

La vida que hacía en Segovia, según uno de sus historiadores, era la siguiente:

El día lo dedicaba á los hombres, á la predicación, á los viajes, á los negocios; y cuando el sol, retirándose, preparaba el reposo de todos, él, retirándose también del mundo, buscaba en Dios la reparación de que su alma y su cuerpo tenían necesidad. Al salir de completas, quedábase en el coro después de cuidar de que ninguno de los religiosos le imitase, ora no quisiese imponerles un ejemplo superior á sus fuer-

zas, ora también un santo pudor le hiciese temer que se descubriesen los secretos de su comunicación con Dios. Pero la curiosidad más de una vez frustró sus precauciones: algunos religiosos se ocultaban en la obscuridad de la iglesia para espiar sus vigiliass, y así hemos podido conocer interesantes particularidades.

Sucedía que cuando él creía estar solo, protegido en su amor por la sombra y el silencio, entraba en inefables expansiones con Dios. El templo, símbolo de la ciudad permanente de los ángeles y de los santos, convertíase para él en un ser vivo, al que enternecía con sus lágrimas, sus gemidos y sus afectos: daba la vuelta por él, deteniéndose á cada altar para orar, ya inclinado profundamente, ya prosternado, ya de rodillas. Generalmente empezaba por reverenciar á Jesucristo, inclinándose profundamente, como si el altar, signo y memoria de su sacrificio, hubiera sido su persona misma. En seguida prosternábase, pegado el rostro contra el suelo, y se le oía decir en alta voz estas palabras del Evangelio: *Señor, tened compasión de mí que soy un gran pecador*; y éstas de David: *Mi alma está pegada al suelo, dadme la vida según vuestra promesa*; y otras semejantes. Luego cuando se levantaba miraba fijamente el crucifijo, y en seguida doblaba la rodilla cierto número de veces, mirando y adorando, sucesivamente.

De cuando en cuando interrumpían esta muda contemplación algunos arranques de su

voz, en que decía: *Señor, he gritado hacia Vos, no os apartéis de mí, responded á mis gemidos*, y otras expresiones de la Escritura. A veces se prolongaban sus genuflexiones; las palabras no llegaban de su corazón á los labios; parecía entrever el cielo por la fuerza del amor y enjugaba las lágrimas en sus mejillas; su pecho, como el del viajero que se acerca á su patria, estaba muy anheloso. Otras veces se quedaba de pie, con las manos abiertas delante de sí como un libro, y parecía que leía atentamente; ó bien las levantaba por ambos lados hasta los hombros, como un hombre que escucha; ó se tapaba los ojos con ellas, para meditar más profundamente.

Veíasele algunas veces también sostenerse sobre las puntas de los pies, mirando al cielo, con las manos cruzadas sobre la cabeza en forma de flecha; luego, separándolas como para pedir, y volviéndolas á cruzar como si algo hubiera recibido; y en este estado, en que parecía que ya había dejado todo contacto con la tierra, solía decir: *Señor, escuchadme mientras os imploro, mientras levanto mis manos hacia vuestra sagrada mansión*. Tenía un modo de orar que rara vez empleaba, y esto cuando quería obtener de Dios alguna merced extraordinaria. Consistía en estarse derecho, con los brazos fuertemente extendidos en cruz, á imitación de Jesucristo muriendo, y enviando á su Padre aquellos clamores que salvaron al mundo. Entonces decía con un metal de voz grave y cla-

ro: «Señor, he gritado hacia vos, he extendido mis manos hacia vos todo el día; mi alma está delante de vos como una tierra sin agua; escuchadme prontamente.» De esta suerte oró cuan-



do resucitó al joven sobrino del Señor Esteban; pero los que estaban presentes no oyeron las palabras que pronunciaba y nunca se atrevieron á preguntarle qué había dicho.

Cuando salió de Segovia dejando por Prior á Fray Corbalán, pasó á Madrid, donde halló un convento ya principiado por Pedro de Madrid,

á lo que se cree, uno de los religiosos que Domingo había enviado á España cuando la dispersión de los religiosos. El convento estaba situado fuera de los muros de la villa; y aunque Domingo cambió su destino, estableciendo en él religiosas en vez de religiosos, y lo dedicó á Santo Domingo de Silos, con el tiempo desapareció el nombre de Silos y el convento quedó dedicado á su fundador, por una transformación insensible, de que todos fueron cómplices. Es digno de observarse que así en España, como en Francia y en Italia, el santo Patriarca ponía tanto celo en crear casas de religiosas como casas de religiosos, acordándose siempre de que Nuestra Señora de Prulla había sido las primicias de su instituto. Un monumento nos ha quedado de su desvelo por las religiosas de Madrid: la carta que poco después de su fundación les escribió, concebida en estos términos:

«Fray Domingo, maestro de los frailes Predicadores, á nuestra amada Priora y á todo el convento de las Hermanas de Madrid, salud y acrecentamiento de virtud. Mucho nos alegramos y damos gracias á Dios por el fervor de vuestras santas conferencias espirituales, y porque el Señor os sacó del cieno de este mundo. Pele d, hijas, contra vuestro enemigo con oraciones y ayunos sin cesar; porque no será coronado sino quien hubiese legítimamente combatido. Hasta ahora os faltaba una casa acomodada para seguir las reglas de vuestra santa reli-

gión; mas ya no podéis pretender excusa, pues, por la gracia de Dios, tenéis muy bastantes edificios donde puede haber toda la observancia. Y así quiero que, de aquí adelante, se guarde mucho silencio en los lugares señalados por las constituciones de la Orden, á saber: en el coro, refectorio, dormitorio y en todas las otras cosas se viva conforme á vuestras reglas. Ninguna pase de la puerta, ni persona seglar entre dentro, si no fuere Obispo ó algún Prelado para predicar ó para alguna visita pública. No omitáis las disciplinas ni las vigiliass, y sed obedientes á vuestra Priora. No os ocupéis en hablar unas con otras, ni perdáis el tiempo en pláticas excusadas. Y porque nos es imposible socorrer á vuestras necesidades temporales, no queriendo en cambio agravarlas, prohibimos á cualquier religioso que sea el recibir novicias á expensas vuestras; esta facultad sólo pertenecerá á la Priora con el consejo de su convento. También mandamos á nuestro carísimo Hermano, que tanto ha trabajado por vuestra casa, y os ha establecido en vuestro santísimo estado, que lo disponga, concierte y ordene las cosas como mejor le parezca, para que viváis santísima y religiosamente. Y dámosle poder y facultad para visitaros y corregiros, y hasta de deponer á la Priora (si fuere necesario), con el consentimiento, empero, de la mayor parte de las monjas, y para dispensar en algunas cosas, si le pareciese. *Valete in Christo.*»

Muchos otros son los conventos de España

que reivindicán el honor de haber sido fundados por Santo Domingo; pero como nada dicen en concreto los antiguos historiadores de nuestro bienaventurado, cuya estancia en España fué muy breve en este período de su vida, nos concretaremos á citar el de Palencia, donde parece probado que fundó una cofradia del Rosario y el convento de San Pablo.





XXI

Reúne el Capítulo general de la Orden.—Institución de la Orden Tercera.

DESPUÉS de haber hecho un quinto viaje á Roma y de haber realizado otras conquistas valiosas para su Orden, entre ellas la del bienaventurado Jordán de Sajonia, uno de sus biógrafos, convocó en Bolo-
nia el Capítulo general de los Hermanos Predicadores el día de Pentecostés de 1220. No son conocidos los nombres de los que en él tomaron parte; pero sí que lo primero que propuso nuestro Santo fué la renuncia de todos los bienes que poseía la Orden, á fin de no vivir más que de las limosnas diarias, resolución en él antigua y adoptada en principio en las deliberaciones de Prulla el año 1216, si bien su ejecución se remitió para más adelante.

En cuanto á él personalmente, desde aquella famosa entrevista de Montpellier que señaló el principio de su apostolado, siempre había vivi-

do de la caridad pública; pero no era lo mismo que algunos misioneros viviesen mendigando el sustento que fundar una Orden establecida sobre la inseguridad diaria de la mendicidad.

Verdad es que el ejemplo de San Francisco de Asís le seducía; pero no menos austero consigo mismo, no era tan atrevido respecto de los demás y esperó la confirmación de sus planes de pobreza de la experiencia y tuvo la gloria de renunciar á bienes ya adquiridos, cediéndolos á religiosas de diferentes Ordenes, con el consentimiento del Capítulo general; y en virtud de un decreto perpetuo se estableció que, en lo sucesivo, los Hermanos no poseyesen en este mundo otra propiedad más que sus virtudes. Domingo quería ir aún más lejos; quería que toda la administración doméstica estuviese á cargo de los religiosos legos, para que los sacerdotes pudiesen dedicarse exclusivamente á la oración, al estudio y á la predicación. Pero los Padres del Capítulo se opusieron á ello, alegando el reciente ejemplo de los religiosos de Grandmont, á quienes un reglamento semejante había puesto á merced de los hermanos legos, y reducido á los Padres á un estado de degradante servidumbre. Domingo se adhirió á su dictamen.

El Capítulo general decretó todavía otras constituciones, luego vigentes; pero la historia no se explica sobre este punto, y tampoco han llegado hasta nosotros las actas del Capítulo. Domingo suplicó á los Padres que le descarga-

sen del peso del gobierno. «Merezco, les dijo, ser depuesto, porque soy inútil y tibio.» Además del sentimiento de humildad que le hacía hablar de esta suerte, no había perdido el deseo de acabar su vida entre los infieles, y de obtener, llevándoles la verdad, aquella palma del martirio de que su corazón había tenido siempre una ardiente sed. Más de una vez había dicho que deseaba ser azotado y descuartizado por Jesucristo. Abriendo su corazón á Fray Pablo de Venecia, le decía: «Cuando hayamos arreglado y formado nuestra Orden, iremos al país de los Cumanos: les predicaremos la fe de Jesucristo y los ganaremos al Señor.»

Este momento le parecía llegado ya. ¿No había reglamentado y formado su Orden? ¿No la veían sus ojos dando riquísimo fruto como una viña que extendía los sarmientos de uno á otro mar? ¿Qué le quedaba más que ofrecer en sacrificio á Dios los restos de su alma y de su cuerpo? Pero los Padres no quisieron absolutamente oír hablar de su dimisión, y lejos de consentir en ella le confirmaron á porfía en el cargo de maestro general, añadiendo el lustre de una libre y unánime elección á la autoridad de la Sede apostólica, de quien lo había recibido. Domingo obtuvo que, á lo menos, limitasen su poder unos asistentes llamados *defnidores*, los cuales, cuando se reuniesen los Capítulos generales, tendrían el derecho de examinar y de arreglar los negocios de la Orden, y aun de deponer al maes-

tro general, en caso de que éste llegase á prevaricar. Más adelante, Inocencio IV aprobó este notable estatuto. El Capítulo se separó después de haber decretado que se reuniría todos los años, ya en Bolonia, ya en París, alternativamente.

Durante su predicación en Lombardía, tuvo ocasión de ver señales inequívocas de la decadencia de la fe, y tan triste espectáculo le sugirió la idea de completar su Orden con una asociación de seglares que, sin estar ligados por los tres votos de pobreza, castidad y obediencia, participasen en lo posible de la vida religiosa, observando abstinencias, ayunos y vigiliias, y reemplazando el rezo del Oficio divino por el del Rosario.

Algunos historiadores creen que esta nueva institución fué la *Milicia de Jesucristo*, de que hemos hablado en otro capítulo de la presente obra; pero admitiendo que dicha institución fuera el origen de la Orden Tercera, despojada de su carácter de colectividad combatiente, no cabe dudar que fueron dos asociaciones distintas, y entre otras cosas lo comprueban estas palabras del B. Raimundo de Capua en su *Vida de Santa Catalina de Sena*: «Después que el bienaventurado Domingo hubo así arreglado esta asociación, fué á reunirse con el Señor.»

Puede admitirse que la *Milicia de Jesucristo*, así que desaparecieron las causas que la dieron vida, se transformase en la de *Hermanos y Her-*

manas de la Penitencia de Santo Domingo, cuyos estatutos confirmó Munio de Zamora, séptimo maestro general de los Hermanos Predicadores, y á la que concedieron privilegios varios Pontífices, y que de ella surgiera la Orden Tercera de Santo Domingo tal y como está hoy constituída.

El espíritu de asociación que reinaba en la Edad Media, y que es el del cristianismo, favoreció este movimiento. Así como se pertenecía por la sangre á una familia, á una corporación por el oficio ó gremio en que uno se había alistado, á un pueblo por el territorio, á la Iglesia por el bautismo, se quería también pertenecer por un sacrificio voluntario á una de las gloriosas milicias, que en los afanes de la palabra y de la penitencia servían á Jesucristo. Los hombres se vestían con las libreas de Santo Domingo ó de San Francisco: injertábanse en uno de estos dos troncos, para vivir de su savia, sin dejar por eso de conservar su naturaleza propia: frecuentaban sus iglesias, tomaban parte en sus oraciones, los asistían con su amistad, seguían las huellas de sus virtudes lo más de cerca que podían.

No se creía ya que, para elevarse á la imitación de los santos, fuese preciso huír del mundo: cualquier aposento podía ser una celda, y una Tebaida cualquiera casa. A medida que la edad y los sucesos de la vida aligeraban de la pesada carga de la carne al cristiano, éste sacrificaba al claustro una mayor porción de sí

mismo. Si le sepultaba en luto y amargura la muerte de una esposa ó de un hijo; si una revolución le precipitaba desde los honores al destierro y desamparo, tenía otra familia pronta á recibirle en sus brazos, otra ciudad en la que tenía adquirido el derecho de ciudadanía; pasaba de la Orden tercera á la Orden completa, como se pasa de la juventud á la edad viril.

Una de las cosas más bellas que se pueden leer es la historia de estas instituciones. En todos los grados de la vida humana, desde el trono hasta la choza, ha producido santos, con tal abundancia, que el desierto y el claustro podían envidiarla. Las mujeres, sobre todo, han enriquecido las Ordenes terceras con el tesoro de sus virtudes. Encadenadas con harta frecuencia desde la infancia al yugo involuntario del mundo, merced al hábito de Santo Domingo ó de San Francisco, se sustraían á la tiranía de su posición. El monasterio iba á ellas, ya que no podían ellas ir á buscar el monasterio. En algún obscuro rincón de la casa paterna ó conyugal formábanse un misterioso santuario, consagrado al invisible Esposo, á quien únicamente amaban. ¿Quién no ha oído hablar de Santa Catalina de Sena y de Santa Rosa de Lima, de estas dos estrellas dominicas, que han iluminado á entrambos mundos con los brillantes rayos de la fe? ¿Quién no ha leído la vida de la franciscana Santa Isabel de Hungría? Así el espíritu de Dios desenvuelve su obra con el tiempo: proporciona los mila-

gros á las miserias humanas, y después de haber florecido en las soledades, extiende la virtud de Dios y la santidad sus pomposas y verdes ramas en los caminos más frecuentados de la tierra.





XXII

Amor de Santo Domingo á Jesucristo.

ENTRE los hombres apostólicos que de siglo en siglo han aparecido sobre la tierra para suceder en la sublime y celestial misión de los primeros discípulos del Salvador del mundo, se conocen pocos que hayan llevado á más alto grado la vivacidad y el ardor de un celo enteramente puro por la gloria del Autor y Consumador de nuestra fe, y por el honor del Evangelio del Crucificado y de la cruz, como el ilustre Santo Domingo de Guzmán. Instruído desde su más tierna infancia, más bien por beneficio y merced de la interior luz de la gracia que por motivos y medios meramente humanos, de que la felicidad de los santos del cielo y la sólida dicha del hombre sobre la tierra consisten en conocer bien á Jesucristo Nuestro Señor y en amarle con ardor y unirse á él, dirigió siempre con el mayor ahinco su gran corazón hacia este

elevado objeto. Penetrado íntimamente de esta noble idea, siempre miró como un trabajo perdido, ó como una verdadera aflicción de espíritu, toda ciencia y conocimiento que no se ordenase á la sabiduría, que hace aquí abajo el mérito de los justos y que hará por una eternidad la gloria de los bienaventurados. Temeroso de que algún afecto que no fuese inspirado por el amor á Jesucristo pudiese desviarlo de su verdadero fin, pedía siempre en sus fervorosas oraciones la perfección de la divina caridad y que de ella nada lo separase ni en la vida ni en la muerte. Sus deseos de amar más y más, que siempre iban creciendo al paso de su amor, lo impulsaban poderosamente á toda clase de trabajos y sufrimientos, para lograr que aquel Señor que ya era dueño de todos sus pensamientos, y objeto de todos sus afanes y aficiones, lo fuese igualmente de todos los mortales á quienes quería ver abrasados en el fuego de la misma divina caridad.

Desde su misma entrada en la carrera del apostolado comenzó á ver y observar con un dolor profundo que aquel nombre adorable y augusto, en cuyo acatamiento se dobla toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los abismos infernales, el único nombre por medio del cual podemos obtener nuestra salud eterna, á pesar de ser la única luz que debe alumbrar á todos los hombres, era ignorado por la mayor parte de los hijos de Adán, y deshonrado y blasfemado por otra parte también muy numerosa.

Echando una ojeada por las provincias de Europa, advertía traspasado de pena que mientras los sectarios de una herejía infame vomitaban las blasfemias más horrorosas contra la doctrina del hijo del Altísimo y aun contra su augustísima persona, una licencia escandalosa y casi general continuaba corrompiendo las costumbres; y que entre la mayor parte de aquellos mismos dichosos cristianos, que aún no habían naufragado en la fe, se iban introduciendo mañosamente, y autorizado cada día máximas anticristianas y del todo contrarias á la verdad del Evangelio. En tales circunstancias, al ver la apostasía de los unos y la criminal cobardía de los otros, ¿qué había de hacer el celoso discípulo de Jesucristo? Cubierto de ceniza y vestido de cilicio se prosterna humildemente delante del trono del Todopoderoso; ora, gime y derrama un torrente copioso de lágrimas, con el fin de desarmar la justicia divina é inclinar á favor del mundo la misericordia del Señor.

Mas el vivo celo que devora sus entrañas por la gloria de su Dueño y Maestro no le permite contentarse con orar. Siguiendo el consejo y el ejemplo de los Apóstoles, levanta con fuerza y energía su voz, truena y relampaguea contra los prevaricadores de la divina ley, arroja rayos y dardos inflamados á los empedernidos corazones de los herejes y de los pecadores, y clama sin cesar, ó para despertar los centinelas de la casa de Dios, adormecidos, ó

para esparcir el terror saludable y espantar las almas de los hombres sacrílegos, que con tanta crueldad y descaro devastaban la hermosa viña del Señor.

Lo que no se atrevían á emprender aquellos ministros que habían entrado antes que él en una tan gloriosa carrera, ó lo que otros habían inútilmente intentado sin fruto y sin éxito, un solo hombre lo hizo: Domingo. Este héroe de la fe y del amor que no tenía en la boca y en el corazón más que á Jesucristo; que armado siempre con la espada de dos filos de la divina palabra, no temía morir por el amor y por la gloria de su Dios, á impulsos de la gracia celestial, que movía y sostenía su ánimo impertérrito. En el nombre, sobre todo nombre, y por la sola causa de Jesucristo, se esforzaba Domingo en reunir predicadores del Evangelio, y por la virtud del mismo Salvador conseguía cerrar la boca á los sectarios y aun á los ministros mismos de la herejía. A los pies de su cruz y de sus altares sagrados iba á buscar el consuelo, la fuerza y las luces necesarias para tan grande empresa, y nada le era más ordinario y familiar que pasar todas las horas de la noche en la presencia y en la compañía de Jesucristo.

Todo el mundo lo vió y se admiró de que un solo hombre, por espacio de más de treinta años de penitencia y de trabajos, haya sostenido la predicación evangélica en tantas y tan diversas regiones, es decir, una práctica capaz de cansar

á los más fervorosos ministros del Señor y de abrumar á los más robustos apóstoles. Mas lo que acaso podría parecer aquí un motivo de admiración y espanto, debe servir al contrario para hacernos entender, lo que tal vez de otro modo sería muy difícil de explicar. Aquella unión con Dios tan íntima, que llenaba continuamente su alma de paz y de dulzura, renovaba al propio tiempo las fuerzas de su cuerpo; y aquel celo acompañado de un valor extraordinario y de una intrepidez á toda prueba, que el pan eucarístico comunicaba á los cristianos de los primeros siglos, mientras duraron las atroces persecuciones de los emperadores de Roma, lo recibía igualmente Domingo al pie de los sagrarios, experimentando inmensos incendios de amor y de celo cuando celebraba el adorable sacrificio de la misa y en sus frecuentes é interiores comunicaciones con el Divino Jesús. Los primeros fieles de la Iglesia, después de comulgar se separaban de la sagrada mesa, armados de invencible fortaleza y más terribles á los tiranos que los tiranos mismos lo eran para los cristianos, á pesar del formidable aparato de todo su poder.

Estos fervorosos discípulos y generosos hijos del Redentor se retiraban del soberano banquete, según la expresión del elocuente doctor San Juan Crisóstomo, *tanquam leones flammæ spirantes, ab hac mensa discedimus*, como leones que respiran llamas de fuego. Domingo también, después de haber bebido en este ma-

nantial divino las luces y los ardores celestiales que de él fluyen, se sentía siempre en estado de comenzar de nuevo y con las más gloriosas ventajas sus combates y sus disputas con los herejes obstinados y con los envejecidos pecadores, sin temer ni las vanas sutilezas y maliciosos artificios de los unos, ni el criminal endurecimiento y amenazas de los otros. Parecía que las mismas fatigas de un tan penoso y delicado ministerio daban á su espíritu más fuerza y más vigor.

Sano ó enfermo siempre se le veía igualmente aplicado á hacer glorificar á Jesucristo, y á mostrar con energía, mezclada de dulzura, las estrechas obligaciones en que la augusta cualidad de cristianos empeñaba á los que se tenían por discípulos del celestial y único Maestro de los hombres. Cuando instruía á los fieles no les hablaba sino de la ley y de las máximas del Evangelio, del reino de los cielos, de la virtud de la gracia de Jesucristo y de la incomparable dulzura de la unción de su divino espíritu. Si trataba de convertir y de animar á los grandes pecadores y alentar su entristecido corazón, y de impedirles la caída en el precipicio de una desesperación funesta, se esforzaba á elevar su temor excesivo y su debilitada esperanza, por medio de vivas y patéticas consideraciones acerca de los infinitos méritos del Reparador de los mortales, de la inefable caridad de Jesucristo y de su amor tierno, rico y generoso para con todos los hijos de los hombres.

Por lo mismo que conocía perfectamente el precio de la sangre de un Dios, derramada por la salud de todos, sentía con una extraordinaria vehemencia la perdición de los que no lo aprovechaban, y hacía los más inexplicables esfuerzos para precaver la condenación de sus almas. Si predicaba ó escribía á sus religiosos, hermanos, discípulos é hijos de su corazón y de su amor, jamás les proponía otro modelo que á Jesucristo mismo, presentándoles el ejemplo heroico de la obediencia y la humildad del hijo del Altísimo, para enseñarlos á ser perfectamente y siempre humildes y obedientes.

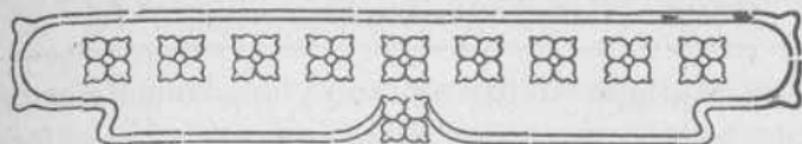
No podía contentarse con amar él solo á su Dios y Redentor. El amor nunca dice basta, y por eso su generoso corazón y el celo de Domingo no reputaba por suficiente desahogo de su afectuoso ardor el trabajar con todas las fuerzas de su espíritu y de su cuerpo para hacer infundir estos vivos y piadosos sentimientos en el pecho de sus hijos, los que escuchaban cada día sus apostólicas instrucciones, sino que enamorado de Dios, de Jesucristo y de la hermosura, bondad y, en una palabra, de las perfecciones divinas, cual serafín abrasado en el inmenso volcán del amor del Señor, ansiaba sin poder descansar por contribuir de todos modos á hacer conocer y amar á Jesucristo á todos los pueblos y en todo el transcurso de los siglos. ¿Qué no hizo para conseguir este grandioso objeto? Desde luego fundó por inspiración divina, con maravillosa prudencia y energía, una Orden célebre de Re-

ligiosos Predicadores, cuna inagotable de santos y de sabios, destinados por su misma solemne profesión, no á ocultarse en el secreto de la soledad, ni á sepultarse en las cuevas de los desiertos, ni á ocuparse única y exclusivamente en llorar sus propios pecados y las iniquidades de los pueblos, sino á llevar por toda la redondez del orbe el adorable nombre de Jesucristo y la radiante luz del Evangelio, y á atravesar los mares, visitar las islas más remotas y cruzar el mundo entero en todas las direcciones, alumbrando con la antorcha de la fe á los fieles, á los infieles, á los judíos y á todos los gentiles.

No satisfecho todavía con saber y preveer que la Divina Providencia se serviría del ministerio de sus hijos para continuar después de sus días la bien eslabonada cadena de sus trabajos apostólicos y de sus misiones, se complacía y experimentaba el más puro regocijo al ver los primeros ensayos de su instituto. ¿Quién no advierte con gusto y con asombro aquella decidida confianza con que dispersa por los diversos países de Europa á los que el Señor le había dado, y enviándolos como el Redentor había enviado á sus discípulos les dice lo que el sagrado Maestro á los Apóstoles: *Id por todo el mundo, predicad el Evangelio á toda criatura?* Es decir, anunciad á todos los hombres, en cualquier punto ó extremidad del mundo en que se hallen, que Dios les ha dado un Salvador; explicadles con fidelidad toda su ley,

su sublime doctrina, sus sagrados preceptos, sus sabias máximas, sus humillaciones y su gloria. El mismo Señor estará con vosotros y pondrá palabras de sabiduría en vuestros labios; vuestra lengua hablará la misma palabra de Dios, quien dará á vuestra voz la virtud y eficacia de su poder. Nada os importe sino los intereses de Jesucristo; los vuestros están entre sus manos.

Tal es la misión que caracteriza á la célebre Orden de los Predicadores; y Domingo, para empeñar el mayor número de personas en el servicio de tan bueno y perfecto Maestro, instituyó además una tercer Orden, que llamó sabiamente *Orden de los hermanos de la milicia de Jesucristo*, con el fin de que el nombre mismo que sus asociados tenían el honor de llevar, fuese un aviso continuo de los altos deberes que tenían que cumplir. Tamañas empresas acaso no habrían bastado aún para corresponder al ardor de su celo, si no hubiese hallado todavía otro medio igualmente fácil que conviniere á todos para acostumbrar á los fieles, sin distinción de estado, edad ni sexo, á instruirse sólidamente en los augustos misterios de la Religión que profesan; á meditar con frecuencia la vida, la pasión y los misterios de la gloria de Jesucristo y la de su Madre Santísima, y á unir el interior sacrificio del alma al rezo de las preces vocales; todo lo cual nos ha enseñado Santo Domingo de maravillosa manera en la piadosa práctica del sacratísimo Rosario



XXIII

Su amor á la pureza.—Devoción á la Virgen Santísima.

Si la virginidad no es la virtud de todos los estados de los hombres, pero en todos los estados se debe amar, apreciar y honrar, y no hay sobre la tierra condición alguna ó clase entre los hijos de los hombres en que el amor de la castidad y la pureza no sea el carácter distintivo de los verdaderos amigos de Dios. La pureza, decía Santo Domingo á sus hijos, es la virtud sublime que hace á los ministros del Evangelio agradables á los ojos del Señor, útiles á la Iglesia y respetables á los pueblos, que se edifican del buen olor de su vida. Para poder lograr el hacer fruto entre los fieles nada es tan necesario al predicador como una reputación sin mancha, y esta reputación no puede adquirirse ni sostenerse sino por medio de una atención la más escrupulosa á conservarse siempre en perfecta

pureza, ignorando ó evitando severamente cuanto sería capaz de empañar la castidad ó amortiguar su brillo. San Juan Crisóstomo deseaba que la boca destinada á anunciar el Evangelio fuese constantemente tan pura y limpia como el sol, y que todo ministro de Cristo, cuyo empleo es formar en el corazón de los fieles á aquel Verbo humanado que nació de una Virgen purísima, jamás mostrase en toda su conducta, sino lo que respirase una limpísima castidad.

El insigne Patriarca Santo Domingo tuvo siempre un ardiente amor de preferencia hacia esta virtud angélica. Habiendo recibido del cielo el excelente don de la castidad y la pureza, llegó á conocer con toda perfección el precio inestimable de este singularísimo favor, y se dedicó á conservar á toda costa tan rico tesoro del espíritu, ya por medio del fervor de sus continuas oraciones, ya con el rigor de sus ásperas penitencias, asistido de los sentimientos sinceros de la más profunda humildad. Así que en una edad florida y más adelantada no tuvo que llorar ni las culpas habituales de la infancia, ni que reprenderse las ligerezas de la juventud.

Siempre fiel á la gracia de Dios, respetó religiosamente, y por medio de su ejemplo hizo respetar á sus compañeros de estudio, una virtud tan delicada y tan fácil de perderse, como es difícil la reparación de su ruina. Sus cuidados, su vigilancia y su esmerada atención en este punto le permitían decir de la castidad lo

que el más sabio de los reyes y de los hombres decía de la sabiduría: *Yo la he amado tiernamente y la he buscado con anhelo desde mi juventud; he procurado tomarla por esposa, y cada vez me siento más arrastrado por su hermosura.*

Estos puros y perfectos sentimientos no se debilitaron jamás en el corazón de Santo Domingo, y no satisfecho con velar siempre sobre sí mismo, se declaró además en todas ocasiones el más decidido protector de la castidad y de las personas á ella consagradas, y siempre fué para él esta virtud carísima y la alhaja de su mayor aprecio. Sus primeras conquistas sobre la herejía y sus más gloriosos triunfos fueron en favor de las vírgenes. Para poder asegurarles este inestimable tesoro dirigió todos sus afanes á abrirles el asilo de un santuario, y tomó las más seguras precauciones para alejar de aquel sagrado recinto igualmente á los corruptores de su fe que á los que hubieran podido con sus conversaciones causar algún perjuicio á su pureza. La fe de las vírgenes romanas, ya consagradas á Jesucristo por medio de sus votos, no estaba expuesta seguramente á los mismos peligros que las de las jóvenes de la Provenza y del Languedoc que, por hallarse en un país infestado todo con el pestífero mal de la herejía, conversaban diariamente con los enemigos de la Iglesia; pero mientras que se permitían á sí mismas la libertad de vivir en medio del gran mundo, podía justamente temerse por

su integridad é inocencia, y esto fué para el purísimo Santo Domingo lo suficiente para empeñarse en trabajar por reducir las todas á la observancia de las leyes sagradas de la clausura.

¡Con qué celo no emprendió esta saludable reforma! ¡Mas cuán feliz no fué su resultado!

Lo que ciertamente dará siempre gloria á la sabiduría de este aventajado discípulo de Jesucristo y á su grande amor por la pureza, es haber hallado el secreto de hacer amable cuanto puede servir á la conservación de esta virtud celestial ó á su perfección: la fuga de las ocasiones, el olvido de las diversiones del mundo, el silencio, la oración, el retiro, la mortificación de los sentidos, la humildad, las lecturas piadosas, el trabajo corporal; todas estas prácticas, antes desconocidas ó hechas con negligencia, y que fueron desde entonces las más dulces ocupaciones y aun las castas delicias de las religiosas dominicas; es decir, de estas vírgenes sabias que se pusieron bajo la dirección del siervo de Dios.

Las últimas palabras que articuló antes de morir, hablando con sus hijos, fueron un ilustre elogio de la castidad y una viva exhortación á la práctica constante de esta virtud excelsa, la única en que tuvo á bien proponérseles á sí mismo por modelo. Tuvo buen cuidado de callar y ni aun recordar las grandes empresas que el Todopoderoso había llevado á cabo por medio de su ministerio; no se le oyó hablar

de sus milagros ni trajo á su conversación, interesante en aquellos momentos, ninguna de las conversiones que habían sido la bien marcada prueba de su apostolado. La humildad profunda y sincera de que siempre hizo profesión habría desaprobado, sin duda alguna, este pensamiento si se hubiese presentado á su espíritu. Mas sobre el artículo de la castidad no se condujo del mismo modo. Queriendo dar gloria á Dios por sus gratuitos dones é inspirar á sus hijos un deseo verdadero y siempre nuevo de la pureza, con la confianza de obtener igual favor de la bondad divina, les dijo tiernameamente: «Hasta este momento, por la inefable misericordia del Altísimo, ha sido conservada en mí la flor de la virginidad. Trabajad por merecer la misma gracia; vosotros la obtendréis del Padre de las misericordias, si procuráis haceros dignos de ella por medio de una exacta vigilancia sobre vosotros mismos y por la fuga de cuanto pueda seros ocasión de caída ó de tentación.»

¿Se podrá asegurar que á este tan decidido amor de Santo Domingo á la pureza se debe atribuir la especialísima devoción de este ángel en carne humana hacia la Reina de las vírgenes? ¿O será acaso más justo pensar que esta tan particular devoción le haya hecho obtener el precioso don de la castidad y las gracias singulares que lo sacaron siempre victorioso y triunfante de todos los ataques del espíritu impuro?

Tal vez será conveniente decir lo uno y lo otro, puesto que el cuidado tan grande que siempre tuvo de conservar su alma, su corazón y su cuerpo sin mancha, marchaba á la par del deseo que lo animaba de honrar y dar culto á la más pura de todas las criaturas por medio de la imitación de sus heroicas virtudes. Desde sus más tiernos años Santo Domingo eligió á la augusta Virgen Maria por su Madre, y en las prácticas de perfección siempre la consideró como su verdadero modelo. El celo de que estaba abrasado jamás se mostraba con mayor ardor que cuando se trataba de defender contra las blasfemias de los herejes, ó los intereses de Jesucristo, ó el honor de su divina Madre.

Penetrado íntimamente de los mismos sentimientos que los Padres del primer Concilio de Efeso consignaron en sus sagrados decretos, felicitaba á la Reina de los ángeles y de los hombres por haber destruído ó confundido las antiguas herejías por medio de la protección que había dispensado constantemente á la Iglesia católica, y no cesaba de implorar este mismo poderosísimo patrocinio para poder combatir con feliz resultado á los nuevos enemigos de la integridad de la fe, deseosos de esparcir por todas partes los errores antiguamente proscritos. «Santo Domingo, dice el piadoso Padre Croiset, jamás comenzaba sus controversias ó sus instrucciones sin que antes, prosternado delante de la imagen de la Madre de Dios, hubiese dicho con toda devoción y fer-

vor esta bella oración, adoptada posteriormente por la Iglesia: «Dignaos, Virgen sagrada, obtenerme la gracia, de alabaros dignamente y de combatir y vencer á todos vuestros enemigos: *Dignare ne, laudare te, Virgo sacrata; da mihi virtutem contra hostes tuos.*» A este mismo Santo Patriarca, dice el referido escritor, deben los predicadores la loable práctica de saludar y orar á la Santísima Virgen en el exordio de sus discursos.»

Por medio de todas estas prácticas piadosas, igualmente que por la institución del santísimo Rosario, se proponía este incomparable Fundador renovar entre el pueblo y en los corazones de todos los fieles los más tiernos sentimientos de confianza, de amor y de respeto hacia la dignísima Madre de Jesucristo.

Mas su principal designio era ciertamente dejar en particular á sus hijos esta preciosa herencia, á fin de que destinados á predicar el Evangelio en todas las partes de la tierra, por donde quiera que llevasen la brillante antorcha de la fe é hiciesen adorar el augusto nombre de Jesucristo, diesen también á conocer la santidad, las grandezas y las excelentes virtudes de aquella Virgen singular, elegida entre todas las mujeres, para dar á la luz del mundo el glorioso Salvador de los mortales.



XXIV

Amor de Santo Domingo á la Iglesia de Jesucristo.

EL que ama verdaderamente á Jesucristo, ¿podrá no amar todo lo que este Dios hombre amó con todo su corazón y no tomar interés en todo lo que pertenece á este divino Reparador de la naturaleza humana? Si esta correspondencia es propia y peculiar de cualquier fiel cristiano, ¿con cuánta mayor razón debe siempre convenir esta sabia conducta á los varones apostólicos y debe exigirse de los que se consagran exclusivamente al bien de los fieles y á la utilidad de la Iglesia? Sin este tierno amor hacia la esposa del Salvador divino, ningún predicador del Evangelio y anunciador del reino de los cielos puede ser sino un ministro infiel, tanto menos digno de un empleo tan santo cuanto llega á desconocer sus más esenciales obligaciones.

Jamás ignoró Santo Domingo estas sublimes

verdades. Mas no pensemos que las había aprendido por medio del estudio ó á fuerza de las reflexiones de su espíritu. La gracia la había grabado bien temprano y muy profundamente en el centro de su corazón. Todas las acciones de su vida son otras tantas pruebas del celo que devora sus entrañas por el honor y los intereses de la Iglesia de Jesucristo. ¿Con qué valor no emprendió oportunamente su defensa? ¿Con qué fuerza, con qué energía no mostraba á los domésticos de la fe y á sus enemigos mismos la verdad de sus dogmas, la utilidad, la santidad y la equidad de sus leyes, la piedad de sus prácticas y la magnificencia sublime de sus augustas y respetables ceremonias?

Los albigenses atacaban denodadamente todo este sagrado cuerpo de doctrina. Ellos querían destruir la Iglesia misma de Jesucristo, y este perverso é infernal designio los impelía á no cesar de blasfemar de ella. Esta columna firme de la verdad, este baluarte indestructible, levantado por la mano del Todopoderoso y contra el cual una inmensa legión de tiranos cismáticos y herejes no han podido jamás ni podrán nunca prevalecer, ni conmoverlo los hombres malos ni los demonios mismos con sus vanos y despreciables esfuerzos: este muro de Dios era el que se lisonjaban impía é inútilmente los nuevos osados maniqueos del siglo XIII de batir y derrocar. Santo Domingo, apercebido de tal atrevimiento y tan intrépido cual nuevo Jeremías, sin temer ni la multitud ni el

poder de estos hombres impíos y altaneros, se opone al momento como un muro de bronce á sus horribles atentados y á todos sus diabólicos designios.

Solo y sin ningún auxilio humano, y firme cual no temió en otro tiempo Elías desafiar á los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal, así este insigne Patriarca ora llamaba al terreno de la discusión á los doctores heresiarcas, ora entra con ellos en conferencias de la más profunda teología y los confunde victoriosamente triunfando siempre de ellos en sus discusiones y en sus controversias doctrinales. Si algunos se resistían á los resplandores de esta brillante antorcha de la fe y trataban de sustraerse á la fuerza de sus razonamientos para obstinarse malignamente en el error, el poder de sus milagros los cubría de vergüenza y los sacaba de los tenebrosos escondrijos á donde quería acogerse su perversísima mala fe.

El luminoso ejemplo de las virtudes de este celoso defensor de la Iglesia no servía menos para confirmar á los fieles en la profesión de la Religión católica que para humillar á los apóstatas. Si el venerable Fray Luis de Granada ha asegurado en sus sabios escritos que al recorrer la historia de los principios y de los progresos de la Iglesia cualquiera se convence de que ésta se ha extendido, enriquecido y multiplicado mucho más incomparablemente por medio de los ejemplos de los santos que por el influjo de los discursos de los hombres más elo-

cuentes, las razones en que lo funda son perfectamente sólidas y concluyentes. Mas sin entrar en el pormenor de sus pruebas, basta notar que Domingo, el apóstol del siglo XIII, empleó con abundante fruto y con el más feliz resultado uno y otro medio para la defensa de la Iglesia y el acrecentamiento de la fe. La Iglesia misma reconoce esta verdad en la oración, ó sea en la colecta que manda rezar á sus ministros para honrar la memoria de Santo Domingo.

Cuanto más conocía éste la excelencia, la belleza interior y toda la dignidad de esta casta esposa del cordero Divino, tanto más se affigia por lo que hacía sufrir el infierno á la Iglesia de Dios. El triste estado á que la veía reducida por la malicia de los herejes, así como por la corrupción de la mayor parte de sus hijos, le hacía affigirse y como consumirse de dolor. Sus plegarias por el remedio de las necesidades de la Iglesia eran continuas; sus gemidos profundos no cesaban, ni jamás callaban las pupilas de sus ojos, fecundo manantial de un torrente de amargas lágrimas. Sabía bien que, según el oráculo infalible del Salvador, son felices los que lloran en el desierto de este siglo, y estaba muy persuadido de que ninguno participa más principalmente de esta dicha oculta en el seno del alma que aquel que se affige por los males de la Iglesia.

Insensible Domingo á los ultrajes más horrosos, á las crueles persecuciones y á tantos

malos tratamientos como experimentaba de parte de los sectarios obstinados, sentía siempre con la mayor viveza las injurias que estos ingratos y desnaturalizados hijos hacían diariamente á su amable madre, deshonrando los unos su pureza por medio de sus desarregladas costumbres, turbando otros su paz con la tea de la discordia y separándose todos de su augusto y delicioso seno para asociarse á sus implacables y antiguos enemigos. Sin cesar de combatir con todas sus fuerzas los errores y la escandalosa apostasía de éstos, no se cansaba de mostrar á aquéllos el modo conveniente de probar su fe por medio de las buenas obras, y no omitía de dar á todos el hermoso ejemplo de la sumisión más perfecta á la autoridad de la Iglesia de Dios. Por una orden expresa del Vicario de Jesucristo, jefe visible de la Iglesia en la tierra, se había empeñado en esta espiritual guerra de religión; por avisos y continuos consejos de los Obispos y pastores del rebaño divino había fundado un religioso instituto, especialmente destinado á combatir la herejía, y que hacía profesión de trabajar en sus misiones y en sus tareas apostólicas, por la gloria de Dios y la defensa de la fe y de la verdad, bajo la dependencia de los Prelados de la grey del Señor.

Mientras que los ministros del error hacían todos los esfuerzos posibles por borrar la hermosura de la Iglesia y hacerla despreciable á sus hijos, Santo Domingo, este predicador ver-

daderamente santo, trabajaba más felizmente en vindicarla de sus ultrajes y en hacerla respetar en todas las provincias cristianas y en extenderla en los países más remotos de los infieles. Con esta mira concibió, resolvió y ejecutó para dicha del mundo el gran proyecto de dejar en pos de sí una semilla venturosa y fértil de predicadores del Evangelio, de doctores de la verdad celestial, de mártires de la fe y de vírgenes purísimas, que han trabajado por espacio de largos siglos y que continúan su gloriosa y apostólica labor, cada cual según su estado y sus talentos, y que llevarán sin interrupción sus espirituales y sublimes tareas á través de las generaciones venideras y hasta la consumación de los tiempos, para gloria de la Iglesia del Redentor. Unos han recorrido del uno al otro polo todos los puntos de ambos mundos, para llamar á las naciones enteras y á los pueblos más lejanos al alcázar de la Religión y hacerles entrar alumbrándolos con la antorcha luminosa de la fe en el seno de la Iglesia católica, y otros por medio de obras literarias, numerosas y elocuentes y eminentemente sabias, han puesto en toda la luz del mediodía la doctrina de la Iglesia y los sagrados dogmas de la fe.

Intrépidos y valientes como su padre y su jefe, han sostenido en disputas célebres y en memorables conferencias y luchas literarias contra los defensores de la herejía ó del cisma el esplendor brillante de la verdad católica y los bienes incomparables de la unidad y de la paz.

Llenos del doble espíritu de este nuevo Elías han mostrado á todas las clases de hombres la necesidad de vivir bajo la obediencia de la Iglesia y de morir en su comunión para tener parte en las eternas promesas que Jesucristo, su autor y fundador, tuvo la dignación de hacernos. Entre tan enardecida generación de héroes, ha habido quienes han sellado con su sangre la verdad predicada á los pueblos, y quienes la han glorificado por medio de una inocencia de vida purísima y con el buen olor de las más relevantes virtudes defendiéndola así contra las calumnias de sus furiosos enemigos.

El celo ardiente de este insigne defensor de la fe no se limitó aún á esta clase de heroísmo. Si su amor por la Iglesia le hacía elevar la voz contra los corruptores de su doctrina, el mismo amor le hizo buscar y hallar otros medios eficaces y fuertes para detener las manos sacrílegas que, apoderándose ávida y escandalosamente de sus bienes temporales, usurpaban sus sagrados derechos y la despojaban con tiranía de su justo patrimonio. La Orden militar que apareció en las provincias de Italia, y cuyos importantes servicios merecieron bien pronto y continuaron mereciendo los elogios de muchos Papas, debió su nacimiento al celo del inmortal Santo Domingo y á su amor á la libertad de la Iglesia. Esa magnífica institución llevó el nombre de Milicia de Jesucristo.



XXV

*Amor del prójimo.—Celo de Santo Domingo
por la salud de las almas.*

LA caridad para con el prójimo y el celo de la salud de las almas nacen como de un fecundísimo manantial del más ardiente amor de Dios.

Este celo y esta caridad, no obstante que deban hallarse en todo corazón cristiano, sin embargo deben resplandecer de un modo señalado y peculiar en los ministros del sagrado Evangelio. Es necesario que estos siervos escogidos del celestial Padre de familias, haciéndose todo para todos, á fin de conquistarlos á todos para Jesucristo, puedan expresarles con verdad los tiernos sentimientos de su amor, de la misma manera que el Apóstol San Pablo indicaba á los fieles de Tesalónica el ardor y la sinceridad del suyo: «En la abundancia de la afectuosa caridad que os profesamos, les decía, desearíamos daros, no solamente el

conocimiento del Evangelio de Dios, sino también nuestra propia vida; ¡tan grande es el amor que os tenemos!»

Un predicador del Evangelio y del reino de los cielos que no se halla dispuesto á abrazar los más grandes trabajos, á afrontar todos los peligros y á sufrir, si conviene, la misma muerte para procurar la salvación del prójimo, no tiene ni está adornado de todo lo que forma el carácter esencial de un hombre apostólico. Si el ardor de un celo puro no lo eleva hasta el grado de hacerse superior á los temores y á las debilidades de la naturaleza, ¿cómo podrá decir con el mismo Doctor de las naciones, «yo lo sufro todo por el amor de los escogidos, á fin de que ellos adquieran igualmente que nosotros la verdadera salud, que se halla en Jesucristo, y luego la gloria celestial?»

El celosísimo apóstol Santo Domingo podía justamente hablar de esta misma manera. Sus palabras nada habrían exagerado ni añadido cosa alguna á sus generosos sentimientos ó á sus admirables ejemplos. En sus mismas acciones fué donde se juntó toda la vivacidad de su celo, y en la realidad de sus obras es donde se deben leer los caracteres de su amor puro, siempre animado y perseverante. Con el mayor placer hubiera derramado hasta la última gota de su sangre para contribuir, por medio del sacrificio de su vida, á la conversión de un solo pecador, como asimismo á la reducción de los herejes al amable seno de la Iglesia, para ob-

tener á los justos la gracia de la perseverancia y cooperar á las misericordias del Señor en el servicio de sus hermanos. Sensible á cuanto pertenecía á sus prójimos, les ayudaba y socorría según todo su poder en las necesidades espirituales y corporales que les aquejaban. Hasta lo que era de su peculiar uso, y aun lo más necesario para su propia subsistencia, lo distribuía con manifiesta alegría á los indigentes constituídos en miseria y en abandono. Los enfermos, los pobres, los presos y toda clase de afligidos eran el objeto predilecto de sus primeras atenciones y de su ternura. Se ofreció ocasión de ponerse voluntariamente en cadenas y sufrir la más dura esclavitud por libertar de ella á un cristiano cautivo de los moros, ó para procurar á otro cristiano medios de vida sin depender para ello de los herejes; la más vergonzosa y cruel servidumbre pareció agradable á su generoso corazón, desde que la consideró útil al servicio de sus hermanos y aplicable al ejercicio de su acendrada caridad.

¿Quién de los mortales se sentía flaco sin que este varón justo y con toda verdad caritativo no sufriese con él? ¿Qué cristiano caía al tropezar con el escándalo sin que Santo Domingo no se sintiese al momento abrasado de celo? Cuanto más ardoroso era su fraternal amor, tanto más vivo era el dolor que le causaba la pérdida y la ruina de las almas. Se le vió y se le admiró pasando meses enteros sin tomar otro alimento más que un poco de pan, y sin reposar

algunos momentos de la noche sino sobre duras tablas ó sobre la tierra desnuda, y siempre cubierto de un rígido cilicio, sólo por el deseo de atraer y llamar á la viva fe del Evangelio á las personas que le daban alojamiento. El Todopoderoso oyó los profundos gemidos de su amante corazón y concedió á su fervorosa caridad la recompensa que le pedía.

La complacencia que al lograr su deseo inundó su ánimo fué extraordinaria y perfecta. El avariento más ávido de los bienes perecederos y falaces riquezas de la tierra, tuvo siempre menos ardor por adquirirlas que Santo Domingo manifestó afán por procurar á los hombres los tesoros de la eternidad; y la conversión de una sola alma consolaba más al siervo de Dios que el hallazgo del oro y de la plata pueda regocijar el corazón del indigente. Lo que Jacob decía á Labán para marcar bien su vigilancia en la guarda de los rebaños de su suegro, podía repetirlo sin exageración la viveza del celo de Santo Domingo, su solicitud, su amor compasivo hacia los pecadores y cuanto el deseo de ganarlos para Dios le hacía emprender ó sufrir: «el calor me abrasaba de día, y el hielo me arreciaba de noche, y hasta el sueño mismo huía de mis ojos».

En estas palabras nos hace notar el Angélico Doctor Santo Tomás todos los caracteres que deben señalar el celo de un ministro del Evangelio y su amor de caridad para con los hombres sus hermanos. Una paciencia á toda prue-

ba, y en tal grado perfecta, que ni los trabajos ni las más penosas fatigas sean capaces de arredrarle siempre que se trate de la salud espiritual del prójimo. Por este lado debe soportar con la mayor constancia las incomodidades del frío y del calor, menospreciar las dulzuras del reposo y no temer clase alguna de contradicción, á fin de llenar las funciones de su ministerio: *aestu urebar et gelu*. La insistencia en todas sus sagradas y divinas funciones debe ser continua, esforzándose en cumplirlas de día y de noche lo mismo con buen éxito, que sin fruto alguno, pasando la noche en oración y ocupando el día en la instrucción de los ignorantes: *nocte orando, die erudiendo*.

La solicitud y diligencia, que nada omite, debe ocupar su ánimo sin interrupción y consagrar el tiempo mismo que parece legítimamente destinado á reparar las fuerzas corporales, al cuidado afanoso de procurar la salvación y el bien espiritual de las almas: *fugiebat que somnus ab oculis meis*. Todo esto, concluye el Angélico Maestro, nos está marcado con toda claridad en estas bellas expresiones del sabio: «Corre por todos lados y en todas direcciones; afánate y date prisa; despierta á tu amigo; no quieras entregar tus ojos al sueño, ni permitas que tus pupilas se adormezcan.»

Sería ciertamente muy difícil caracterizar mejor que lo hacen estas elocuentes palabras el celo del padre de los Predicadores, ó representar de un modo más natural todo lo que la

caridad del prójimo le hizo emprender y ejecutar. La historia de la vida de este héroe es la prueba completa de la verdad del divino oráculo. El hambre, la sed, la desnudez, el rigor de las estaciones, la fatiga y el peligro de los viajes, las persecuciones, las injurias, las insolencias y animosidades de los herejes, la obstinación de los que se gloriaban de ser malos, la cobardía ó la inconstancia de los que desistían con demasiada facilidad del bien comenzado; este cúmulo monstruoso de contratiempos y adversidades jamás pudo llegar á cansar su paciencia; todo lo sufría Santo Domingo con constancia heroica, en la firme esperanza y deseo invencible de ganar alguna alma para Jesucristo. Todos los momentos del día y de la noche servían á sus designios, y aprovechaba todos los instantes de su existencia. Cuando no le era posible ejercitar su ministerio por medio de la predicación, se preparaba con el auxilio de la piadosa oración, ú ofrecía al Señor el sacrificio de la más dura penitencia, para obtener de su misericordia, á favor de aquellos á quienes quería convertir, la gracia de aprovecharse de las verdades que deseaba anunciarles. Nada fué capaz de hacerle interrumpir un trabajo que el celo más puro y acendrado le había hecho emprender, y la caridad más tierna é insinuante le obligaba imperiosamente á continuar.

De este modo se sostuvo sin cansarse hasta el glorioso término de su carrera. Antes de dar principio á tan penosas y evangélicas misiones

había preparado su corazón por medio de todas las prácticas piadosas que podían hacer fructificar su ministerio en su retiro de Osma. Cuando comenzó á no tener otro lugar de reposo más que la Iglesia, ni otro lecho que la piana del sagrado altar; nada pedía á Dios con más fervor, nada se esforzaba á obtener con mayor abundancia de lágrimas y continuación de profundos gemidos que una verdadera y perfecta caridad, acompañada de un celo vivo y ardiente, para trabajar con fruto en la salud del prójimo. Tal era, dice el Beato Jordán, el rasgo de semejanza con el Salvador del mundo, que más anhelaba poseer. Oraba para obtener la caridad. ¿Mas no era la caridad misma y la más perfecta lo que formaba sus oraciones? Lo que suplicaba, y hasta el modo de pedirlo, no podía serle inspirado sino por la secreta y eficaz operación de aquel Dios amante de sus criaturas, que da el celo á sus ministros y que derrama, por medio de su espíritu consolador, la verdadera caridad en el seno de nuestros corazones.





XXVI

Espíritu de oración.—Fidelidad de Santo Domingo en orar siempre.

CUANDO el Espíritu Santo nos encarga el orar sin interrupción, es más bien un precepto que nos impone, que no un consejo que nos da. La justicia de este precepto y toda su necesidad se hacen sentir bien desde el momento en que el hombre conoce su propia flaqueza y todas sus debilidades, el número y la malicia de sus implacables enemigos, la continua indigencia en que se halla constituido del socorro divino para poder vencerlos, y las acciones de gracias que en cada día y aun en cada momento le son debidas á aquel supremo Ser y benéfico Padre que nos hace triunfar de todos sus asaltos. Mas, bien considerado, ¿cuánto mayor es esta obligación de orar siempre en un predicador del Evangelio que en el resto de los cristianos? No porque sólo el ministro de la divina palabra sea el que

deba orar y gemir, implorar las misericordias del Señor y reconocer sus beneficios, puesto que todos los fieles están obligados á esto mismo, sino porque su ministerio le impone la necesidad de prestar su voz y su corazón al bien de todos aquellos á quienes anuncia la palabra de Dios. Su celo debe también suplir lo que falte de fervor á la generalidad de los fieles y de reconocimiento al común de los cristianos. Si el hombre apostólico siente como debe toda la extensión de las sagradas obligaciones que incumben á todos los hijos de Dios y de la Iglesia, es forzoso que se interese cuanto pueda para obtenerles los beneficios eficaces y necesarios para la perfecta conversión del corazón, para mantener una verdadera fidelidad á la gracia y para perseverar hasta el fin.

Tal era la máxima constante de Santo Domingo, lo que recomendaba expresa y frecuentemente á sus discípulos, y lo que les enseñaba con la elocuente y enérgica voz del ejemplo.

Entre todas las virtudes que quería hacer practicar á sus hijos, señalaba muy particularmente el espíritu de devoción, el ejercicio de la oración y el descanso espiritual de la contemplación.

«La palabra, el ejemplo, la oración, les decía, son los medios que siempre emplearemos con fruto; mas la oración debe ser el primero y principal de estos medios, puesto que por ella podemos seguramente atraer sobre nosotros y sobre nuestros oyentes lo que da virtud á la

palabra y eficacia al ejemplo. Los montes, según la expresión de un Profeta, son los que reciben la paz para el pueblo y los collados la justicia. Estas colinas y estas altas montañas nos representan á los pastores del rebaño de Dios, á los doctores de la Iglesia de Jesucristo y á todos los varones apostólicos, que después de haber recibido por el mérito de una oración fervorosa y pura la paz del Señor y la justicia propia del cristiano, reparten y defienden estos preciosos dones como una simiente de vida, que ellos hacen fructificar entre los pueblos y en el seno de las familias y las naciones, por medio del ministerio de la predicación y el ejemplo de sus virtudes.»

Santo Domingo, cual sabio maestro de la vida espiritual, se esforzaba en autorizar estos bellos preceptos con la sublime doctrina y divinos ejemplos del mismo Jesucristo nuestro Salvador. En efecto; después de haberse ocupado Jesús en predicar el Evangelio por todas las ciudades de Judea y en hacer los prodigios más asombrosos y los más gloriosos milagros, pasaba las noches enteras en oración para enseñar á los predicadores de su evangelio que no deben ni abandonar las santas ocupaciones de la vida activa para entregarse únicamente á las divinas especulaciones, ni tampoco mirar con negligencia jamás las delicias de la contemplación para ocuparse exclusivamente en las funciones exteriores de su sagrado ministerio. La prudente atención del insigne

fundador de la Orden de Predicadores estaba siempre fija en la reunión de la vida activa con la contemplativa.

No podía siempre predicar; mas oraba siempre. La presencia augusta de Dios había venido á serle tan familiar, que no hallaba ni clase de trabajo ni cuidado alguno capaz de distraer su espíritu de tan divina ocupación; al contrario, todas las criaturas del universo, y cuanto se ofrecía á sus sentidos ó á su imaginación, le servían para irse elevando á la consideración de este altísimo y divino objeto, por cuanto en todas las cosas visibles ó invisibles no consideraba sino el orden de la adorable providencia, de la infinita misericordia ó de la severa justicia de Dios.

Los principiantes en el camino de la perfección necesitan velar mucho sobre sí mismos y hacer violencia á sus poco mortificadas pasiones, para sostenerse por algún tiempo humillados bajo los ojos de la divina presencia, para conducirse con fidelidad delante del Señor y para no hablar sino á Dios ó de Dios. Hasta aquello mismo que suele regocijarlos ó afligirlos se les convierte con frecuencia en motivos de disipación, y también los objetos exteriores que hieren los sentidos les hacen perder casi siempre algunos quilates, algunos grados de aquella paz del alma, de aquel íntimo recogimiento que se habían procurado por medio de una oración humilde y fervorosa. Aun aquellos que han progresado ya en los caminos interio-

res y tienen ejercitado el espíritu y los sentidos, no dejan de sorprenderse á sí mismos en muy pequeñas faltas é infidelidades cometidas contra sus más santas resoluciones. Por estas reglas podemos juzgar en qué grado había recibido Santo Domingo el don de la oración: cuando le admiramos arrastrado por un poderosísimo atractivo hacia Dios y entregado con tanta perseverancia al ejercicio de tratar continuamente con El, ocupación propia de los santos y que hacía todo y el único consuelo de su alma.

El conocimiento sublime ó la experiencia que tenía de las infinitas misericordias del Señor excitaba su confianza; la confianza en Dios lo impelía á orar; la oración le servía para inflamar más su caridad, y la una y la otra eran ordinariamente el objeto de sus deseos eficaces. ¿No admira ver con cuánta facilidad obtenía todo lo que pedía á Dios en el augusto nombre y por los méritos de su hijo Jesucristo? Los demonios lanzados de los cuerpos, los enfermos curados repentinamente, los muertos restituidos del sepulcro á la vida, las públicas disensiones deshechas y calmadas, las más obstinadas voluntades cambiadas en un instante, ¿no eran prodigios obrados por este nuevo Moisés, por este familiar amigo de Dios, mediante su oración? Diríamos seguramente, al ver estas maravillas, que no le costaba hacer un milagro más que pedirlo, por cuanto su oración tenía todas las condiciones que agradan á Dios,

siempre deseoso de hacer la voluntad de los que oran como deben y como lo hacía el santo Patriarca.

Continuamente atento á mortificar los deseos de la naturaleza, á desconocerse y á olvidarse de sí mismo y á destruir cuanto nace del orgullo y todo lo que suele brotar de la raíz de la concupiscencia, Santo Domingo no pedía sino lo que conocía estar en el orden establecido por Dios, lo que podía contribuir á extender la gloria de su adorable nombre, lo que debía edificar á la Iglesia del Redentor y lo que servía á la salud eterna de los fieles. Oraba con la simplicidad de la fe; mas de esa fe viva, pintada por el Apóstol Santiago, que no duda ni vacila y que no busca otra paz que aquella que el Espíritu Santo obra en el centro del corazón humano. Oraba encendido en aquel amor de caridad que hace llamar con respeto á las puertas de la misericordia celestial, y que nos enseña á adorar los secretos inescrutables de la justicia de Dios en los sucesos del mundo, y á aguardar los momentos divinos, sin querer adelantarlos, mediante un inquieto ardor de deseos poco sumisos á la Providencia. Oraba abismado en los sinceros sentimientos de penitencia y de humildad, penetrado de su flaqueza y de su nada, persuadido de que no tenía méritos que pudiesen dar algún valor á sus plegarias y pidiendo constantemente para sí mismo la misericordia que imploraba á favor de los prójimos. Oraba con perseverancia, hallando su dicha y

alegría y todo su reposo en este feliz comercio de su alma con Dios; y si pedía cada vez nuevas gracias y beneficios, también procuraba dar cada día nuevas pruebas de su fidelidad en llenar todas las sagradas obligaciones de su estado y ministerio.

Así es que no debe sorprendernos la idea de que haya confesado el Santo Patriarca que cuanto pidió al Señor lo obtuvo. Las promesas infalibles de Jesucristo son bien claras: su doctrina y sus oráculos nos enseñan y muestran claramente que la oración con tales condiciones jamás es desechada.

Aquí debemos reconocer el verdadero origen de tantas conversiones hechas por el Santo y de que hablan todos los historiadores que han escrito la vida de este gran taumaturgo y celoso apóstol de Jesucristo. No es obra indudablemente sino de la gracia del Redentor el cambiar las voluntades de los hombres y convertir los corazones de los pecadores é impíos. La mudanza del perverso es siempre el efecto y el triunfo de la gracia divina, y á Dios sólo se debe toda la gloria de estos cambios tan extraordinarios; mas nadie negará que la oración atrae la gracia, que la Iglesia por esta causa no cesa de orar por todos sus hijos, y que de esta madre tierna y sabia maestra han aprendido los varones verdaderamente apostólicos á orar y gemir sin interrupción, ya para ablandar la justicia del Señor á favor de los miserables pecadores, ya para excitar en sí mismos

los sentimientos de piedad y de contrición que quieren inspirar en las almas de sus oyentes. No es fácil ordinariamente comunicar á los otros los dulces afectos de fervor y penitencia sin estar el mismo predicador vivamente movido de ellos, como la experiencia lo tiene bastante-mente acreditado de tal manera, que no necesita de otra prueba esta verdad. Ahora bien; ¿dónde se beben ó de dónde se sacan estos piadosos afectos, estos tiernos sentimientos de amor y de temor de Dios, este deseo de agradarle y de no desertar jamás de sus banderas? ¿No es acaso del dulce ejercicio de la oración y de la saludable práctica de la comunicación íntima con el Criador por el ejercicio constante del trato íntimo con Él?

Preguntémoslo á los Santos Profetas cómo se preparaban á anunciar á los hijos de Israel la ley y la voluntad del Señor, y se les oirá contestar que en el retiro de la oración. Inquiérase en qué ocupación se hallaban los Apóstoles de Jesucristo cuando recibieron al Espíritu Santo, sus dones, sus luces, su fuego abrasador y todo lo que debía hacer su ministerio útil y glorioso. ¿No los hallaremos orando y levantando sus manos puras hacia el trono de la misericordia celestial en el oráculo de Sión? ¿Dónde han encontrado los varones apostólicos, en toda la carrera de los siglos, el manantial puro de todos los socorros divinos; dónde lo hallan aún en nuestros días, sino en el trato espiritual con el cielo? Debería decirse del ministro evangélico

que no tiene espíritu de oración, lo que San Pablo quería que se pensase de él mismo, si no hubiese poseído la virtud de la caridad. Que un predicador del Evangelio que no se ejercita en la oración, aunque anuncie las más sublimes verdades y aun los más terribles y espantosos juicios divinos, aunque explique con toda la elocuencia de los oradores griegos y romanos los más ocultos misterios de Dios, aunque truene y amenace y despida rayos contra los pecadores, podrá espantarlos, sí, mas no los convertirá. Hará gran estruendo en los oídos del cuerpo; mas ¿cuál será el fruto de sus discursos y su mérito delante de Dios?

¿De dónde resulta sino, que algunos hombres célebres en el mundo, los cuales ponen toda su confianza en la grandeza de sus talentos y á quienes el vulgo prodiga muchas veces sus entusiastas alabanzas, hagan ordinariamente tan pocas conversiones? ¿De dónde viene que los Santos Misioneros y Padres de la Iglesia, estos hombres singulares y raros que Dios da á veces en la abundancia de su misericordia á su querido pueblo, estos predicadores privilegiados, que pueden con razón gloriarse con San Pablo de no saber sino á Jesucristo y éste crucificado, pronunciando delante de los pueblos, los más humildes y sencillos sermones, pláticas ú homilías, obran en sus oyentes tan grandes y tan prodigiosas mudanzas? Nosotros no ignoramos cosa alguna de todó lo que dicen; tal vez osaríamos lisonjearnos de decirlo mejor que

ellos, con más orden, con mayor finura y más pulida expresión; pero con toda la brillantez y adorno de nuestras palabras no haríamos lo que ellos hacen. Algunas veces hablamos con elocuencia verdadera; los hombres nos aplauden, mas nadie se convierte. Los Santos hablan, y todas sus palabras dan golpes seguros en el entendimiento, en el corazón y hasta en los íntimos senos del alma. Sus discursos son como las flechas de fuego en manos de un tirador robusto y vigoroso. Es que allí no es sino el ingenio del hombre quien habla al hombre; aquí es el espíritu de Dios, la gracia de Dios, atraída por la oración del santo ministro de Jesucristo sobre sí y sus oyentes, y que derramada sobre sus labios hace amar y gustar á los que le escuchan todas las verdades que anuncia.

Bien convencido de estas verdades, sobre las cuales hacía frecuentes pláticas á sus discípulos, Santo Domingo nunca quiso aprender sino en la oración el celestial secreto y resorte de persuadir el entendimiento y tocar el corazón. Sabio en la ley de Dios, adornado por Él del sublime don de la palabra, rico en talentos, jamás puso en ellos su confianza. Anunciaba á los pueblos fieles y á las numerosas turbas de obstinados herejes las verdades luminosas, de que el Señor le daba en sus íntimas comunicaciones la inteligencia con aquella noble simplicidad que siempre va acompañada de la unción divina. Él se sentía movido y movía los corazones. Y no siendo su predicación sino el fruto de

una fervorosa oración, la enmienda y conversión de sus oyentes era también el fruto ordinario de sus sermones. ¡Dichosos los pueblos á quienes fué dado poder oír predicar á los Santos; pero más felices los predicadores que saben imitarlos!





XXVII

Sincera humildad de Santo Domingo.—Pureza de su intención.

ENTRE todas las virtudes morales que adornan y hermocean el alma fiel, acaso no hay una más recomendada á todos los cristianos, en las Sagradas Escrituras, que la santa humildad, la cual ha sido siempre la más amada de los verdaderos discípulos del Redentor y la más necesaria á los predicadores de su Evangelio. Ministros escogidos de un Dios que se anonadó en la plenitud de los tiempos por medio de un misterio tan inefable como el de su Encarnación, y cuyas acciones, su vida y su muerte misma, nada predicán más elocuentemente que la humildad del corazón; no pueden nunca ejercer rectamente su sagrado ministerio, ni hacer entrar á los pueblos consigo mismos en el verdadero espíritu de la celestial ley de Jesucristo, sin ser ellos sólidamente humildes. Sin el

amor verdadero y la práctica constante de esta necesaria virtud, se exponen á cada paso á complacerse torpemente en sí mismos, á venir á ser los esclavos de la estimación de los hombres y á dejarse hinchar por las alabanzas del mundo ó abatir por sus menosprecios.

Desde este momento fatal, todos los trabajos de los ministros evangélicos, infructuosos para la salud de los prójimos, se cambiarían para ellos mismos en materia de juicio y en causa de su condenación.

¡Cuán grande fué, al contrario, la aplicación del glorioso apóstol de la divina palabra, Santo Domingo de Guzmán, á alejar de su corazón y de su espíritu todo sentimiento de orgullo, todo pensamiento de vanagloria, toda estimación de sí mismo! Si desde muy joven comenzó felizmente y en buena hora el estudio de la divina filosofía de la humildad evangélica, nunca posteriormente lo interrumpió en los diversos y complicados acontecimientos de su brillante carrera. Toda su vida fué un continuo trabajo en hacer crecer en su alma los sentimientos de la más profunda humildad por medio del conocimiento y seria consideración de su propia nada, de la contemplación de la soberana santidad de Dios y del temor de aquella suprema verdad, que juzgará nuestras mismas justicias. Estas sabias reflexiones, y las refulgentes luces de la gracia que grababan en el fondo de su bella alma y estampaban profundamente en el centro de su corazón tan justos sentimientos, le

enseñaron muy de mañana á despreciarse á sí mismo y á sufrir con paciencia los desprecios ajenos; y haciéndole en seguida avanzar de grado en grado por la senda difícil de la más perfecta humildad, lo condujeron al heroísmo de amar el menosprecio de los hombres, de desear la humillación y de buscar el propio vilipendio con igual ardor al que agita á los hombres soberbios y orgullosos y los impele á buscar en todo y por todas partes el aprecio, las alabanzas y los aplausos de las gentes.

Tal es la humildad, que oculta á los ojos de los Santos todo lo que tienen de grande y estimable, y la que, poniéndole continuamente delante de sus ojos los propios defectos, les hace mirar los dones de Dios, en sus personas, como efectos de una pura y gratuita misericordia, á fin de que, dando al Señor toda la gloria siempre y en todo lugar, no tomen para sí mismos sino la confusión, ni se atribuyan otra cosa más que la flaqueza, la ignorancia y el pecado, que todos hemos heredado de Adán. Así que mientras más se dejan penetrar del respeto y reverencia hacia la grandeza infinita y la formidable majestad de Dios, más se abaten y humillan en su augusta presencia, y buscan el vilipendio y el desprecio delante de los hombres. El verdadero humilde siempre se tiene por el más culpable de todos los pecadores, por cuanto no se atreve á compararse con ninguno; y porque habiendo recibido tantas gracias del cielo, mira sus más ligeras faltas como ingrati-

tudes á la bondad de un Dios tan generoso con ellos.

¿Podríamos nosotros, sin la más detestable injusticia, atribuir otros pensamientos al humilde Santo Domingo, de quien dice la historia que jamás entraba en pueblo alguno sin que antes, prosternado delante de Dios, no hubiese pedido con lágrimas que la entrada de tan gran pecador no atrajese los azotes de su divina justicia sobre las cabezas de todo un pueblo? ¿Con tales sentimientos querría este siervo humilde del Señor desear y mucho menos aceptar plazas de honor ó cargos de distinción? Si se le vió y admiró siempre constante en rehusar las eminentes dignidades de la Iglesia, igualmente que había despreciado las del siglo, la causa era porque conocía que estos cargos ordinariamente inspiran y alimentan el orgullo, y por cuanto estaba convencido de que su indignidad debía alejarle de los puestos elevados. Creía que no se podía pensar en levantarlo á la sublimidad del candelero sino porque no se le conocía.

De aquí era que, obligado á gobernar á sus hermanos y á ocupar, á pesar suyo y contra toda su repugnancia, el primer puesto de su Orden, nunca se le pudo aquietar algún tanto sino haciéndole ver palpablemente que en su calidad de fundador no le era posible descender de aquella altura, y que en aquel mismo alto destino tenía en su poder el medio de hacerse el siervo de todos. Jamás se le oyó hablar

ni de la nobleza de su origen, ni de su distinguido nacimiento, ni de los resultados felices de sus trabajos y empresas importantes, ni de cosa alguna que pudiese ceder en su honra. Los intereses de su instituto, y la perfecta obediencia que profesaba en todas las cosas al Vicario de Jesucristo, lo pusieron frecuentemente en la precisa necesidad de hablar en presencia del Papa y de los Cardenales de lo que ocurría en el curso de sus misiones ó en la fundación de muchos conventos; mas su asombrosa modestia y la perfecta humildad de su corazón, aparecían entonces con brillo extraordinario en la sabiduría y prudencia de sus palabras. Santo Domingo alababa la caridad de los obispos, el celo de los magistrados y la piedad de los pueblos, que habían favorecido las fundaciones de las casas de su Orden; y nada olvidaba sino la parte que á él había tocado en lo que era propiamente obra de su caridad, de su celo y piedad.

En el uso que hacía de las gracias, que llaman los teólogos *gratis datas*, ó sean dones sobrenaturales, que había recibido con abundancia del cielo para utilidad de la Iglesia militante, no estaba menos atento á desviar generosamente cuanto pudiese de muy lejos ceder en su propia gloria. El ejercicio de la caridad, el alivio de los pobres, el consuelo de los enfermos y affigidos, la humillación de los que se resistían obstinadamente á las luces de la verdad, el honor del sagrado ministerio sacerdo-

tal, el decoro de las santas funciones de la divina palabra y siempre y en todo la mayor gloria de Dios: he aquí los objetos que se proponía en los milagros y señales prodigiosas que excitan siempre la admiración de los mortales. Bien distante de querer merecer las alabanzas de los hombres ó de tener una leve complacencia morosa sobre sí mismo, nada temía más ni de nada huía siempre con más ahinco que de ser alabado. No tuvo dificultad en declarar abiertamente al Soberano Pontífice que se vería en la dura necesidad de desterrarse voluntariamente de la ciudad de Roma y retirarse á una soledad donde fuese desconocido, si Su Santidad no abandonaba el designio en que estaba de hacer publicar un milagro que la bondad del Todopoderoso acababa de obrar por su ministerio. Sus hijos llegaron á persuadirse tan completamente de que nada le afligía tanto como el que se hablase, de cualquier modo que fuese, de las maravillas y prodigios de que ellos mismos eran testigos oculares, que se impusieron á sí mismos, por no disgustar á su amable y digno padre, una ley rigurosa de guardar constantemente sobre este punto un sabio é inviolable silencio.

Nadie puede dudar de que su ejemplo, aún más que sus instrucciones elocuentes y patéticas, contribuía á enseñar á sus discípulos la práctica de la humildad cristiana, la fuga de la estimación de los hombres y la continua y cuidadosa vigilancia sobre la guarda de su co-

razón, á fin de que su intención fuese siempre pura y recta y verdaderamente digna de la santidad de nuestra católica religión. Tal era la máxima que les proponía como el primer fundamento de la caridad cristiana. Gustaba de que sus hijos se hallasen siempre prontos á ejercer indiferentemente el celestial ministerio, y tan dispuestos á ejercitarlo con los pobres y miserables mortales como con los ricos del mundo y sabios del siglo. El alma de un esclavo no es menos la imagen del Criador que la del monarca y soberano. Una y otra han sido igualmente rescatadas con la preciosa sangre del Redentor divino; y si la salud eterna de estos dos hombres no es igualmente cara y deseable al ministro de la divina palabra, debe éste temer mucho que la rectitud de sus intenciones no correspondan constantemente á la santidad de su ministerio. Por grande y extraordinario que pueda ser su trabajo, por animado y encendido que aparezca su celo, debe desconfiar mucho de sí mismo. El corazón del hombre no es siempre bien conocido del hombre mismo. Piensa algunas veces amar en una obra lo que realmente y con efecto no ama, y cree no buscar en lo que le agrada y lisongea lo que en la realidad busca y apetece hallar.

Si no está vivamente penetrado del temor santo del Señor ni todo lleno de su puro amor; si no examina con una sabia y prudente circunspección el fondo y todos los senos de su corazón, y si no registra discretamente uno por

uno los escondrijos más ocultos de su alma, se expone miserablemente á hacerse ilusión á sí mismo; y mientras que trabaja con anhelo y se fatiga para sacar á los prójimos de la servidumbre del pecado y de la vergonzosa esclavitud del vicio, se sujetará y esclavizará á sí mismo por un secreto ardid de propia complacencia ó de su amor propio. El deseo vano de adquirir una alta reputación de gran espíritu y de sublime talento, de grande elocuencia y sólida doctrina, será más fuerte, aunque tal vez menos apercibido, que el santo deseo de hacerse útil al prójimo, y en vez de decir con aquel justísimo Patriarca Job, que exclamaba temblando: «Si yo soy sencillo y justo, lo ignora absolutamente mi alma, y es para mí la cosa más oculta», no tendrá tal vez un ministro de Dios engañado por sí mismo ni esta justicia ni esta simplicidad, sin dejar por eso de gloriarse de la una y de la otra.

Si los simples cristianos que temen al Señor y que velan hasta cierto punto sobre sí mismos, deben no obstante recelar siempre el no tener aquella pureza de intención tan necesaria para llenar dignamente los árdulos deberes de la religión cristiana, ¿qué deberá pensarse y decirse de aquellas personas escogidas que en un ejercicio todo divino, cual es la vocación y conversión de las almas, no tuviesen en su ánimo ni fomentasen en su espíritu sino miras enteramente humanas y que no juzgasen que un auditorio sólo es digno de su celo cuando es

noble, numeroso y brillante? Si tales ministros llegasen á convertir las almas, debería tenerse por un extraordinario milagro. ¡Mas qué mayor prodigio que el que predicando de esta manera á los demás no trabajen ellos mismos por poner en peligro su propia salvación! Que el ejemplo de Santo Domingo sea nuestro modelo y nuestra instrucción práctica. Aprendamos de este apostólico predicador del mundo en qué espíritu, con qué motivo y por qué fin conviene anunciar á los pueblos de la tierra las verdades eternas, por las cuales serán residenciados y juzgados indistintamente el pueblo y el predicador y sus acciones é intenciones. Si este hombre de Dios ha predicado con frecuencia delante de los grandes del siglo y en presencia de los Papas y Cardenales ha sido por obediencia; mas cuando en la obscuridad de los calabozos de las cárceles ó de los hospitales él iba á buscar á los pobres, á los ignorantes y aquellos que son reputados por las heces de la naturaleza humana y por los desechos del mundo para darles sus instrucciones ó inspirarles algún motivo de consuelo, esto lo hacía con preferencia y por propia elección.

Después de haber llenado con fruto su carrera y su misión apostólica en la Iglesia de San Pedro de Roma, no manifestaba menos ardor en recorrer las campiñas, las aldeas, las chozas miserables para partir el saludable pan de la palabra de Dios á los simples y á los pequeños. Porque su humildad era sincera y

sus intenciones siempre puras; amaba mucho, no el oír las aclamaciones de los pueblos, sino los gritos y los lamentos de la penitencia y el ruido sordo de las amargas lágrimas que veía correr por las mejillas de sus oyentes. No buscaba ni quería atraerse la estimación de los mortales, sino inspirarles sentimientos de dolor de las divinas ofensas y de una sincera conversión.

Tal era el servidor fiel y prudente que el Señor se había elegido para establecerlo al frente de su nueva familia. Entre sus manos todo aprovechaba, por cuanto no mezclaba nada de lo suyo con lo que había recibido de lo alto. Anunciaba la palabra de vida con intenciones siempre rectas; hasta los mismos fieles, instruidos y edificados, rendían sinceras acciones de gracias al Autor de todos los bienes, y el humilde predicador recogía tanto más abundantes frutos cuanto él no se apoyaba jamás sobre sí mismo y que nada se atribuía, sino que todo lo refería á Dios.





XXVIII

Dulzura de Santo Domingo: cuán grande fué su paciencia en los trabajos del apostolado.

LA humildad perfecta y la dulzura de corazón que nace de la caridad cristiana marchan siempre á la par en el corazón de los Santos. Jesucristo, este sapientísimo maestro de la vida espiritual y doctor de todos los mortales, nunca separó en sus divinas enseñanzas estas dos virtudes. Enseñó la práctica de ambas juntas á todos sus discípulos y al mismo tiempo les dió ejemplo de las dos. A su imitación quería y siempre quiere que seamos todos los cristianos dulces y humildes de corazón, y llama bienaventurados á los que poseen esta preciosa mansedumbre y dulzura, igualmente que á los que son verdaderamente pobres de espíritu.

Mas esta santa dulzura y mansedumbre de carácter, á la cual está prometida la bienaventuranza, debe existir en nosotros como existió

en el divino Salvador: en el corazón, en el rostro y en las palabras; y siendo fieles á las máximas del sabio, debe también aparecer y acompañar á todas nuestras acciones. *Hijo mío*, dice Jesús, hijo de Sirach: *cumple tus obras con dulzura y mansedumbre y te atraerás el amor y la estimación de los hombres.*

No se puede leer la historia de Santo Domingo sin convencerse de que este héroe de la celestial caridad ha poseído en un grado sublime la virtud de la mansedumbre y dulzura, á la cual todo el mundo llama *virtud amable*, y que, según la doctrina del Doctor Angélico, tiene de propio y característico hacer al hombre dueño de sí mismo y capaz de las divinas comunicaciones. Todo el ardor del celo de que estaba abrasado este insigne predicador, y la justa indignación que causaban en su alma las prevaricaciones de los hombres impíos y los pecados de los pueblos, jamás pudieron hacer que disminuyera un solo ápice su dulzura hacia los desgraciados y culpables. Esta amable virtud brillaba en todas sus correcciones, aun las más severas; en sus discursos, aun los más vehementes, y en toda su conducta. Por ningún accidente que ocurriese y de cualquier modo que se le tratase, jamás se le vió ni airado ni turbado.

Sensible en grado eminente á cuanto pudiese ofender la infinita majestad de Dios ó contristar al prójimo, la paciencia, la suavidad y dulzura parecían hacerlo insensible á todos

los ultrajes que tuviesen por objeto su persona. Siempre dispuesto á soportar en los hijos de los hombres lo que su celo no podía corregir, buscaba con afán en los tesoros de la divina misericordia el remedio á todos los males que su eficacia quería sanar; lo pedía con fe, lo aguardaba con confianza, y no se dejaba jamás agriar ni por la ingratitud de los mortales, ni por las afrentas que recibía de los sectarios del error, ni por las injurias que le hacían aquellos á quienes quería sacar de sus funestos extravíos.

«Hay, decía el gran Santo Domingo, enfermos que suelen irritarse contra el médico; mas la caridad del doctor y su paciencia no le permiten irritarse asimismo contra los pobres enfermos. Cuanto mayores son sus males, tanto más debe aplicarse á curarlos, sin prestar atención alguna ni á las injustas quejas, ni á los ataques de cólera de los que gimen en las dolencias y trabajos ó se hallan puestos en peligro de la vida. Los mayores pecadores son los más graves enfermos, y se ven muchos más desgraciados, cuya enfermedad parece al primer aspecto incurable, por su misma inflexible obstinación en desechar los remedios.

He aquí la más preciosa ocasión en que debe resplandecer la caridad cristiana y el ejercicio de la paciencia peculiar y digna de nuestro elevado ministerio. No tratemos sino de oponer la dulzura á la cólera, la paciencia á los insultos. Si perdemos la calma y la dul-

zura, dejaríamos cobardemente perecer á aquellos á quienes estamos encargados de instruir y corregir, y Dios mismo nos haría responsables de su sangre, de su perdición y de su ruina. Si, al contrario, nosotros sostenemos con paciente dulzura á los afligidos é infelices dolientes, sin cansarnos jamás de volverles bien por mal, acaso tendremos el incomparable consuelo de ganarlos para Jesucristo, porque, en fin, no hay dureza de corazón que se sostenga largo tiempo contra las dulces sollicitaciones de una caridad paciente y perseverante. ¿Qué sabemos si es exclusivamente á la caridad y á la paciencia de su ministro á las que Dios quiere conceder la conversión del pecador? Los Apóstoles mismos, ¿no fueron enviados á las naciones bárbaras y gentiles como ovejas en medio de los lobos? ¿Y qué vimos sino cambiarse y mudarse los lobos en ovejas mansas, por medio de la dulzura apostólica? Además, si no hay empresa que el cristiano no deba acometer por lograr su eterna salvación, ¿deberá un ministro del Evangelio temer el excederse en paciencia y en dulzura, cuando se trata de romper las cadenas del pecador, de librar un alma de los lazos de la culpa y sacarla del peligro inminente de su eterna condenación?»

Tales eran las sublimes y patéticas reflexiones de que se servía este singular legado de Dios para acostumbrar á sus hijos á sufrir y llevar con paciencia todo lo que los trabajos del apostolado tiene de más penoso; reflexiones tan-

to más poderosas y eficaces en los labios de insigne Patriarca, cuanto que se veía claramente la práctica de ellas en toda la serie de su vida y de su conducta. Animado del mismo superior espíritu que había hecho admirable al Doctor de las gentes, San Pablo, se manifestó sin debilidad, siempre dulce y paciente en las persecuciones, intrépido y esforzado en los peligros, alegre y tranquilo en los trabajos, igualmente aplicado á todos los deberes, entre las bendiciones que le prodigaban los fieles y las maldiciones de que le cargaban los impíos ó los enemigos de la Iglesia.

Las palabras augustas de nuestro divino Salvador hacían todo su consuelo; y el ejemplo heroico de este Dios Hombre era la regla de toda su conducta. Santo Domingo podía decir de sí mismo con tanta verdad como el Apóstol: «Obrando en todo como verdaderos ministros de Dios vivo, procuramos hacernos recomendables por medio de una gran paciencia en todos los males, en las necesidades presentes y en las extremas aflicciones; en las llagas, en las prisiones, en las sediciones, en los trabajos, en las vigiliass, en los ayunos, por medio de la pureza de las costumbres, de la ciencia y de una constante dulzura, de los frutos del Espíritu Santo y de una caridad sincera: usando de la palabra de Dios, del mismo poder del Señor y de las armas espirituales de la justicia, para combatir á diestro y á siniestro con buena reputación y con mala fama.»

En efecto; entre todas las virtudes que deben adornar el espíritu de un predicador apostólico, enumera desde luego y con justa razón San Pablo la paciencia verdadera. Esta perfecta virtud sería sin duda de una gran necesidad, aun cuando no se tratase sino de trabajar en disipar las tinieblas de la ignorancia en personas que casi no conocen la religión, ó de moderar y templar el fuego de las pasiones en los hombres carnales, acostumbrados á entregarse sin reserva á todos los desarreglos de su corazón. Mas cuando se trata nada menos que de combatir todas las prevenciones de los herejes y los arraigados prejuicios de los sectarios y de los ministros todos del error, entonces no puede faltar en el varón apostólico una paciencia á prueba y eminentemente heroica, y si el orgullo y la obstinación constituyen el carácter de los incrédulos, así como también son ordinarios en ellos la volubilidad y los caprichos, del mismo modo, por la razón inversa, la dulzura, la suavidad, la paciencia y la caridad del ministro del Redentor deben no tener límites para sufrir sin mudanzas ni cansancio. En circunstancias críticas conviene en gran manera que el ministro de la divina palabra, abismado en una humilde sumisión de su mente y de su amor propio, sepa aguardar el feliz momento marcado por la mano del Altísimo para cumplir lo que es por excelencia obra de su diestra, y que no obstante, tome el predicador para sí el trabajo, los oprobios y las persecuciones.

El Apóstol del siglo XIII se gloriaba de haber cargado sobre sí lo más penoso del sagrado ministerio. Bien lejos de abandonar las funciones de su elevado cargo, cuando para ejercerlas tenía que sufrir grandes males y que temer mayores peligros todavía, precisamente en estas ocasiones era cuando acostumbraba á mostrarse más aguerrido contra todos los esfuerzos del infierno y esperaba con nueva confianza el socorro del cielo. La historia ha tenido cuidado de anotar en sus páginas más de una vez que aquellos pueblos en que estaba más expuesto á las burlas é irrisión de los malos, á los insultos y al furor mismo de los herejes, eran ordinariamente los que elegía con preferencia este intrépido Elías y pacientísimo Job para predicar con fortaleza y vigor las verdades de la fe y para combatir sin miramientos ni respetos humanos todos los errores y todos los escándalos.

No porque gustase de dar á aquellos hombres criminales nueva ocasión de hacerse cada vez más delincuentes, sino que el celo que lo estimulaba á desear su conversión parecía ser más vivo, porque las necesidades de aquellos pobres pecadores eran más grandes y porque no miraba lo que se le hacía padecer como motivo justo de abandonarlos. Su paciencia invencible y su acendrada caridad tuvieron frecuentemente el feliz resultado que se proponía; y su trabajo no era menos agradable á los ojos de la Divina Majestad cuando el endurecimiento de los hombres se lo hacía inútil.

Así lo había anunciado San Pablo. «La aflicción, dice este Apóstol, produce la paciencia: la paciencia hace la prueba: la prueba engendra la esperanza; y esta esperanza nunca sale fallida.»

Esta verdad, profundamente grabada en el corazón del santo Patriarca, constituía toda su fortaleza y el apoyo firme de su intrepidez y valor. La misma debe constituir nuestro consuelo en el ejercicio del mismo ministerio. Si para nosotros es un objeto de admiración el modo como Santo Domingo lo llenó en esta parte, no echemos en olvido que á nosotros directamente se encaminan estas expresiones del Apóstol Santiago: «Sed vosotros pacientes y sufridos y afirmad vuestros corazones, porque la venida del Señor está próxima. Tomad por ejemplar de paciencia en las aficciones á los Profetas que hablaron á los hombres en nombre del Señor. Advertid que les llamamos felices y bienaventurados por lo mucho que padecieron.»





XXIX

Espíritu de penitencia, deseo de martirio; uno y otro han resplandecido clarísimamente en Santo Domingo.

El espíritu de penitencia es propiamente el espíritu de la Religión cristiana. No hay clase alguna de cristianos que no deba ejercitarla, pues ella es necesaria á los pecadores y á los justos: á aquéllos para expiar sus pecados, y á éstos para perseverar en la justicia, para vivir siempre en la inocencia y para crecer en la gracia y en la caridad. Este espíritu de penitencia, que debe animar á todos los cristianos, brilla todavía más en los Santos. No satisfechos con recibir sumisamente y llevar con paciencia cuanto hace sufrir la miserable naturaleza por sí misma, desean además con gran ardor y buscan con un santo anhelo todo cuanto pueda mortificar la carne, los sentidos y las pasiones, porque todo su afán está cifrado en hallar en el seno

de la cruz y en el amor de los trabajos la más perfecta y marcada semejanza con Jesucristo, su jefe y su modelo.

El ilustre penitente Santo Domingo es una prueba de esta verdad. Para conservar ileso hasta la muerte la inocencia que había recibido en el bautismo, se manifestó siempre celoso en sumo grado de abrazar todos los trabajos de la penitencia cristiana, y podemos, sin duda, asegurar que si vivió siempre inocente delante de Dios y de los hombres, fué porque nunca cesó de ser un verdadero penitente. La gracia triunfante y copiosa del Salvador había grabado en la forma de su ser y en lo más recóndito de su corazón los sagrados sentimientos que expresara San Pablo cuando, escribiendo á los Gálatas, decía: «No quiera Dios que yo me glorié en otra cosa que en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por cuyo poderoso influjo y dulce atractivo el mundo, con todo el aparato de sus placeres, honores y riquezas, está muerto y crucificado para mí, y yo estoy muerto y crucificado para el mundo.»

En efecto, todo cuanto pertenece al mundo, cuanto resplandece y brilla en el siglo, cuanto encanta y embelesa los ojos de la carne, estaba muerto en el corazón de Santo Domingo, porque ninguno de estos objetos podía unirle á su Criador y Redentor, á quien única y exclusivamente amaba; y se gloriaba en la cruz de Jesucristo, porque conocía que solamente el amor verdadero y sincero de la cruz podía for-

mar la suspirada unión entre el maestro y el discípulo.

Destinado sobre la tierra y en los días de los más criminales pecadores á predicar la penitencia á los pueblos y hacer entrar á los mortales por medio de saludables rigores en las sendas rectas de la justicia, comenzó á un mismo tiempo á vivir y mortificar su carne. El espíritu de Dios, que forma á los justos, que hace á los santos y perfecciona los hombres apostólicos, previno con grandes avenidas de gracia celestial en este niño extraordinario las reflexiones de que su tierna edad no parecía capaz para determinarle á abrazar la cruz del Redentor y hacerle practicar lo que en él vió y admiró casi desde la cuna, y que después fué el ordinario ejercicio de toda su vida. Perfeccionándose siempre en su bella alma este espíritu de penitencia, al paso que iba progresando en el conocimiento del mérito de los trabajos, nada le parecía más digno de un discípulo de la cruz que marchar en pos del Redentor por medio de la renuncia y constante abnegación de sí mismo y desprecio de cuanto puede lisonjear los deseos de la carne. Si hubiésemos de elogiar cada una de las asperezas y austeridades de este segundo Pablo y nuevo Hilarión, sería necesario pintar aquí con nuevos colores la historia de su vida. Bastará decir que la mortificación de sus sentidos, la aflicción de su carne, la sujeción de sus pasiones, la esclavitud y pena voluntaria de sus miembros fué tan universal

como perseverante. Se mortificó siempre y en todos los momentos, y se crucificó en todas las cosas. Castigó con dureza y con una santa crueldad su cuerpo; no fué menos severa la ley que imponía á todos sus sentidos y á todas sus pasiones, y excedía á todo esto su atención en mortificar su corazón y su voluntad. Tan firme é invencible como era para no ceder en cosa alguna en que se interesase la gloria de Dios ó el honor de la Iglesia no doblegándose jamás ni á los respetos humanos, ni á las sollicitaciones de los grandes, en cambio, tan dispuesto se le vió siempre á someterse á todos desde el momento en que no se trataba sino de sacrificar su propia voluntad ó de renunciar á su propio juicio.

Y si no hubiera estado animado de un grande espíritu de penitencia, ¿cómo hubiera podido perseverar toda la vida en un combate continuo contra sí mismo y contra todos los deseos naturales? Si no hubiera hallado el secreto misterioso de hacer de los sufrimientos las delicias de su alma, ¿cómo hubiera podido llevar hasta el fin sin cansarse su cruz, tan dura como era? Ciertamente no se puede hacer por largo tiempo, ni jamás con facilidad, lo que no se ama de corazón. Mas ¿de qué modo y por qué camino se puede llegar á amar lo que nos hace padecer, si aquel augusto y sabio maestro que nos manda tomar cada día nuestra cruz y cargar con ella en pos de su adorable persona no se dejara encontrar por nosotros entre los brazos de la cruz?

Así que, según la sublime expresión de San Agustín, «Dios está en el corazón de todos aquellos que le confiesan sus miserias y que después de un extravío fatigoso vienen finalmente á arrojar-se entre los brazos de su Señor y á llorar sobre su seno».

Y si tal es la presencia de Dios para los que han tenido la desgracia de extraviarse, ¿cuánto más sensible y dulce será dicha presencia para el alma de los justos que, sin haberse desviado jamás del camino de la virtud y santidad, marchan no obstante con paso siempre igual por las sendas de la penitencia, y no viven en manera alguna sino de sacrificios voluntarios?

Si la penitencia es un guía que nos conduce á Dios, Dios mismo, siempre presente en el corazón de los que son suyos, no puede menos de dulcificarles admirablemente las más duras penitencias y fortificarlos con extraordinarias gracias para que puedan beber el cáliz amargo del martirio. A proporción que nuestro Santo se ejercitaba en las penosas prácticas de la mortificación, sentía crecer en el fondo de su alma el deseo de derramar su sangre por el adorable nombre de Jesucristo. Muchas veces los herejes del Languedoc llegaron á amenazarle con hacerle perecer por medio del hierro ó del fuego si continuaba combatiendo sus dogmas y persiguiendo su secta. Mas Santo Domingo, preparado al martirio por medio de la más austera penitencia, redoblaba entonces su predicación

y sus instrucciones, anunciaba con nuevo ardor las verdades de la fe, atacaba con más fuerza la herejía y sus ministros, y se contentaba con responder generosa y firmemente á los que querían manchar sus sacrílegas manos en su inocente sangre: «Yo no soy digno de una muerte tan gloriosa; mucho tiempo hace que la deseo; heme aquí siempre pronto y dispuesto á recibirla, mas todavía, seguramente, no la he merecido.»

Si el martirio, como enseña el Doctor Angélico, es la prueba más ilustre de una fe viva, de una perfecta caridad, de la cristiana fortaleza y de una paciencia invencible y heroica, nuestro fortísimo atleta, deseando con tanto ardor el martirio y teniéndose, no obstante, por indigno de tan singular gracia, añadía á todas estas virtudes una prueba irrefragable de su humildad. Tal es la primera reflexión que sus palabras y toda su conducta nos obliga á hacer.

Los ministros del Evangelio hallan en este varón singular su completo modelo, y si todos no se sienten animados de igual deseo del martirio, todos, por lo menos, deben estar siempre con la preparación interior del ánimo, para dar la vida por Jesucristo, cuando fuese necesario, para la gloria de su augusto nombre y para los intereses de la Religión católica, de la cual son defensores natos desde que llegan á ser sus ministros.

Añadamos, por último, que aunque la gracia del martirio no suela concederse á todos los

Santos, no hay justo alguno, ni lo hubo jamás, en quien no haya resplandecido el espíritu de penitencia con más ó menos brillo. El divino Salvador, modelo de todos los santos y de todos los hombres perfectos, al recibir de mano de su Precursor el bautismo en las márgenes del Jordán, enarboló solemnemente el estandarte de la penitencia, mostrándolo como el verdadero camino del cielo, y declarando expresamente que ninguno puede llegar al reino de los cielos sino por la senda de la penitencia. Los que están encargados por su oficio de anunciar á los mortales el sagrado Evangelio, son también los que deben hacer conocer á los fieles la necesidad de esta virtud, y siempre ha de ser más bien por medio de los ejemplos, que por los más elocuentes discursos, como acertarán á persuadir á los hijos de los hombres que la Ley del Señor nada prescribe que no sea posible, saludable, justo y necesario.





XXX

*Enfermedad y muerte de Santo Domingo
de Guzmán.*

PODRÁ considerarse terminada la obra del insigne Patriarca con la fundación de la Orden Tercera, restándole sólo dar el último adiós al mundo, y ese adiós no tardó en darlo, pues ya su salud estaba quebrantadísima cuando en la Pascua de Pentecostés del año 1221 asistió al segundo Capítulo general de los Hermanos Predicadores.

Se habían realizado felizmente las misiones de Inglaterra y Hungría, con las que la Orden de Santo Domingo acabó de tomar posesión de Europa, y como si ésta fuera la señal de su partida de este mundo, no tardó en recibir un aviso del cielo anunciándole su próximo fin. Con esta persuasión salió en seguida para Venecia, para recomendar al Cardenal Ugolino algunos asuntos de la Orden y despedirse de él por última vez, y una tarde del mes

de Julio entró en el convento de San Nicolás, y aunque muy fatigado del viaje, tuvo una larga conferencia sobre asuntos de la Orden con Fray Ventura y Fray Rodulfo, prior el uno, y el otro procurador del convento. A eso de media noche, Fray Rodulfo, que tenía necesidad de descanso, instó á Domingo para que fuera á acostarse y no se levantase para los maitines, pero el Santo no quiso consentir en ello. Entró y estuvo orando en la iglesia hasta la hora del oficio nocturno, que celebró en seguida con los religiosos. Después del oficio dijo á Fray Ventura que se sentía con dolor de cabeza, y bien pronto se declaró un violento malestar, acompañado de calentura. A pesar de lo que sufría, el enfermo rehusó acostarse en la cama; á lo más, consiguieron que se tendiera, sin desnudarse, en un saco de lana. El progreso del mal no le arrancaba ninguna demostración de impaciencia, ninguna queja, ningún gemido: parecía tan alegre como de costumbre. Pero, como la enfermedad se agravaba por momentos, mandó reunir á los novicios, y con la dulzura de sus palabras, que animaba la sonrisa de su semblante, los consoló, exhortándolos á la virtud. En seguida llamó á doce de los más ancianos y de los más graves de entre los hermanos, y delante de ellos hizo en alta voz la confesión general de su vida á Fray Ventura. Cuando hubo terminado les dijo: «La misericordia de Dios me ha conservado hasta hoy una carne pura y una castidad sin mancha; si deseáis veros, fa-

vorecidos con la misma gracia, evitad todo comercio sospechoso. La custodia de esta virtud es la que hace al siervo de Dios agradable á Jesucristo, y la que le da gloria y crédito delante del pueblo. Persistid en servir al Señor en el fervor del espíritu; dedicaos á sostener y á extender esta Orden que aún está en su cuna; perseverad en la santidad, en la observancia regular, y creced en virtud.» Y para excitarlos más á velar sobre sí mismos añadió:

—Aunque la bondad divina me ha preservado hasta ahora de toda mancilla os confieso, no obstante, que no he podido evitar la imperfección de complacerme más en la conversación de las jóvenes que en la de las viejas.

Y luego, como turbado y arrepentido de su amable y santa ingenuidad, dijo á Fray Ventura en voz baja:

—Padre, creo que he pecado hablando públicamente á los hermanos de mi pureza; hubiera debido no hablar de ella.

Después, volviéndose á sus hijos espirituales, y ya en tono grave, añadió:

—He aquí, hermanos carísimos, la herencia que os dejo como á mis hijos; sed caritativos y poseed la pobreza voluntaria.

Trasladado á Santa María del Monte, en una altura inmediata á Bolonia, su enfermedad, rebelde á todos los remedios, no hizo más que empeorar. Creyéndose Domingo próximo á morir, llamó de nuevo á su lado á los religiosos: acudieron éstos en número de veinte con su Prior

Ventura, y se colocaron alrededor del enfermo, que estaba tendido en medio de ellos. Dirigióles Domingo una exhortación de la cual no se sabe otra cosa sino que nunca salieron palabras más tiernas de su corazón. Recibió el sacramento de la Extremaunción; y habiendo sabido por Fray Ventura que el religioso administrador de la iglesia de Santa María del Monte se proponía conservar y enterrar su cuerpo en ella, le dijo: «¡No quiera Dios que se me sepulse en otra parte que no sea bajo los pies de mis hermanos! Sacadme fuera, á esta viña, á fin de que muriendo en ella podáis sepultarme en nuestra iglesia.»

Llevaronlo, pues, los hermanos á Bolonia, temiendo á cada paso verle expirar en sus brazos. Como en el convento no tenía celda propia le llevaron á la de Fray Moneta. Se quería mudarle de vestidos, pero no tenía otros, y Moneta dió una de sus túnicas para cubrirle. Fray Rodulfo sostenía la cabeza del Santo, y enjugaba con un lienzo el sudor de su rostro; los demás hermanos asistían llorando á aquel espectáculo. Domingo, para consolarlos, les dijo: «No lloréis; más útil os será en el lugar á donde voy de lo que os lo puedo ser aquí.»

Uno de los hermanos le preguntó dónde quería que enterrasen su cuerpo, y él respondió: «Bajo los pies de mis hermanos.» Desde que habían llegado á Bolonia había transcurrido una hora; y viendo Domingo que los religiosos, turbados por su dolor, olvidaban la

recomendación del alma, hizo llamar á Fray Ventura y le dijo: «Preparaos.» Preparáronse ellos al punto, y se colocaron solemnemente alrededor del moribundo. Domingo les dijo: «Aguardad un poco.» Aprovechándose Ventura de aquel momento extremo, dijo al Santo: «Bien sabéis, Padre, en qué tristeza y desola-



ción nos dejáis; acordaos de nosotros en la presencia del Señor.» Levantando los ojos y las manos al cielo, Domingo pronunció esta oración: «Padre Santo, he cumplido vuestra voluntad, conservando y guardando á los que Vos me disteis; ahora os los recomiendo; conservadlos y guardadlos.» Un momento después dijo: «Empezad.» Empezaron, pues, la solemne recomendación del alma, y Domingo la hacía con ellos, á lo menos se le veía mover los labios; pero cuando llegaron á estas palabras:

Venid en su ayuda, Santos de Dios; venid por él, Angeles del Señor; tomad su alma y llevadla á la presencia del Altísimo, sus labios hicieron la postrera contracción, sus manos se levantaron al cielo, y Dios recibió su espíritu en 6 de Agosto de 1221, viernes, á la hora del mediodía.





XXXI

Traslaciones del cuerpo de Santo Domingo de Guzmán.—La canonización.

Los restos sagrados del santo Fundador de la Orden de Predicadores fueron depositados en la iglesia de San Nicolás y en ella permanecieron por espacio de doce años, hasta que el aumento de la comunidad hizo necesario el derribo de dicho templo para levantar otro más capaz, quedando el sepulcro de Santo Domingo al descubierto y expuesto á todas las inclemencias del tiempo. Esto conmovió á muchos de sus hermanos, que trataron sobre el modo de trasladar aquellas preciosas reliquias á una sepultura más decorosa, no creyendo poder hacerlo sin la autoridad del Pontífice Romano. «Los hijos tenían sin duda el derecho de sepultar á su Padre—dice el bienaventurado Jordán de Sajonia—; pero para cumplir este oficio de piedad, Dios quería que solicitasen el apoyo de

uno más poderoso que ellos, para que la traslación del glorioso Domingo tomase un carácter de canonización.»

Los hermanos prepararon, pues, un nuevo sepulcro más digno de su Padre, y enviaron al Soberano Pontífice para consultarle una diputación, compuesta de varios de ellos. El anciano Ugolino Conti ocupaba entonces el solio pontificio, bajo el nombre de Gregorio IX. Este recibió á los hermanos con mucha dureza, echándoles en cara el haber por tanto tiempo desatendido las honras debidas á su Patriarca. «Yo conocí, añadió, á este hombre verdaderamente apostólico, y no dudo que en el cielo está asociado á la gloria de los santos apóstoles.» Hasta hubiera deseado asistir en persona á su traslación; pero retenido por los deberes de su alta dignidad, escribió al Arzobispo de Ravena, que con sus sufragáneos pasase á Bolonia para asistir á la ceremonia.

Era el día de Pentecostés del año 1233. El Capítulo general de la Orden estaba reunido en Bolonia bajo la presidencia de Jordán de Sajonia, sucesor inmediato de Santo Domingo en el generalato. Estaban también presentes en la ciudad, obedeciendo las órdenes del Papa, el Arzobispo de Ravena, los Obispos de Bolonia, de Brescia, de Módena y de Tournay y más de trescientos frailes que habían acudido de todas partes.

Un temor les embargaba, según dice el bienaventurado Jordán de Sajonia, y era que el

cuerpo de Santo Domingo, depositado en una vil sepultura, expuesto largo tiempo á la lluvia y al calor, apareciese comido de gusanos y exhalando un olor que disminuyera la opinión de su santidad.

Este temor les indujo á abrir secretamente la sepultura; pero Dios no lo permitió, pues bien porque se sospechase su intento, ó para probar la autenticidad de las reliquias, las autoridades de Bolonia hicieron guardar el sepulcro y determinaron, para reconocer el cuerpo con más libertad, que la exhumación se verificase de noche, evitando por este medio en los primeros momentos la confusión que de otro modo produciría la aglomeración de gente.

El acto se verificó el día 24 de Mayo, antes de amanecer y en presencia de los Prelados allí reunidos y de las autoridades de Bolonia, y entonces Fray Esteban, Prior provincial de Lombardía, y Fray Rodolfo, ayudados por otros muchos hermanos, empezaron á quitar la argamasa que sujetaba la piedra al suelo: era sumamente dura y cedió á los esfuerzos del hierro con mucha dificultad. Después que la hubieron separado y que los muros exteriores de la bóveda quedaron visibles, Fray Rodolfo derribó la obra de cal y canto con un martillo de hierro, y luego levantaron con mucho trabajo y con ayuda de azadones la losa superior del monumento. Mientras la levantaban, exhalóse del sepulcro entreabierto un inefable perfume; era una fragancia que no re-

cordaba á ninguno nada de cuanto había oído hasta entonces y que excedía á toda imaginación.

El Arzobispo, los Obispos y cuantos estaban presentes cayeron de rodillas llorando y ala-



bando á Dios, llenos de estupefacción y de alegría. Acabaron de quitar la piedra, que dejó ver en el fondo de la bóveda el cofre de madera en que estaban encerradas las reliquias del Santo. Había en la tabla superior una pequeña raja por donde salía con abundancia el perfume que había embargado suavemente á todos los circunstantes, y que fué más penetrante cuando el ataúd estuvo fuera de la huesa. Todos se inclinaron para venerar aquella precio-

sa madera, inundada en breve de llanto y de besos. Abriéronla en fin, arrancando los clavos de la parte superior, y apareció á sus hermanos y á sus amigos lo que quedaba de Santo Domingo: no quedaban ya más que huesos, pero huesos llenos de gloria y de vida por el celestial aroma que de ellos se exhalaba.

En medio de un júbilo indescriptible, el bienaventurado Jordán de Sajonia se inclinó hacia aquellas sagradas reliquias con filial devoción y las trasladó á un nuevo ataúd de cedro, que se cerró con tres llaves, una para el Magistrado de Bolonia, otra para Jordán de Sajonia y la tercera para el Prior provincial de Lombardía, trasladándose seguidamente el ataúd á la capilla donde se levantaba el monumento destinado á guardar tan precioso depósito.

Al día siguiente celebráronse solemnes funerales, oficiando en la Misa el Arzobispo de Ravena. Estaba abierto el ataúd y suaves aromas se desprendían del sagrado cuerpo; de cuando en cuando el sonido de las trompetas se mezclaba al canto del clero y de los religiosos: una infinita multitud de cirios encendidos brillaban en las manos del pueblo: ningún corazón, por ingrato que fuese, estaba al abrigo de los castos transportes de aquel triunfo de la santidad. Terminada la ceremonia, los Obispos depositaron bajo el mármol el ataúd cerrado, para esperar allí en paz y en gloria la señal de la resurrección. Pero ocho días después se abrió el monumento á ruego de muchas personas

ilustres que no habían podido asistir á la traslación.

Jordán de Sajonia tomó en sus manos la venerable cabeza del Santo Patriarca, y la presentó á más de trescientos religiosos, que tuvieron el consuelo de tocarla con sus labios y conservar en ellos largo tiempo el inefable perfume de aquel ósculo, porque todo cuanto había tocado los huesos del Santo quedaba impregnado de la virtud que ellos poseían. «Hemos percibido—dice el bienaventurado Jordán de Sajonia—aquél precioso aroma, y damos fe de lo que hemos visto y percibido. Aunque permanecemos largas horas junto al cuerpo de Santo Domingo, no podíamos saciarnos de abrir nuestros sentidos á la delicia que su aspiración nos causaba: nunca cansaba, al contrario, excitaba el corazón á la piedad obrando milagros. Si se tocaba el cuerpo con la mano, con un ceñidor ó con cualquier otro objeto, al punto despedían el mismo olor.»

Thierry de Apoldia observa con esta ocasión que, aun antes de la muerte del Santo, Dios le había comunicado ya esta prenda exterior de la pureza de su alma. Con motivo de una solemne festividad, en que estaba celebrando la Misa en Bolonia, en el momento del ofertorio llegóse á él un estudiante y le besó la mano. Este mancebo era víctima de una grande incontinencia, cuya curación probablemente buscaba, y al besar la mano de Santo Domingo percibió un perfume que le reveló de una vez el honor y

la alegría de los corazones castos, y con la gracia de Dios, desde aquel momento, venció la corrupción de sus inclinaciones.

De otras traslaciones del santo cuerpo dan cuenta sus historiadores. Una en 1267, en que fué pasado de la tumba sin esculturas en que descansaba, á otra más rica y adornada. En 1383 volvió á abrirse su ataúd para colocar la cabeza de nuestro bienaventurado en una urna de plata, á fin de que la venerasen los fieles; y por último, en 1473, para reemplazar los mármoles del sarcófago por esculturas más acabadas de Nicolás de Bari, representando escenas de la vida del Santo.

Los muchos milagros obrados por Dios en la primera traslación del cuerpo de Santo Domingo apresuraron el proceso de su canonización, y previos los requisitos de rúbrica, el Papa Gregorio IX expidió la bula que á continuación transcribimos:

«Gregorio, Obispo, siervo de los siervos de Dios, á nuestros venerables Hermanos los Arzobispos y Obispos, y á nuestros amados hijos los abades, priores, arcedianos, arciprestes, deanes, prebostes y demás Prelados de la Iglesia, á quienes llegaren las presentes, salud y bendición apostólica.

La fuente de la sabiduría, el Verbo del Padre, cuya naturaleza es bondad, cuya obra es misericordia, que redime y regenera á los que ha criado, y vela, hasta la consumación de los siglos, sobre la viña que sacó de Egipto, nues-

tro Señor Jesucristo, á causa de la inestabilidad de los ánimos, saca de él nuevas señales, y cambia los milagros á causa de las sospechas de la incredulidad. A la muerte de Moisés, es decir, al espirar la ley, sube en el carro tirado por los cuatro caballos del Evangelio, cumpliendo el juramento que había hecho á nuestros padres y teniendo en su mano el arco de la palabra, que había conservado tendido durante el reinado de los judíos; se adelanta en medio de las olas del mar en aquella vasta extensión de las naciones, cuya salvación estaba figurada por Rahab; huella el orgullo de Jericó, la gloria del mundo, y es, al fin, el que, con asombro de los pueblos, vence ya con el primer estampido de su predicación. El Profeta Zacarías había visto este carro, con cuatro caballos, salir cuatro veces de entre dos montañas de cobre.

El primer carro era tirado por dos caballos bermejós, y en ellos estábamos representados los señores de las naciones, los fuertes de la tierra, los que sometiéndose por la fe al Dios de Abrahán, padre de los creyentes, á ejemplo de su jefe, y para asegurar los cimientos de la fe, han teñido sus vestidos en Bosra, es decir, en las aguas de la tribulación, y enrojecido con su sangre todos los trofeos de su milicia; todos aquellos á quienes la dicha de la gloria futura ha hecho menospreciar la espada temporal, y que siendo mártires, es decir, testigos, han firmado con su confesión el libro de la nueva ley, aumentando así el peso de los milagros, consa-

grado el libro y el tabernáculo, obra de Dios y no del hombre, y todos los vasos del ministerio evangélico, con la sangre de hostias racionales; sustituida la sangre de los animales, y tendiendo, en fin, las redes de la predicación sobre la vasta extensión de los mares, han formado la Iglesia de Dios de todas las naciones que existen debajo del cielo.

Pero como la multitud ha engendrado la presunción, y como la malicia ha nacido de la libertad, el segundo carro apareció con caballos de color negro, símbolo de duelo y de penitencia, y en ellos nos estaba representado aquel batallón conducido por el espíritu al desierto, bajo la dirección del santísimo Benito, nuevo Eliseo del nuevo Israel, batallón que devolvió á los hijos de los profetas el bien perdido de la vida en comunidad, restableció la rota trama de la unidad, y se extendió por las buenas obras hasta la tierra del aquilón, de donde viene todo el mal, é hizo descansar en los corazones contritos á Aquél, que no habita en los cuerpos sometidos al pecado. Después de esto, y como para recrear á las tropas fatigadas y hacer suceder el júbilo á los lamentos, vino el tercer carro con caballos blancos, es decir, con los Hermanos de las Ordenes del Cister y Flora, que, semejantes á ovejas esquiladas y cargadas de la leche de la caridad, han salido del baño de la penitencia, llevando á su frente á San Bernardo, á este carnero, animado desde el cielo por el espíritu de Dios, que los ha guia-

do á la abundancia de los valles, para que los que pasen, libertados por ellos, clamen con fuerza al Señor, canten himnos y asienten sobre las olas el campamento del Dios de las batallas.

Con estos tres ejércitos se defendió el nuevo Israel contra un número igual de ejércitos de filisteos; pero á las once del día, cuando la mañana declinaba ya hacia la tarde, y la caridad se había enfriado en la iniquidad, declinaba también hacia su ocaso el sol de justicia, el Padre de familia ha querido reunir una milicia más propia todavía para proteger la viña que había plantado con sus manos y cultivado por diferentes obreros en diferentes tiempos, la cual, sin embargo, no sólo estaba atestada de malezas y de espinas, sino casi demolida por una enemiga multitud de zorras enemigas. Y esta es la razón porque, como lo vemos ahora, después de los tres primeros carros, diferentes por sus símbolos, ha suscitado Dios, bajo la figura del cuarto carro, tirado por caballos fuertes y de vario color, las legiones de los Hermanos Predicadores y Menores, con sus caudillos elegidos para el combate. Uno de estos caudillos fué Santo Domingo, hombre á quien Dios diera la fuerza y el ardor de la fe, y de cuya boca salía como del caballo de su gloria el relincho de la divina predicación. Desde la infancia tuvo un corazón de anciano, practicó la mortificación de la carne y buscó al Autor de la vida. Consagrado á Dios, bajo la

regla de San Agustín, imitó á Samuel en el asiduo servicio del templo, y reprodujo á Daniel en el fervor de sus religiosos deseos. Atleta valeroso, seguía los senderos de la justicia y el camino de los santos; apenas descansaba de la custodia del tabernáculo y de los oficios de la Iglesia militante; sometía la carne á la voluntad, los sentidos á la razón; y transformado en un solo espíritu con Dios, se esforzaba á abismarse en Él por el exceso de la contemplación, sin disminuir en su corazón y en sus obras el amor al prójimo.

Mientras subyugaba las delicias de la carne, y con luminosas centellas la obcecada inteligencia de los impíos, tembló la secta de los herejes, dando saltos de júbilo la Iglesia de los fieles. La gracia, sin embargo, crecía en él con la edad; y embriagándole el celo de la salvación de las almas con una inefable alegría, no satisfecho con haberse dado todo entero á la palabra de Dios, convirtió al ministerio evangélico un número tan considerable de hombres, que mereció en la tierra llevar un nombre y suscitar una raza de patriarcas; tener un nombre y una fundación en la tierra de los patriarcas. Pastor y príncipe en el pueblo de Dios, instituyó por sus méritos una nueva Orden de Predicadores, le dió reglas con sus ejemplos y no cesó de confirmarla con evidentes y auténticos milagros. Porque, entre otras señales que durante el curso de su vida mortal manifestaron su poder y su santidad, dió la pa-

labra á los mudos, vista á los ciegos, oído á los sordos, movimiento á los paralíticos, salud á una multitud de enfermos; y manifestó claramente en todos estos prodigios cuál era el espíritu que animaba el barro de su santo cuerpo.

Nós, pues, que le conocimos familiarmente en el tiempo en que ocupábamos un puesto menos elevado en la Iglesia, y que con el espectáculo mismo de su vida obtuvimos una insigne prueba de su santidad, ahora, que testigos fidedignos han atestiguado la verdad de sus milagros, creemos juntamente con el rebaño del Señor, confiado á nuestros desvelos, que, merced á la misericordia divina, podrá sernos útil con sus sufragios; y que después de habernos consolado en la tierra con su amable amistad, nos favorecerá en el cielo con su poderoso patrocinio.

Por esto, con el consejo y asentimiento de nuestros Hermanos y demás Prelados asistentes al solio pontificio, firmemente establecemos y ordenamos á todos por las presentes que celebren y hagan celebrar su fiesta con solemnidad en las nonas de Agosto, la víspera del día en que dejó la carga de sú carne y penetró rico de méritos en la ciudad de los santos, para que el Dios, á quien honró en vida, inclinado por sus oraciones, nos conceda la gracia en este siglo y la gloria en el futuro. Deseando, además, que el sepulcro de este gran confesor, que ilustra á la Iglesia católica con brillantes milagros, sea dignamente frecuentado y venerado por los cristianos, á todos los fieles penitentes y confe-

sados que vayan á visitarle cada año con devoción y respeto, en el día de la fiesta del Santo, concedemos la absolución de un año de penitencia, confiados en la misericordia de Dios Todopoderoso y en la antoridad de los bienaventurados Apóstoles Pedro y Pablo. Dado en Rieti á 5 de las nonas de Julio, año octavo de nuestro pontificado.»

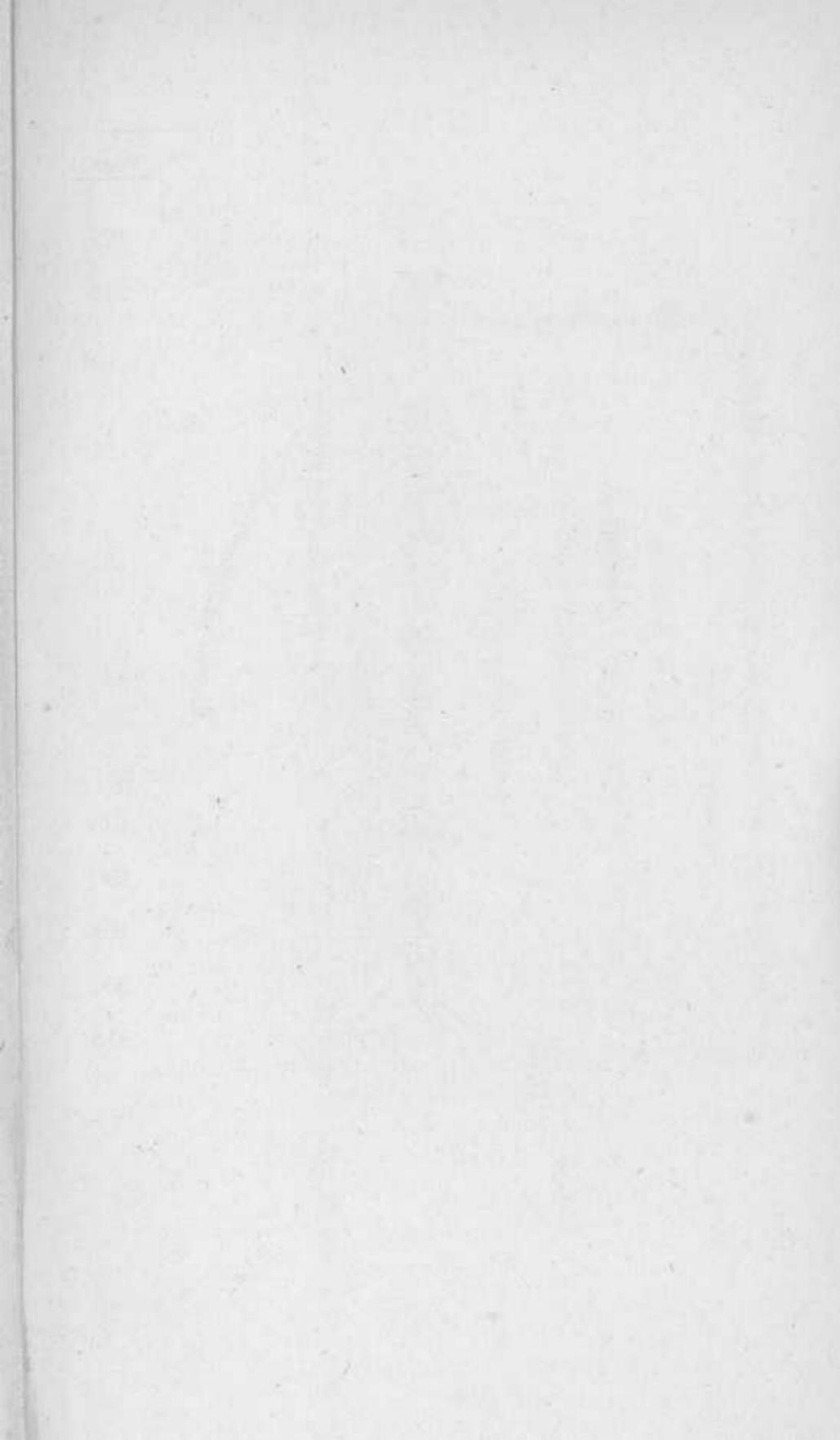




ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
I.—Breve noticia de la familia de Santo Domingo de Guzmán.....	5
II.—Señales de predestinación que precedieron al nacimiento de Santo Domingo.—Su bautismo é infancia.....	8
III.—Principio de la vocación de Santo Domingo.—Forma parte del cabildo de la catedral de Osma.—Empieza sus viajes por diversas regiones.....	16
IV.—Comienza Santo Domingo su apostolado.—Fundación del convento de Nuestra Señora de la Prulla.....	30
V.—Ultimos trabajos del Obispo Acevedo.—Su muerte.—Queda abandonado Santo Domingo.—La sangre de un mártir.....	39
VI.—La cruzada contra los albigenses.....	46
VII.—El apostolado de Santo Domingo durante la guerra contra los albigenses.....	52
VIII.—Virtudes en que descolló y dones con que le favoreció el Señor.....	61
IX.—Institución del Santo Rosario.....	69
X.—Principios de la Orden de Hermanos Predicadores.—La milicia de Jesucristo..	75
XI.—Fundación de la Orden de Hermanos Predicadores.....	80
XII.—Llega Santo Domingo á Roma.—Es aprobada en principio la Orden de Predicadores.—Encuentro de Santo Domingo con San Francisco de Asís.....	87
XIII.—Asamblea en Prulla.—Las constituciones de los Hermanos Predicadores.—El primer convento en Tolosa.....	97

	Págs.
XIV.—Vuelve á Roma Santo Domingo y es confirmada su Orden por Honorio III.	107
XV.—Predica en Roma.—Sucesos extraordinarios que allí le ocurrieron.	115
XVI.—Reúne de nuevo en Prulla á los Hermanos Predicadores y éstos se esparcen por toda Europa.	120
XVII.—Fundada en Roma los conventos de San Sixto y Santa Sabina, con acompañamiento de muchos milagros.	127
XVIII.—San Jacinto y el bienaventurado Ceslas ingresan en la Orden de Predicadores.—El beato Reginaldo es ungido por la Santísima Virgen.	144
XIX.—Otras fundaciones.	151
XX.—Trasládase Santo Domingo á España. Su vida en Segovia.—Fundaciones en nuestra patria.	157
XXI.—Reúne el Capitulo general de la Orden.—Institución de la Orden Tercera.	167
XXII.—Amor de Santo Domingo á Jesucristo.	174
XXIII.—Su amor á la pureza.—Devoción á la Virgen Santísima	183
XXIV.—Amor de Santo Domingo á la Iglesia de Jesucristo.	190
XXV. Amor del prójimo.—Celo de Santo Domingo por la salud de las almas.	197
XXVI.—Espíritu de oración.—Fidelidad de Santo Domingo en orar siempre.	204
XXVII.—Sincera humildad de Santo Domingo.—Pureza de su intención.	215
XXVIII.—Dulzura de Santo Domingo; cuán grande fué su paciencia en los trabajos del apostolado.	225
XXIX.—Espíritu de penitencia, deseo de martirio; uno y otro han resplandecido clarísimamente en Santo Domingo.	233
XXX.—Enfermedad y muerte de Santo Domingo de Guzmán.	240
XXXI.—Traslaciones del cuerpo de Santo Domingo de Guzmán.—La canonización.	246



MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas.

Número.. *1460* Precio de la obra.....

Estante... *22* Precio de adquisición

Tabla *7* Valoración actual.....

Número de tomos..



1460.